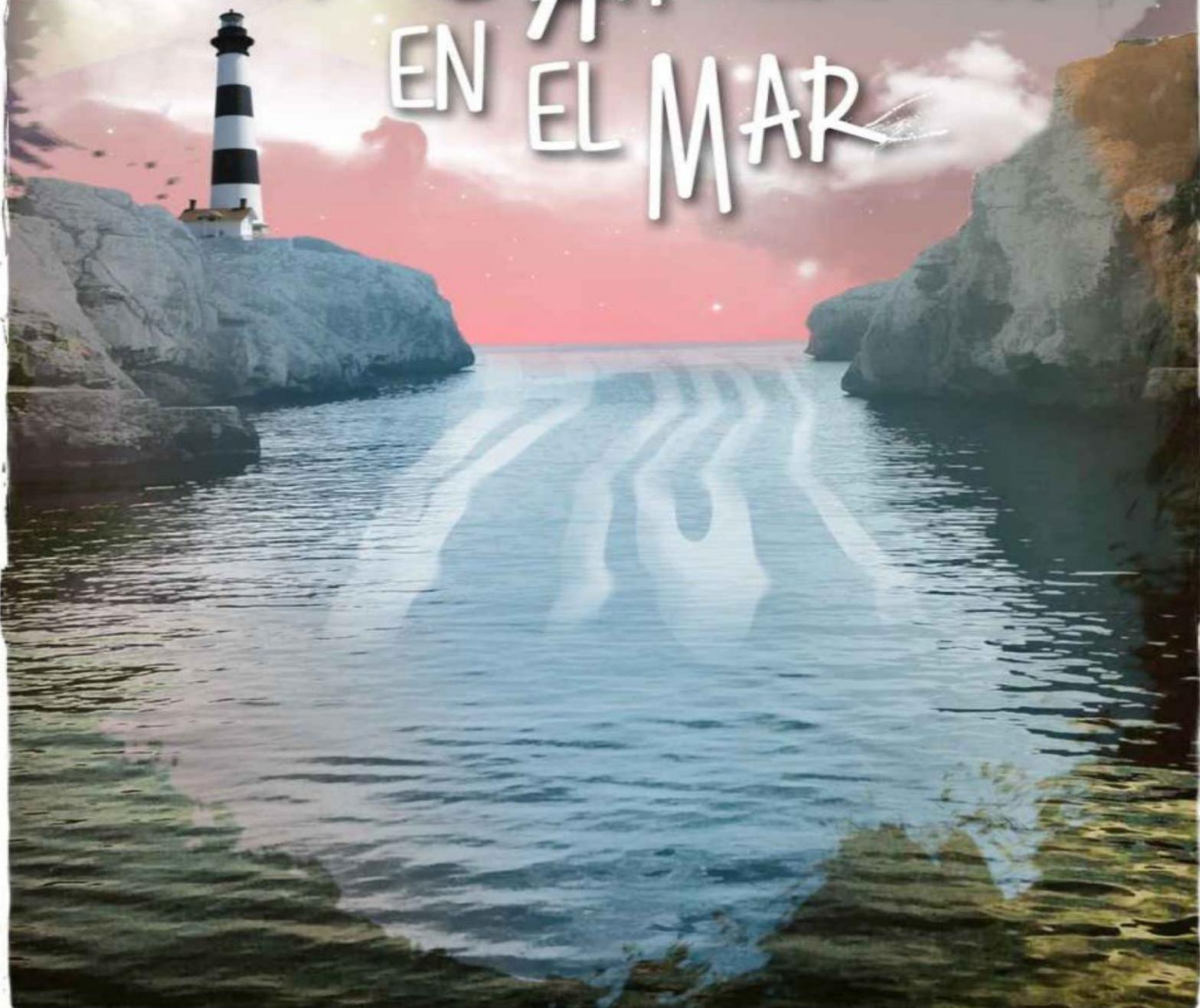


NAZARET YESTE

TODAS LAS PROMESAS
QUE SE AHOGARON
EN EL MAR



LOLA

TODAS LAS PROMESAS QUE SE AHOGARON EN EL MAR

Nazaret Yeste

© Nazaret Yeste Vílchez, 2019

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Primera edición: enero de 2019

Diseño de portada y contraportada: @xfinviernest de Ernest P.

*“Estamos irresistiblemente atraídos
por quien nos traerá los problemas necesarios
para nuestra propia evolución”*

Alejandro Jodorowsky

CAPÍTULO 1

Estaba tiritando. La brisa le helaba las mejillas y las lágrimas le humedecían los labios. Se encontraba a veinte pisos de altura; si uno de sus carísimos zapatos resbalara de sus pies sería una auténtica pérdida.

No le sorprendió la ironía de sentir más aprecio por los seiscientos euros de pedrería que por su propia vida. Hacía tiempo que había dejado de importarle. Claro que no pensaba arrojarse al vacío. Solamente quería sentir el vértigo y saber que un simple movimiento en falso bastaría para acabar con su sufrimiento.

No estaba segura de cómo lo había logrado, pero había conseguido escabullirse entre los invitados y burlar la seguridad del 230 Fifth sin ser vista. Tenía Nueva York a sus pies. ¡Qué caprichoso era el destino! Hacía escasamente tres años desde que pisara aquel lugar por primera vez. Ya entonces había pronunciado exactamente las mismas palabras, aunque nunca hubiera imaginado que la metáfora pudiera resultar tan literal. Lo recordaba perfectamente. Cada detalle, cada palabra. Como ahora, tres años antes la emoción la había embriagado por completo. Solo que entonces él había estado a su lado para consolarla. “No quiero irme de aquí —había dicho ella—, no puedo volver con el rabo entre las piernas”.

Habían viajado juntos para cumplir su gran sueño: emprender su propio negocio en la Gran Manzana. En España había conseguido hacerse con una pequeña fortuna antes de que la crisis azotara su adorada industria, al igual que había sucedido con la mayoría de sectores. En su país natal era una de las mejores estilistas de moda, pero aquello no garantizaba nada. Si su aventura neoyorquina fracasaba, todo el dinero invertido y todas sus ilusiones acabarían convirtiéndose en simples castillos en el aire. Él la había apoyado desde el primer momento, compartía cada uno de sus sueños y la empujaba a alcanzar sus metas. Incluso había dejado su trabajo en Barcelona para aventurarse a la conquista de la ciudad que nunca duerme por ella. Aquel día, en ese mismo *rooftop*, le había prometido que todo saldría bien, que nada ni nadie podría impedir que cumpliera su sueño si estaban juntos. Pero ahora su mundo se desmoronaba. Estaba cayendo en picado.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano. No sabía cómo había acabado allí, encaramada al estrecho muro en el que estaba sentada. Las piernas le colgaban hacia el exterior y decidió quitarse los zapatos. Con manos temblorosas, colocó el par de salones de plexiglás con incrustaciones de cristal a su lado. La abertura del vestido a la altura del muslo derecho revoloteaba al son del viento. Una de las firmas de moda más selectas del mercado le había prestado aquel precioso *gown*. Era de un azul intenso. Salpicados sobre el delicioso tejido, cientos de destellos rivalizaban con el más estrellado de los firmamentos.

Sabía que estaba espectacular. Al menos de cara a la galería. Nadie en la fiesta se habría atrevido a sospechar que tras su impoluto maquillaje y aquel estudiado recogido informal se ocultaba un alma capaz de arrojar al vacío de la noche neoyorquina. Quizá porque había conseguido todo cuanto había soñado desde niña: cierto reconocimiento, un sueldo con el que vivir cómodamente, conocidos que la invitaban a fiestas cuya élite acaparaba las portadas de grandes revistas... Tenía todo a lo que había aspirado excepto lo que más deseaba en el mundo.

Al evocar su recuerdo no pudo reprimir un sollozo. Un grito ahogado le desgarró el pecho. Tenía los ojos encharcados en lágrimas y se le nubló la vista. Aunque solo apreciaba su fulgor, el Empire State se erigía frente a ella como un enorme monstruo de acero que la retaba, la empequeñecía. El torbellino que aturdía sus pensamientos respondía, en parte, a la ingesta de varios cócteles de más. Aunque no era propensa a beber alcohol, había pasado gran parte de la noche aceptando cualquier brebaje que se sirviera en un elegante triángulo de cristal. Quizá había decidido salir a tomar el aire cuando empezó a sentirse mareada. Quizá le había parecido buena idea sentarse para espantar los fantasmas que la perseguían desde hacía ya un año. “Se acabó. No puedo más”.

La determinación de sus pensamientos le aterró más que el precipicio bajo sus pies desnudos. De repente se dio cuenta de que sus palabras pesaban como una enorme losa de piedra. Era cierto, no podía más. A sus treinta años no veía la manera física y mucho menos psicológica de soportar tanto dolor. Ya no tenía ganas ni valor para continuar. Ni siquiera tenía fuerzas para impulsarse al vacío. Sabía que era la solución más cobarde. Sabía que acabar con su vida supondría acabar con sus problemas, pero también con todos aquellos sueños y esperanzas que palpitaban tímidamente en su subconsciente, a la espera de ser rescatados. Aunque se sentía débil y enferma no era propio

de ella tomar el camino fácil. Quizá simplemente podría dejarse consumir.

Moriría de pena, de manera natural.

—¡Dios santo, Lola! ¿Qué estás haciendo?

No la sobresaltaron sus palabras, sino la evidente angustia en aquella voz masculina que de pronto le resultó vagamente familiar. Al volverse perdió ligeramente el equilibrio. El hombre se acercó hacia ella, cauto pero con paso firme. Con un ágil movimiento la agarró por la cintura y tiró de ella. Lola se desvaneció entre sus brazos.

—¡Joder, Lola! ¿En qué coño estabas pensando?

Se sentía incapaz de articular palabra. El firme abrazo de Jan no consiguió acabar con los escalofríos que seguían convulsionando su frágil cuerpo. El muchacho apoyó su barbilla en la cabeza de la joven y cerró los ojos, susurrándole palabras de aliento.

—Ya está, ya está...

Durante el tiempo que permanecieron abrazados, Lola logró recomponer mínimamente sus pedazos. La calidez de aquellos brazos consiguió sumirla en un mar de pensamientos, sin orden ni concierto alguno. Le parecía estar viviendo una realidad paralela, una vida que no le era propia. Le parecía estar mirando hacia una pantalla en la que proyectaban una película que nada tenía que ver con su vida. Y lo peor de todo era que no estaba segura de cómo habría terminado si Jan no hubiera aparecido.

Jan. Uno de los pocos pilares que se mantenían erguidos en su destartalada existencia. De no ser porque todavía estaba enamorada, habría caído rendida a los pies de aquel hombre. Era fotógrafo, y de los buenos. Habían trabajado juntos millones de veces. De hecho, había sido él quien la había animado a asistir a aquella fiesta. La explosiva combinación de descendencia sueca y argentina había dado como fruto un atractivo varón de metro ochenta, rubio, de ojos verdes y sonrisa nívea, capaz de cortar la respiración a cualquiera. Qué atractivo era. Y qué bien olía.

—Jan... —aunque consiguió dominar los sollozos, no logró emitir más que un balbuceo ininteligible.

—Has bebido demasiado. Ven, buscaremos algún sitio tranquilo donde sentarnos.

—No, no quiero volver —aunque sus pies descalzos seguían firmemente anclados al suelo, sentía que las náuseas iban en aumento—. Estoy mareada.

—Lola... —Jan parecía tremendamente preocupado—. ¿Qué pretendías? Asustada, Lola levantó al fin la mirada. El brillo esmeralda de aquellos

ojos consternados fue lo último que recordó antes de sumirse en la oscuridad de su alma.

CAPÍTULO 2

Le despertó un brillo cegador. A pesar de la inmensa claridad intentó entreabrir los ojos. No supo descifrar dónde estaba ni qué había sucedido. Solo reconocía el tremendo dolor de cabeza que le martilleaba las sienas. “Ah, sí, la fiesta”. Le costó un par de minutos ordenar las imágenes, borrosas y dispersas, que revoloteaban en su cabeza. Las copas de vino y el *champagne* en la cena. Los triángulos carmesí cuyo nombre ni siquiera recordaba. La sensación de mareo. El *rooftop*. Jan. “Mierda”.

Se irguió de un salto. No sabía dónde estaba, pero desde luego no se trataba de su habitación. La cama donde había amanecido era mullida y estaba vestida con exquisitos almohadones blancos. La pared del cabecero era un muro de ladrillo, al más puro estilo *chic* neoyorquino, y en el techo, alto y abuhardillado, se abría una pequeña claraboya cuadrada por donde se filtraba un haz de luz. A su izquierda, unas cristaleras que parecían no tener fin delataban un pequeño pero perfectamente cuidado espacio ajardinado. Parecía un patio interior. La iluminación era perfecta. Le extrañó no haberse despertado antes.

Siguió recorriendo el espacio con la mirada. En el suelo de madera yacía una alfombra de piel plumiza, y sobre esta, a su vez, un par de zapatos que parecían de cristal. “Al menos conservé los zapatos”. Frente a la cama, entre lo que parecía la puerta principal y una segunda más estrecha que supuso ocultaría un baño o un clóset, una butaca envejecida rompía la tónica minimalista de la estancia. Le llamó la atención un brillo azulado sobre la tapicería. “¡No puede ser!”. ¿En qué momento se había desnudado? Con un rápido movimiento retiró la funda nórdica de su cuerpo. La lencería satinada que había elegido la noche anterior seguía donde debía estar. No recordaba haberse quitado el vestido. De hecho, no recordaba cómo había llegado hasta allí. Es más, ¿dónde era “allí”?

—¿Estás despierta?

La voz de Jan interrumpió sus preguntas. Al oír unos pasos por encima de su cabeza se percató de que por el extremo derecho de la habitación asomaban unas escaleras en las que no había reparado hasta entonces. Jan

bajaba por ellas desde un segundo nivel.

—¡Espera! —Lola se apresuró a ocultarse entre las sábanas blancas sin demasiado éxito.

—Lo siento, no pretendía... —Jan se volvió hacia la pared.

—No pasa nada —Lola se sintió estúpida. ¿Quién si no Jan le habría ayudado a desnudarse esa noche, antes de meterla en la cama?—. Ya está.

Jan bajó los peldaños restantes y se acercó lentamente al extremo de la cama.

—¿Cómo te encuentras? ¿Has podido descansar?

—Creo que sí. Pero sigo mareada.

—Lo suponía. Te he traído chocolate caliente y una *cookie*. Te sentará bien comer algo.

—Muchas gracias, Jan —Lola se alegró de que conociera sus gustos alimenticios a la perfección.

—Mientras tanto, puedes ponerte esto —Jan le ofreció una camiseta gris, perfectamente planchada e impoluta como el espacio que le rodeaba.

Lola aprovechó para cambiarse mientras él subía a por el desayuno. Se levantó de la cama atusándose la camiseta y se acercó a la butaca que tenía delante.

Acarició la madera con la yema de los dedos. Era bonita. Se volvió hacia las escaleras. Desde aquella perspectiva solo podía ver parte del segundo nivel. Era un espacio pequeño con un par de burras repletas de camisas y trajes perfectamente colocados. Deseó que su vestidor estuviera la mitad de ordenado. Jan rebuscaba entre un montón de *polaroids* y de papeles esparcidos sobre una mesa enorme, en el centro de la cual la pantalla de un lustroso Mac y varias cámaras profesionales presidían el espacio. El muchacho pareció encontrar lo que buscaba y se volvió hacia la escalinata.

—¿Quieres subir? —le invitó.

—¡Claro! —aunque se conocían desde hacía más de dos años, nunca había estado en su apartamento. Solo sabía que vivía en el Soho. Claro que ella tampoco había tenido ocasión de invitarle a su piso; siempre se veían en el trabajo o en cenas y fiestas en los restaurantes y clubes más selectos de la ciudad.

La planta superior era, en efecto, extremadamente reducida. Además de su práctico vestidor y la mesa de trabajo, también contaba con un sofá de aspecto cómodo pero algo revuelto.

—¿Has dormido aquí? —Lola sintió una punzada de culpabilidad.

—Pensé en cedértelo a ti, pero me diste pena cuando te desmoronaste sobre mi cama —le guiñó un ojo, burlón.

—Jan, lo siento mucho. No sé cómo agradecerte que me trajeras a tu casa. Siento haber invadido tu espacio de esta manera. La verdad es que apenas recuerdo cómo salimos de la fiesta.

—Tú en brazos, inconsciente —se echó a reír, pero al ver la expresión avergonzada de la joven esbozó una sonrisa y le dio un golpecito en el hombro—. Eh, no importa. Ya iba siendo hora de que te invitara a mi apartamento, ¿no?

—Es precioso. De verdad, me encanta.

Se sentaron en el sofá, Starbucks en mano, y desayunaron en silencio.

—Lola... —Jan pareció vacilar unos segundos—. No voy a preguntar. Pero quiero que sepas que si necesitas hablar puedes contarme lo que sea. ¿Vale? Lo que sea.

Ella clavó la mirada en el suelo de madera, ruborizándose visiblemente. Aunque la camiseta le quedaba lo suficientemente grande como para hacer las veces de vestido, se sentía desnuda. No solo físicamente.

—Gracias.

No supo qué más decir y el silencio les envolvió de nuevo. Por el rabillo del ojo creyó ver a Jan observándola, deslizando la mirada por sus muslos. Sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—Ya me encuentro mejor.

—Perfecto. En ese caso... —Jan buscó en uno de los bolsillos de sus tejanos ajustados—, aquí tienes la llave de mi apartamento. Puedes darte una ducha y cambiarte. Tengo que salir un momento. Te dejaré un pantalón de chándal y una sudadera; dudo que quieras volver a casa embutida en un flamante vestido a estas horas del día. Aunque los tacones... Bueno, ya veremos cómo lo solucionamos.

—¿Te vas? —la idea de quedarse sola después de una noche tan turbia le hizo sentirse indefensa, asustada.

—He quedado con un cliente para enseñarle unas pruebas.

—¿Un sábado? —se extrañó.

—Ya conoces las exigencias del mundillo —Jan hizo una mueca, fingiendo desesperación—. Pero estás en tu casa. De hecho, espérame si quieres y comemos juntos. Yo invito.

—De eso nada. De alguna manera tendré que pagarte tanta hospitalidad. Antes de levantarse y desaparecer escaleras abajo, Jan se volvió hacia

ella.

—Puedes quedarte la camiseta. Te queda mil veces mejor que a mí.

CAPÍTULO 3

Jan llevaba aproximadamente un par de horas fuera. Durante ese tiempo, la curiosidad innata de Lola había dado sus frutos: en una minuciosa inspección por el *loft* había descubierto un baño sorprendentemente espacioso al igual que tentador. Debía de ocupar, por lo menos, la mitad de la planta baja. Una bañera acrílica, blanca y ovalada, fondeada al suelo, presidía el espacio central. La pared del fondo se componía de piezas de cerámica oscura que simulaban un muro de piedra, consiguiendo un contraste magnífico con el resto de elementos, dispuestos a la perfección. En realidad, el mobiliario era más bien escaso. Además de la bañera y del aseo, de la pared opuesta pendía un espejo apaisado sobre un lavabo individual pero corrido, de doble grifería, lo que captó especialmente su atención. En lugar de los cientos de productos de tocador, higiene y cosmética femenina que inundaban el baño de Lola, en el de Jan solo había un frasco de colonia. CK 212. “Tradicional”.

La olió. La imagen de Jan abrazándola en el *rooftop* la pasada noche la azotó como un látigo. Dejó el frasco en su sitio y se acercó al espejo.

Escudriñó su reflejo. Una joven de enormes ojos verdes y espesas pestañas le devolvía la mirada. Su frondosa melena cobriza le acariciaba el pálido rostro. Unos labios carnosos y rosados conformaban una boca sensual, el único rasgo que rompía la sintonía añorada de un rostro casi infantil. Lola suspiró. Todavía llevaba la camiseta gris. Tenía el pelo alborotado y unas ganas inmensas de darse un baño.

Se volvió hacia la enorme tina. A los pies de la base había un cuenco ovalado con velas y un pequeño rectángulo negro. Parecía un mando a distancia. Al presionar uno de los minúsculos botones la estancia se llenó de una música agradablemente soporífera. “¡Vaya!”. Jan debía de ser adepto a los baños de espuma. Abrió el grifo y dejó brotar el agua caliente. Tras olfatear varios geles y sales de baño, se decantó por un tarro azul que desprendía una refrescante esencia a lavanda. Lo esparció por la bañera y se sentó en el borde. La espuma no tardó en hacer su aparición. Acarició el agua con la yema de los dedos y cerró los ojos. La voz acaramelada de una mujer amasaba una melodía desconocida cuyo único acompañamiento eran las notas de un piano.

Encendió las velas, inhaló el vaho y suspiró. El aroma a espliego le impregnó los pulmones como si se tratase de una agradable brisa de verano.

En apenas unos segundos ya se había desnudado y sumergido en la calidez del agua perfumada. Todas y cada una de las partes de su cuerpo desaparecieron bajo las burbujas. A sus oídos llegó un zumbido incognoscible, sin forma ni fondo, acompasado por pequeñas palpitaciones, fiel reflejo de los latidos de su corazón. A pesar de que mantenía los ojos cerrados, le dio la sensación de que podía sentir el fulgor danzante de las velas a su alrededor. Le pesaban los párpados y a duras penas percibía la música de fondo. Una fuerza magnética le arrastró hacia lo más profundo de su ser. En un estado de somnolencia, en aquel indefinido limbo entre la conciencia y la inconsciencia, cientos de imágenes atacaron con violencia la apacibilidad de aquel momento. Sus miedos y sus pesadillas hicieron estallar las burbujas que tan dulcemente habían acariciado su piel segundos antes, sumiéndola en un baño de angustia. Su vida en Barcelona. Sus planes de futuro juntos y su llegada a Estados Unidos. Sus primeros besos, sus últimos abrazos. Sus palabras dulces, sus discusiones amargas. Los juramentos de amor sincero. Sus primeras caricias, el aprendizaje conjunto, la magia del primer amor, del despertar. La desilusión de cientos de promesas rotas. Diez años de historia destruidos por un desenlace tan inevitable como terriblemente doloroso. A pesar de todo, se querían.

De pronto le faltaba el aire. Aunque sus pulmones luchaban por empaparse de oxígeno, solo había agua a su alrededor. Ni siquiera sabía si seguía en la bañera o si la habían arrojado al mar con un montón de piedras en los bolsillos. Abrió los ojos y aspiró al tiempo una enorme bocanada de aire. Tenía que dejar de pensar en él. Tenía que empezar a controlar su vida o, al menos, sus pensamientos. No resultaba fácil aprender a convivir con su ausencia y su dolor después de toda una vida juntos, pero tenía que intentarlo.

Salió de la bañera, no sin hacer un esfuerzo considerable. No supo si se encontraba en un estado de extrema relajación o si, por el contrario, se sentía todavía más agotada. Enrolló una toalla alrededor de su cuerpo y volvió a la habitación en busca de la ropa de Jan. Sobre la butaca había un chándal gris y una camiseta de algodón blanca. Cayó en la cuenta de que nunca había visto a su compañero vestido así, pero estaba segura de que debía de llevar una vida saludable. Su cuerpo atlético era prueba más que suficiente de que debía de practicar ejercicio físico con regularidad. De pronto se percató de que no podía volver a ponerse la misma ropa interior, le resultaba desagradable

después del baño. Podía no llevar sujetador, la sudadera era lo suficientemente ancha como para que aquel detalle pasara inadvertido, sin embargo...

Echó un vistazo al espacio donde se encontraba. Subió las escaleras, todavía sujetándose la toalla al pecho, y se acercó a una cómoda pequeña oculta detrás de las burras repletas de trajes, tejanos y camisas. *Voilà!* En el primer cajón encontró lo que andaba buscando. Aunque se avergonzaba de sí misma por rebuscar entre la ropa interior de su compañero, más bochorno le ocasionaba pensar en ponerse sus pantalones sin un mísero *culotte* debajo. Eligió unos bóxers celestes y se ajustó la goma a la altura de la cadera. Cuando se los hubo probado dejó caer la toalla al suelo y se miró al espejo. “Esto sí es comodidad”. Al cerrar el cajón, un pequeño paquete plateado le llamó la atención. Bajo el par de bóxers que había tomado prestado había, por lo menos, una docena de preservativos de colores. Lola agarró varios a la vez y se le escapó una risita. A Jan debía de gustarle recibir visitas. “De ahí el lavado doble”, pensó.

De repente oyó la puerta.

—¿De qué te ríes?

“Mierda”. Ni siquiera tenía el chándal a mano, lo había dejado abajo, sobre la butaca. Agarró la toalla con manos temblorosas y se envolvió de nuevo en ella. Oyó el tintineo de las llaves y el golpe seco al arrojarlas sobre alguna superficie en la habitación inferior.

—¿Lola?

—Sí, Jan, un momento. ¡Ahora bajo!

—¿Va todo bien?

—Sí, sí. Es que... —antes de terminar la frase, Jan ya subía las escaleras.

—¿Necesitas esto? —llevaba su ropa en la mano. Cuando vio a la joven se detuvo en seco—. Oye, Lola, si vas a pasearte medio desnuda por mi apartamento, al me—nos deberías avisarme.

—¡No me has dado tiempo!

—Y si quieres guerra, más de lo mismo. Me pillas desprevenido.

—¿Cómo? —la estridencia en su propia voz le sobresaltó.

Jan miraba divertido hacia los pies de la muchacha, que bajó la vista al suelo.

Con tanto revuelo se le había caído uno de los preservativos.

—No, perdona, es que...

—¿Te has puesto mi ropa interior? —A Jan parecía divertirse la situación.

—Lo siento, es que me he dado un baño y no sabía...

—No importa —subió los últimos peldaños y se acercó a la joven—. Creo que vas a ser la primera mujer que salga de mi apartamento con mi ropa interior puesta —le guiñó un ojo y le tendió el chándal.

—A juzgar por tu cajón de la lujuria no habría dicho lo mismo —Lola agarró el pantalón con una mano mientras sujetaba la toalla con la que le quedaba libre—. Gracias.

—He pensado que quizá preferirías comer aquí. He traído *sushi*.

—Pensaba marcharme a casa —Lola dudó un segundo—, pero... ¿Quién puede rechazar una oferta como esa?

—Te espero abajo —Jan le sonrió con aquella media sonrisa suya y volvió a desaparecer escaleras abajo.

Durante un buen rato estuvieron alabando los beneficios de la comida nipona, así como la buena mano de varios de los mejores cocineros y locales de *sushi* en el Soho. Degustaron un amplio surtido de *makis* y *nigiris* y compartieron pequeñas raciones de *udon*, *soba* y *ramen*, así como una botella de vino tinto que Jan descorchó en honor a su invitada y que a Lola le recordó a los mismísimos Rioja que su padre servía en las comidas de los domingos en Barcelona.

—Creo que podría acostumbrarme a esto —Lola se recostó sobre la cama y posó la copa de vino en el suelo. Después se apoyó sobre los codos, mirando a Jan.

—¿A comer en la cama? —Jan, por el contrario, volvió a rellenar su copa—. Yo lo hago casi todos los fines de semana.

—Bien acompañado, ¿no?

Ambos se miraron y se echaron a reír.

—Intento pasar el mayor tiempo posible en casa cuando puedo. Ya sabes, los viajes exprés, las sesiones de fotos en la otra punta de la ciudad... A veces resulta agotador. Cuando tengo un día libre, lo único que me apetece es darme un baño, leer y disfrutar de un buen vino. Y, respondiendo a tu pregunta, sí, si es en buena compañía, mucho mejor.

—Nunca te he invitado a mi apartamento —Lola se irguió y se sentó con las piernas cruzadas frente a él.

—Teóricamente yo tampoco lo he hecho. Has llegado aquí casi por accidente.

La literalidad de sus palabras le incomodó.

—Yo no pedí que me trajeras.

Su tono resultó más frío de lo que ella misma habría esperado.

—Lo sé. Si estás aquí es porque yo lo he querido. Pero eso no quiere decir que me parezca bien lo que pasó anoche y que no espere algún tipo de explicación.

—Dijiste que no ibas a preguntar —esta vez el tono gélido de sus palabras sí fue intencionado.

—Y no lo he hecho, pero, ¿qué esperas, Lola? Nos conocemos desde hace cuánto, ¿más de dos años? Trabajamos juntos y en los últimos meses apenas te he visto aparecer por las fiestas del equipo. Ya no cuentas nada, no sé qué pasa por tu cabeza. Y de repente te encuentro encaramada a la azotea del 230. Dime, ¿te ibas a tirar?

—No te metas en esto, Jan —Lola sintió aquel escozor familiar en los ojos que amenazaba con terminar en lágrimas. Luchó contra viento y marea por retenerlas.

—¿Qué es lo que te pasa, Lola? ¿Es por él?

—¡No tienes ningún derecho a juzgar lo que hago o lo que dejo de hacer! Y mucho menos a hablarme así.

—¿Ah, no? ¿Y si hubiera llegado tarde? ¿Cómo crees que me habría hecho sentir tu estupidez?

—No iba a hacerlo —la vergüenza y la irritación se le empezaban a arremolinar en la boca del estómago.

—¿Y cómo puedo saberlo? Solo te estoy pidiendo que te comportes como una adulta. Que pienses las cosas, Lola. Tienes treinta años. Si tienes problemas, afróntalos, pero no te comportes como una cría.

Cada sílaba pronunciada por aquellos labios insuflaba un amargo sabor a hiel bajo su lengua. Un sudor frío le recorría la frente, la nuca, la espalda. Tenía que salir de allí. Tenía que marcharse a casa, donde nadie la juzgara. Donde poder acurrucarse al calor de sus miedos.

—No te preocupes por mí. Ya has hecho suficiente —se levantó de la cama y se apresuró a recoger sus cosas. Con manos temblorosas agarró el pomo de la puerta. Dudó. No se atrevía ni a mirarle a la cara—. Te devolveré tu ropa.

No obtuvo respuesta. Solo cuando estuvo sentada en el taxi de camino a casa recordó las palabras de uno de sus compañeros aquella mañana en la que conoció a Jan. De pronto su estupidez le atravesó el corazón. Su madre se

había suicidado cuando él era solo un niño, fruto de una terrible depresión. La fotografía le había ayudado a capturar la belleza de las pequeñas cosas y a desterrar la culpabilidad por no haber podido hacer nada por impedirlo.

Lola apoyó la frente contra el cristal del coche y rompió a llorar.

CAPÍTULO 4

Durante los días posteriores a la fiesta el trabajo resultó especialmente tedioso. Las numerosas reuniones con personalidades de la alta sociedad se agolparon entre las páginas de su agitada agenda. Apenas había tenido tiempo de reflexionar sobre lo ocurrido en el apartamento de Jan. Sin embargo, la necesidad de disculparse por su comportamiento y su falta de tacto se hacía cada vez más apremiante. No habían coincidido desde entonces, por lo que supuso que estaría de viaje. Aquella mañana era la primera en dos semanas que disponía de tiempo para sentarse en su oficina y tomarse unos minutos de descanso. Contempló las vistas tras la cristalera del imponente rascacielos. Debían de ser las once y media de la mañana; su próximo compromiso no tendría lugar hasta las tres de la tarde.

—¿Cuándo pensabas decirme que tenemos chico nuevo en la oficina? Está decidido. Voy a pedirle a mi jefa que me cambie de planta.

Lola descruzó las piernas y se volvió hacia la puerta, dando la espalda a la ciudad y recibiendo a su amiga, que acababa de irrumpir en su despacho como agua de mayo.

—Llegó hace un par de días. Ya me tenías preocupada, pensaba que te estaba fallando el radar.

Alessia era periodista. Trabajaba como redactora de moda en NZ Magazine, una revista femenina de éxito cuya sede se encontraba en el mismo edificio en el que trabajaba Lola, concretamente cinco plantas más abajo. Aunque era italiana, había vivido prácticamente toda su vida en Manhattan. Conservaba, no obstante, ese aire desenfadado y fresco propio de su país natal, al que Lola tanto admiraba por proximidad con su tierra. Se habían conocido nada más llegar a Nueva York y desde el primer día habían forjado una amistad especial. Físicamente eran polos opuestos: Alessia era la viva imagen de la mujer mediterránea, de piel morena y cabello oscuro al estilo *bob*. Sin embargo, tenían la misma edad y compartían una visión parecida del mundo. A decir verdad, la de Alessia se acotaba bastante a los misterios del género masculino. Le apasionaban los hombres y presumía de haberse acostado con medio Brooklyn. No se cansaba de repetir que Manhattan era su

área de trabajo y que no se debía mezclar los negocios con el placer. A duras penas respetaba sus propias doctrinas.

—Qué más quisieras. Así podrías quedártelo todito para ti. ¿No, *bella*?

—Sabes que no es mi tipo. Algo que, por cierto, no te he oído decir nunca a ti.

—Si tiene lo que hay que tener, es mi tipo —Alessia acompañó sus palabras con un gesto bastante explícito con las manos. Las dos amigas se echaron a reír—. ¿Todo en orden?

—Sí. Por fin encuentro un minuto de paz. ¿Qué tal tú? ¿Tenéis a Candice? —Lola estaba al tanto de los quebraderos de cabeza que estaban sufriendo en la redacción con el fichaje de la sudafricana para la portada del nuevo número. El ángel de Victoria's Secret era una de las modelos más cotizadas del mundo. NZ no debía de ser la única cabecera que se peleaba por ella.

—Ha costado, pero sí. ¡Va a ser un bombazo! Y por supuesto queremos que seas tú quien se encargue del estilismo.

Lola la miró, atónita. No había nada que pudiera negarle a aquellos ojos del color del caramelo que la miraban sonrientes. Alessia sabía lo mucho que significaba para ella trabajar con grandes personalidades de la moda. Aunque su trabajo brillaba por sí solo, los comienzos habían sido duros y la italiana se había encargado de abrirle las puertas de aquel mundo nada más conocerla. Le había puesto en contacto con medios de comunicación, directores, productores, fotógrafos y firmas de lujo. Se había comportado como una verdadera amiga. Sobre todo cuando las cosas se pusieron feas y estuvo a punto de tirar la toalla. Ya hacía un año de la debacle. De repente se sintió fatal por ocultarle el percance de la fiesta y su posterior discusión con Jan.

—¿Quieres que vista a Candice?

—Hombre, estaría bien. La gente podría empezar a pensar que esas chicas van siempre desnudas. Todavía tenemos que madurar la idea, pero ya hemos hablado con su agente para firmar el contrato. Tampoco hemos confirmado al fotógrafo. Será la portada del número y necesitaremos una producción de calidad. Cuando tenga los detalles te avisaré para que bajas a hablar con la jefa. La burocracia no es lo mío.

—Eres increíble, Ale. Te lo agradezco.

—¡Bah! ¿Unos chupitos para celebrarlo?

—Mañana tengo una clienta a primera hora. No sé por qué dicen que Nueva York es la ciudad que nunca duerme. En realidad es la élite

neoyorquina la que no te deja dormir.

—¡Malditas ricachonas! Seguro que es la típica que se tira a su entrenador personal mientras el pobre de su marido se mata a trabajar para pagarle una asesora de imagen —Alessia se recostó sobre el respaldo de la silla y resopló.

—Mientras me paguen, que se tire a quien le dé la gana.

—¡Amén!

Las risas volvieron a inundar aquella pecera de cristal. Alessia se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—Me han invitado a una fiesta privada en 1 Oak el viernes. Iré con unos amigos. ¿Por qué no te vienes? Podríamos ir de compras por la tarde. Tómalo como uno de tus servicios de *personal shopping*. No aceptaré un no por respuesta.

Y, efectivamente, sin esperar respuesta alguna salió del despacho y cerró la puerta tras de sí.

Lola suspiró. Tenía una sesión de fotos con Candice Swanepoel. Se le antojó que aquel iba a ser un buen mes. Quizá las piezas del rompecabezas destartalado en el que se había convertido su vida empezasen a encajar poco a poco. Suponía que lo peor ya había pasado. Los primeros meses habían dejado atrás interminables noches gélidas en las que su única compañía había sido el vacío que había dejado su compañero. En la cama. En el sofá. Frente a ella en la mesa del salón. En una ocasión había llegado a pasar setenta y dos horas en la cama, sin fuerzas ni ganas de levantarse siquiera para comer. La segunda vez que estuvo a punto de ser engullida por las sábanas tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para recomponerse. No podía permitirse perder clientes importantes ni rechazar succulentas ofertas de trabajo. Con el tiempo, la ausencia y el vacío se habían ido llenando de proyectos laborales a marchas forzadas, de sonrisas artificiales y de pequeñas mentiras para quitarse de encima a amigos y compañeros que hacían demasiadas preguntas. Alessia se había mantenido siempre en un discreto segundo plano, alerta, sin embargo, ante cualquier altibajo en su rutina. Lola sabía que a ella no podía engañarla, por más que se empeñara en fingir que estaba bien.

Se sorprendió de cuánto había cambiado su vida en cuestión de un año. Profesionalmente no podía pedir más: tenía cuanto había soñado encontrar en la Gran Manzana. Sin embargo, sentía un profundo rencor hacia aquella ciudad que le había arrebatado lo que tanto le había costado conservar. Y es que, en el fondo, su viaje a las Américas solo había sido el detonante de una fina

mecha de problemas soterrados durante años. Pero, ¿por qué se empeñaba en aferrarse a algo que ya no existía? ¿Cómo podía seguir amando a alguien que ya no la quería? El mensaje había sido claro: sus preferencias en la vida habían cambiado. El virus mortal de la rutina y los malos hábitos de pareja habían infectado de gravedad a su relación. Él le había confesado que su trabajo y sus proyectos habían ganado peso en la balanza y que el amor que ella pudiera profesarle a pesar de la erosión inevitable del tiempo no era suficiente. Así, sin más, había pasado de ser la razón de su existencia a ser solo un bonito recuerdo que, tarde o temprano, acabaría por difuminarse. Ironías de la vida: habían cruzado el charco en busca de nuevas oportunidades y había sido él quien las había encontrado. Ni siquiera sabía si seguía en Nueva York. Después de abandonar su apartamento no habían vuelto a tener contacto. Supuso que era lo mejor.

Echó un vistazo al reloj. Las doce y cinco. Tenía tiempo suficiente para repasar la reunión de la tarde y organizar su cita matutina con la Sra. Johnson, una de sus clientas más exigentes pero tremendamente fiel a sus servicios. Gracias a su sonada aparición en las páginas de sociedad tras la última gala benéfica a la que había asistido con su marido, celebrada en el MET, había tomado por costumbre organizar una cita mensual con Lola. Según palabras textuales, “aquel vestido le había cambiado la vida”. Lola lo recordaba perfectamente, había movido cielo y tierra para encontrar el atuendo idóneo para Abbie, como la Sra. Johnson se empeñaba en que la llamara. La verdad es que había conseguido toda una obra de arte. El vestido, de corte griego con filamentos en plata, restaba varios años a la cincuentena —muy dignamente llevada— de la mujer. La transparencia de su única manga y la pedrería a la altura del pecho compensaban con elegancia la desnudez del hombro derecho. Aunque Abbie había insistido en presumir de cabellera, recién decolorada, Lola había conseguido convencerla para lucir un exquisito recogido que definía sus facciones y resaltaba aquellos pómulos marcados bajo unos ojos que parecían dos pedazos de cielo. Sonrió al recordar las palabras de la prensa. Habían descrito aquel par de pendientes como “la joya de la corona”. Tiffany’s. Una apuesta segura.

La Sra. Johnson no había escatimado en presupuesto. A pesar de contar con más de sesenta pares de zapatos, le había encargado un par de salones nuevos. Lola había optado por unas sandalias Louboutin que, junto con aquel vestido, parecían haber sido confeccionadas para abrirle paso entre las puertas del mismísimo Olimpo. Según Abbie, había desatado los celos entre

sus más fervientes detractoras. “La envidia es muy mala —le había dicho—, pero qué dulce sabe a veces”. Y debía de tener razón, porque tanto amigas como enemigas habían contactado con Lola para que las asesorara y las vistiera en sus eventos de sociedad.

Respiró hondo, estiró el cuello y se puso manos a la obra. El fin de semana estaba a la vuelta de la esquina y cuanto más pensaba en la propuesta de Alessia, más apetecible le parecía. La noche neoyorquina era casi tan buena como la española, y aunque no era precisamente su máxima prioridad, sabía que ya iba siendo hora de divertirse.

CAPÍTULO 5

A las cinco en punto recibió un mensaje de Alessia. “Nos vemos en Bryant Park en media hora”. Los viernes terminaba pronto su jornada laboral, por lo que solía marcharse a casa a medio día. Había sido una semana productiva y afortunadamente no tenía trabajo atrasado. Tomó su abrigo y su bolso y salió del apartamento. Vivía cerca de la oficina, a solo un par de paradas de metro. Le gustaba más su antiguo barrio, cuando vivía en el Soho. La vida allí era algo más tranquila y despreocupada. En pleno centro se sentía pequeña, suponía que como todo el mundo. No obstante, por mucho que adorase aquel pequeño apartamento no se había visto con corazón de seguir viviendo allí. Demasiados recuerdos.

Tomó la línea F en la calle 57 con la Sexta y se dirigió hacia el parque. Alessia había planeado la tarde con esmero: compras, cena para dos y copas con sus amigos antes de empezar la fiesta. 1 Oak era uno de los clubes más selectos de la ciudad y sus colegas le habían prometido botellas de champán a discreción. El plan era tentador.

—¡Aquí, Lola! —no le costó reconocer la voz de su amiga.

—Bueno —dijo cuando la hubo abrazado a modo de saludo—. ¿Por dónde empezamos?

Dos horas después habían recorrido gran parte de la zona alta de la Quinta Avenida y cargaban con un buen puñado de bolsas de camino a casa. Al llegar a su apartamento, Lola dejó caer los paquetes al lado de la puerta y se desplomó en el sofá.

—Hay vino en la nevera. Tú como en tu casa.

—No hace falta que lo digas, *bella* —Alessia fue directa al frigorífico—. ¿Blanco?

—Sí, por favor —Lola hizo un esfuerzo innecesario para dar instrucciones a su amiga—. Las copas...

—Lola, me conozco mejor esta casa que la mía propia —Alessia se movía como pez en el agua, trasteando en la cocina en busca de un par de copas de vino—. ¿Ves?

Se acercó al sofá y le hizo un gesto, pidiéndole que le hiciera un hueco.

Las dos amigas se acomodaron entre un mar de cojines.

—¡Por esta noche! —Alessia alzó su copa.

—¡Por nosotras! —Lola detectó la anticipación en los ojos de su amiga —. Por los viejos tiempos.

—¡Ya iba siendo hora de que organizáramos una noche de chicas! ¿Cuánto hace que no salimos?

—¿Tú? Posiblemente un par de días —Lola se echó a reír.

—Sí, sí. Pero digo juntas. ¡Te estás haciendo mayor, Lolita!

—Alessia... —el semblante de Lola se oscureció de repente—, no me gusta que...

—Ya, ya. Que te llame así. ¡Se me ha escapado! —Alessia lamentó haber abierto el baúl de los recuerdos. Se levantó de un salto y se dirigió hacia la puerta, donde habían dejado amontonadas sus adquisiciones para la noche.

—Entonces, ¿tenemos claro el modelito? —sin soltar la copa, agarró una de las bolsas con la mano que le quedaba libre.

Lola miró a su amiga y asintió. Alessia era menuda, tenía un cuerpo bonito, la cara fina y unos ojos enormes que penetraban el alma. Era explosiva y disfrutaba siendo el centro de atención, lo que no resultaba difícil, dado su enorme carisma. Atrevida y descarada, sabía potenciar su personalidad a través de su aspecto. Lola admiraba su capacidad de seducir a los hombres con tan solo mirarlos.

—¿Qué te parece si pedimos unas pizzas mientras acabamos con esa botella? —sentenció la italiana, sustituyendo la copa por el teléfono.

—Me parece que, como no se den prisa, vamos a necesitar más de una botella —Lola se levantó del sofá y se dirigió a la cocina.

Las dos amigas abastecieron el frigorífico de vino, se pusieron cómodas y ambientaron el espacio con buena música. Desde que Lola se había mudado *uptown* habían pasado muchas noches juntas en su nuevo piso. Sabía que su amiga lo hacía por ella, para regalarle su compañía y llenarle el salón y el alma de todas esas risas y buenos momentos que compartían juntas. Era un piso verdaderamente acogedor. Aunque el edificio era antiguo, todos los apartamentos habían sido reformados hacía escasamente un año. Lola vivía en el 18A. Desde el salón veía el ajetreo continuo de la Sexta Avenida y, al fondo, las puertas del edén de Central Park. Las cálidas horas de luz que se filtraba por los ventanales le habían hecho mucho bien.

Si era sincera, la ubicación era perfecta. Además, en poco tiempo había

conseguido hacer de aquel espacio su hogar. La decoración vanguardista que ella misma había elegido invitaba a dejarse engullir durante horas, trabajando desde el confort de su cama, viendo una película en el salón o cocinando tras la barra americana de la exquisita cocina.

Lola todavía recordaba la impresión que le había causado el hecho de que la enorme mayoría de viviendas prescindieran de cocina. Prácticamente todo el mundo desayunaba, comía y cenaba fuera. No le costó demasiado hacerse al frenético estilo de vida de la Gran Manzana, pero en cuanto tuvo la oportunidad se decantó por un piso con espacio para desarrollar sus capacidades culinarias. En España, la cultura gastronómica era un pilar fundamental que sostenía el país por sus cuatro costados. La dieta mediterránea y las cenas con invitados eran todo un placer para los sentidos al que no estaba dispuesta a renunciar.

Mientras Alessia llamaba a uno de sus contactos especiales en Artichoke Pizza —oficialmente los repartidores no llegaban hasta la 57, excepto Carlo, que se desvivía por su conterránea— Lola volvió a llenar las copas. La cocina se abría hacia el salón en forma de U. La barra americana, prolongación de una encimera negra como el azabache, hacía las veces de separación entre los dos espacios. El blanco nacarado del salón creaba un contraste sobrio y elegante. Únicamente lo vestía un sofá *chaise longue*, una mesilla baja, repleta de revistas de moda, y un masivo televisor de pantalla plana. La pincelada de color, encargada de romper aquel binomio cromático, la daba el aguamarina de un cuadro abstracto sobre el sofá.

—¡En quince minutos tenemos cena! —canturreó Alessia al colgar el teléfono.

—Pobre Carlo. Más vale que le des una buena propina por subir hasta aquí, con el frío que debe de hacer a estas horas.

—*Bella*, sabe lo que le conviene. Subiría aunque lo llamara a las tres de la mañana —le guiñó un ojo.

—Eres cruel —Lola no pudo contener una risita. Aun así, trató de reprenderla con la mirada.

—No te preocupes, tendrá su propina —Alessia se sentó en uno de los taburetes frente a la barra—. Pero esta noche no. Te he hablado de Bruno, ¿verdad?

—¿El modelo? —Lola miró a su amiga estupefacta—. ¿El *yogurín*?

—¡Tampoco es tan joven!

—¡Ale! —Lola se llevó las manos a la cabeza—. ¡Tiene veintidós años!

—Hay partes de su cuerpo que aparentan más —dio un trago a su copa de vino, sin apartar la mirada de Lola—. Además, siempre estamos con lo de que los chavales de hoy en día aparentan, por lo menos, siete años más. Así que, matemáticamente, es casi mayor que yo.

Ante la rocambolesca teoría de su amiga, Lola estalló en una sonora carcajada. Alessia se unió a ella y pronto estuvieron riendo como locas, hasta que apenas les quedó aire en los pulmones.

—¿Bruno te ha invitado a la fiesta de esta noche? —Lola se secó las lágrimas provocadas por la risa con la yema de los dedos.

—Sí. La agencia para la que trabaja celebra una fiesta, así que habrá modelos por todas partes. Con suerte, igual hasta encontramos a algún rubiales de tu edad —apuntó, burlona.

—Lo último que quiero yo ahora es un hombre.

—Ya me lo dirás, ya, cuando te veas rodeada de todos esos adonis, con sus torsos desnudos y... —Alessia se levantó de un salto y se desplomó sobre la barra, fingiendo un desmayo.

—Estás fatal —Lola se levantó y desapareció por el pasillo en dirección a su habitación.

El apartamento era un piso de dos dormitorios. Aunque en un principio había descartado mudarse allí, puesto que solo necesitaba una habitación, había hecho buenas migas con la propietaria y finalmente se lo había alquilado por el precio de una única estancia. Gracias a aquella mujer tenía un vestidor que algún día, eso pensaba ella, haría sombra al mismísimo clóset de Carrie Bradshaw. Tomó su portátil, que había dejado sobre la cama, y regresó al salón justo cuando sonaba el timbre.

—¡Comida! —Alessia se abalanzó hacia la puerta.

La mueca de felicidad de Carlo cuando se topó de frente con Alessia le pareció enternecedora. Llevaba una caja de pizza enorme y las manos hundidas en un par de guantes negros.

—*Ciao, bellissima. ¿Cómo estás?* —dijo, ofreciéndole la caja sin dejar de sonreír.

—¡Hambrienta! Eres un cielo, Carlo —Alessia se acercó y le dio un beso en la mejilla, haciendo que el muchacho se sonrojara tanto que incluso Lola pudo percibirlo desde el otro lado del salón.

—¡*Ciao, Carlo!* Muchas gracias por el servicio —gritó.

—*Un piacere* —respondió, saludando con la mano desde el umbral.

—¿Qué te debo? —Alessia utilizó aquel tono meloso suyo, a sabiendas

de la respuesta del pobre Carlo.

—¿Tú a mí? *Niente, principessa*. Invita la casa —el joven inclinó la cabeza a modo de reverencia y después carraspeó—. Solo un café. ¿Qué te parece?

Alessia se volvió hacia la cocina y miró a Lola, que fingió estar ocupada y no haber oído nada.

—Lláname mañana cuando salgas de trabajar, a ver si estoy disponible —susurró y le besó con disimulo en la comisura de los labios—. *Ciao*, Carlo.

Cuando cerró la puerta se encontró con una Lola con los brazos en jarras y mirada inquisitiva.

—¿Cómo lo haces?

—Ya te he dicho que tendrá su propina. Pero los hombres tienen que saber esperar —se dirigió a la cocina a saltitos, con la caja de pizza en las manos y una sonrisa en los labios—. ¡Me muero de hambre!

Se sentaron una frente a la otra en los espigados taburetes de la barra americana. Volvieron a brindar, esta vez por la buena fe de Carlo, y aspiraron el dulce aroma de la pizza de alcachofa antes de atreverse a hincarle el diente. Lola no era amante de la comida rápida, pero tenía que admitir que Artichoke's había sido uno de los descubrimientos más notables de Nueva York. Al igual que Five Guys. Después de un par de porciones enormes y de sus respectivos “mmm..” y “ahhh”, Lola encendió el portátil con la intención de echar un último vistazo a los *emails* de trabajo. Esperaba un correo importante de una firma europea de la que no conseguía respuesta.

Alessia la miraba fastidiada sin dejar de engullir su porción de pizza. La italiana era incapaz de dejar comida en la mesa, comía como una lima y Lola no entendía cómo conseguía mantener aquella figura. Además, odiaba el deporte.

—Perdona, Ale, es solo un segundo, quiero ver si...

El primer mensaje en la bandeja de entrada le impidió terminar la frase.

—¿Qué? —farfulló Alessia, todavía con la boca llena.

—Nada —Lola no debió de resultar muy convincente.

—¿Nada, qué? ¿Qué pasa?

—Tengo un *email* de Jan.

—¿Y? —Lola sabía que aquella no sería explicación suficiente para su amiga.

—Hace casi tres semanas que no sé nada de él —intentó fingir despreocupación.

—¿Desde cuándo es eso una novedad? Ha estado en Los Ángeles, trabajando para un reportaje nuestro —ante el silencio de Lola, Alessia abrió los ojos como platos—. Un momento. ¿Qué me he perdido?

—No, no. No es eso... ¿Recuerdas la fiesta en el Fifth? —intentó mantener un tono sereno que no reflejara que se disponía a ocultarle cierta parte de la historia.

—Sí... —Alessia parecía interesada.

—Cuando te fuiste con aquel camarero, Jan se quedó conmigo —Lola jugueteó con un mechón de pelo, esperando que aquel gesto nimio aplacara sus nervios. Se le daba fatal mentir—. Estuvimos hablando y tomando copas hasta tarde. El caso es que bebí demasiado y empecé a encontrarme mal.

—¿Pasó algo? —la italiana podía llegar a ser muy directa en lo que a detalles morbosos se refería.

—¿Con Jan? ¡No! Por dios, Ale, somos amigos. Además, sabes perfectamente que...

—Sí, Lola, pero ya va siendo hora de que te des un respiro. La verdad, últimamente no he querido sacar el tema, pero no creo que estés avanzando demasiado. Ya ha pasado mucho tiempo. No digo que te conviertas en alguien que no eres, pero podrías empezar a soltarte un poco —Alessia colocó una mano sobre la de su amiga y sonrió—. Además... ¡Jan está buenísimo!

Lola le devolvió la sonrisa y apartó la mirada. Después de aquel comentario no estaba dispuesta a contarle que había acabado durmiendo en el apartamento del fotógrafo.

—El caso es que, no me preguntes por qué, acabamos discutiendo. No sé, había bebido mucho y creo que le dije algo que no debía. Le reproché que se metiera donde no le llamaban.

—¿No habéis hablado desde entonces? ¿Qué dice en el *mail*?

—No lo he abierto todavía.

—¿Y a qué esperas? —apremió Alessia.

Lola sabía que ocultar a su amiga los detalles escabrosos sobre el incidente en la azotea y su posterior charla con Jan acabaría trayéndole problemas. Posiblemente aquel mensaje hiciera referencia a la estupidez que estuvo a punto de cometer aquella noche. ¿Debía leerlo delante de ella?

La curiosidad pudo más que el miedo a ser descubierta. Temerosa, hizo clic sobre el nombre en negrita de su compañero. El correo era breve:

“He coincidido con Bruno esta mañana. Me ha dicho que Alessia y tú iréis a la fiesta de la agencia. Tenemos que hablar. Nos vemos allí”.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Se preguntó qué querrían de ella aquellos ojos verdes.

CAPÍTULO 6

Apenas podía prestar atención a las palabras de Alessia. La voz de su amiga llegaba a sus oídos como un murmullo lejano. Hablaba sobre los planes de la noche, los amigos de Bruno y lo incómodos que resultaban sus zapatos. Pero Lola solo asentía de vez en cuando. No había previsto un encuentro con Jan en aquellas circunstancias. Llevaba días prometiéndose a sí misma que le pediría disculpas por su comportamiento aquella noche y finalmente había sido él quien se había visto obligado a ponerse en contacto con ella. Aunque en los dos años de amistad que les unía nunca habían discutido, Lola no podía ignorar la extraña sensación de haberse sentido atacada en su apartamento. ¿Y qué si no conseguía levantar cabeza? ¿Y qué si ya no le apetecía abrirse a sus compañeros como antes o salir a tomar una copa? ¿Y qué si necesitaba tiempo? Sin embargo, no era aquello lo que más le impacientaba, sino el hecho de que la expectativa de ver a Jan pudiera inquietarla tanto.

—Lola, ¿me estás escuchando? —Alessia la sacó de sus pensamientos.

—Sí, sí, claro —intentó aparentar interés, aunque no tenía ni idea de lo que debía contestar.

—¿Entonces los rojos?

“Ah, los zapatos”.

—Sí. Son preciosos.

—¡Genial! —exclamó—. ¡Manos a la obra!

—Manos a la obra... —repitió Lola en un susurro, haciendo un esfuerzo enorme para ahuyentar cualquier pensamiento que pudiera distraerle de su cometido principal, que no era otro que disfrutar de la noche que tenían por delante.

Alessia se había comprado aquella tarde un *little black dress* BCBG que le quedaba como un guante. Aunque el escote en forma de V no era demasiado pronunciado, la espalda era impresionante. A ambos lados de la cremallera central se dibujaban tres aberturas que mostraban su piel desnuda, dejando casi toda la espalda al descubierto. Las mangas casquillo le otorgaban un aire sofisticado que compensaba el largo del vestido, aproximadamente un palmo por encima de la rodilla. Su melena corta, tan negra como el vestido, y

el flequillo recto sobre aquellos ojos oscuros, enmarcaban unos labios carmesí que conjuraban hechizos sin emitir sonido alguno.

“Los rojos, definitivamente”.

Lola admiró el aspecto de su amiga, que se arreglaba frente al tocador. Sentada en la cama pensó en lo diferentes que eran físicamente y en lo mucho que se complementaban la una a la otra. Lola era consciente de que llamaban la atención; Alessia era la viva imagen de la *femme fatale* mientras que ella cautivaba por su expresión dulce y aniñada. Eran la noche y el día y aquello gustaba al sector masculino de Nueva York. Lo tenía comprobado, no había noche que no salieran juntas y no volvieran, al menos, con un par de números de teléfono bien resguardados en el escote. Alessia había sido la única que había hecho uso de aquellos contactos. Ella simplemente se había limitado a sonreír y a ser fiel. De repente se sorprendió de lo mucho que había idolatrado a su pareja todos aquellos años. No había tenido ojos para nadie más ni había dudado un solo segundo de la historia que tenían. Pero ya se había cumplido un año de su separación y sabía bien que no podía seguir lamentándose. Quizás Alessia tuviera razón. Tenía que empezar a conocer gente nueva.

—¡Venga, Lola, al final llegaremos tarde!

—Perdona, Ale —se levantó de la cama y empezó a vestirse—. Estaba pensando en los amigos de Bruno. ¿Crees que habrá alguno interesante?

Antes de que pudiera volverse, Lola vio la expresión boquiabierta de su amiga reflejada en el espejo del tocador.

—¡Lola! —Alessia se llevó las manos a la cabeza—. ¡Estás pensando en hombres!

Las dos amigas se abrazaron a modo de celebración, creando una estampa tan enternecedora como festiva.

—No sé, Ale... —Lola miró a su amiga mientras se ajustaba el vestido—. Solo digo que quizá no esté mal del todo conocer a gente, divertirme... No pretendo volver a enamorarme.

—¡Claro que no, *bella!* —respondió la italiana, como si aquellas palabras le hubieran sacudido cual descarga eléctrica—. El amor es para las cuarentonas. No malgastemos nuestra juventud buscando al señor de la casa cuando podemos tener al jardinero, al de mantenimiento, al de la piscina, al que pasea a los perros...

—Deberías dejar de ver *Mujeres Desesperadas* —señaló hacia el zapatero—. Pásame las sandalias plateadas, por favor.

Lola se sentó frente al tocador y se ahuecó el pelo con los dedos. Bajo

la luz artificial varios mechones cobrizos relucían en su melena castaña. No se molestó en eliminar el volumen de su cabellera. Le gustaba así, larga y frondosa. Además, solía jugar con ella cuando bailaba. Tampoco haría falta demasiado maquillaje, solo un poco de máscara de pestañas y de brillo en los labios.

Alessia dejó las sandalias a los pies de la cama y regresó al salón para llamar a Bruno. Cuando terminó de arreglarse, Lola se colocó frente al espejo. El vestido corto de Marchesa que le habían regalado en sus inicios como estilista en Nueva York abrazaba sus curvas con delicadeza y fortificaba su dulzura. El exquisito azul celeste, el corte romántico y el juego de gasas que se entrelazaban a lo largo del entramado plateado de blondas resultaba, en conjunto, un *look* sensual y romántico. Las sandalias, de aproximadamente ocho centímetros, estilizaban sus piernas y redondeaban sus nalgas bajo el ajustado vestido. Roció un poco de perfume por el cuello y las muñecas y apretó los labios para fijar el tono frambuesa. Sonrió. Presentía que aquella sería una buena noche y pensaba estar a la altura de las circunstancias.

Alessia la llamó desde el comedor.

—¡Tenemos que irnos! —los pasos se acercaron hasta que apareció en el marco de la puerta, con un nuevo par de copas de vino en las manos. Al ver a Lola frente al espejo la miró de arriba abajo—. *Bella*, estás impresionante.

—¿Tú crees? —sonrió al tiempo que se volvía hacia ella.

—Solo te diré una cosa: ¡menos Bruno, lo que quieras!

Los amigos del muchacho resultaron ser mayores que él, aunque no demasiado interesantes. Durante las copas previas, uno de ellos había insistido en invitar a Lola y en regalarle los oídos cada vez que abría la boca. Ni siquiera recordaba su nombre. ¿Mathew? ¿Michael? Tenía una memoria pésima, sobre todo para lo que no le llamaba demasiado la atención. Por el contrario, Alessia no había dejado de tontear con Bruno y Lola intuía el desenlace de la noche incluso horas antes de que se produjera. De camino al club, agarró a su amiga del brazo y procuraron quedarse rezagadas para que los jóvenes adonis no pudieran oírles.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó Alessia—. Son majos, ¿no?

—Sí, sobre todo mi amigo —resopló.

—¡Ay! Se ha encaprichado totalmente contigo —la italiana se echó a

reír—. Está a punto de firmar como nuevo chico Gucci, yo no me lo pensaría dos veces.

—Es un bebé. Y encima pegajoso.

Los chicos se detuvieron frente a la puerta de 1 Oak. Las dos amigas se acercaron, asegurándose de que los gorilas de la entrada pudieran apreciar la calidad de sus vestidos y el largo de sus piernas.

—Pues yo sé de un bebé que esta noche va a dormir acurrucadito entre mis brazos —le susurró Alessia al oído, al tiempo que hacía su entrada triunfal en el club y guiñaba un ojo al portero, que se la comía con la mirada.

Llegaron a la mesa que tenían reservada abriéndose paso entre la multitud. El gentío bailaba al son de Jay Z. Ellos pavoneándose, ellas contoneándose lascivamente. Lola y Alessia tomaron asiento en el centro del privado, rodeadas por Bruno y sus amigos. Las botellas de champán, de vodka y de zumo de arándanos no tardaron en llegar. En cuestión de minutos las copas empezaron a corretear entre sus manos y pronto dejaron de sentir el roce de los tacones en sus pies. El ritmo sensual del R&B se apoderó de sus caderas al tiempo que el alcohol borboteaba por sus venas. Las dos amigas se lanzaron a la pista, sin importarles cuántos ojos las miraran ni cuántos centímetros se les subiera el largo del vestido. Tal era el grado de euforia que sentía, que Lola ni siquiera se percató del momento en el que Bruno hizo su aparición en la pista, acaparando toda la atención de su amiga. La noche estaba saliendo a pedir de boca y estaba disfrutando como una quinceañera.

En aquel momento se preguntó cómo había aguantado tanto tiempo encerrada en casa, privándose de toda la diversión que la noche neoyorquina podía ofrecerle.

Cuando dejó de bailar sintió por un segundo el ligero mareo del alcohol que anunciaba que debía empezar a ralentizar el ritmo si quería evitar las consecuencias a la mañana siguiente. Necesitaba ir al baño. Se acercó a Alessia, que empezaba a dejarse manosear descaradamente por un entregado Bruno. Le sonrió, pícara, y le hizo un gesto con la mano, indicándole que estaría de vuelta en cinco minutos. Dio un último sorbo a su copa de vodka y la dejó sobre la mesa, repleta de cubiteras y vasos vacíos. Rebuscó entre los abrigos hasta encontrar el *clutch* en el que guardaba su brillo de labios. Le vendría bien un retoque. Esquivó a un grupo de chicas que no debían de tener más de veintiún años y se topó varias veces con camareros apresurados que corrían hacia las mesas cercanas al pasillo que conducía a los baños para aprovisionar al gentío de alcohol.

Lola se armó de paciencia y consiguió llegar al final de la sala, donde unas escaleras tenuemente iluminadas conducían a un largo pasillo en el que se bifurcaban los respectivos accesos a los baños. Sus pasos eran torpes a consecuencia de los tacones de aguja, pero la adrenalina le ayudaba a permanecer erguida y todavía le quedaban fuerzas para mantener la compostura. Se preguntó si Alessia estaría perdiéndola en aquel preciso momento. Dejó escapar una risita y comenzó a bajar las escaleras con sumo cuidado, palpando las paredes a ambos lados para mantener el equilibrio. Cuando pasó frente a la puerta del baño de hombres vio por el rabillo del ojo a un par de muchachos orinando. Siempre se había preguntado por qué demonios existían esos inodoros expuestos a la vista de todo el mundo. Le resultaban extremadamente repugnantes.

Le costó horrores no tambalearse entre la angostura de las cuatro paredes del lavabo. No fallaba. Siempre era en aquel preciso momento cuando uno se daba cuenta de que había bebido un poco de más. Mantuvo la vista en un punto fijo en la superficie de la puerta. Los años de yoga le habían capacitado para mantener el equilibrio en situaciones tan necesarias como aquella. Oyó a alguien devolviendo en el baño de al lado. “Maldita sea”. Esperaba no acabar en aquel estado esa noche. Se lo debía a su precioso Marchesa. Cuando abrió la puerta, intentó evitar en la medida de lo posible cualquier contacto de su piel con el resbaladizo pomo.

Frente al espejo, una pelirroja despampanante se retocaba el maquillaje. Lola la saludó con una sonrisa tímida cuando se colocó a su lado y buscó en su bolso la barra de labios. Se ahuecó el pelo con los dedos y echó un último vistazo a la imagen reflejada frente a ella. No le pasó inadvertido que la chica la miraba de reojo.

—Me gusta tu vestido —su voz le resultó sorprendentemente grave.

—¡Gracias! A mí el color de tu pelo. ¿Es natural?

—Eso me dijeron cuando la compré —la joven le mostró la nuca, donde un mechón corto de pelo negro como el tizón se ocultaba bajo una peluca pelirroja.

—¡Qué fuerte! ¡Nunca lo habría dicho! —Lola estaba realmente sorprendida.

—Toma —la falsa pelirroja sacó una tarjeta de la minúscula cartera que guardaba en su bolso—. Si alguna vez te pasas por la tienda, di que vas de parte de Ágatha. Te atenderán bien.

Lola aceptó la tarjeta que le tendía la joven. Era dorada y tenía impreso

en relieve el perfil de una peluca. Muy original.

—¡Gracias! Me pasaré por allí aunque sea por curiosar.

Cuando se quedó sola frente al espejo volvió a ojear la tarjeta. Jamás se habría atrevido a sospechar siquiera que aquella preciosa melena no fuera natural. Se prometió a sí misma que haría una visita a la tienda. Siempre se había preguntado cómo le quedaría el cabello de Alessia. La guardó en el minúsculo bolso y se ajustó el vestido. “Pues claro que era bonito”.

Al subir las escaleras se percató de que su paso no era tan torpe como le había parecido minutos antes. Quizá después de todo sí podría permitirse otra copa con los chicos. Cuando ascendió a la pista de baile reparó en que los escasos espacios que antes había libres ya se habían llenado del todo, aunque apenas habían pasado cinco minutos. No conocía la canción que sonaba, pero el ritmo y los movimientos del gentío seguían siendo serpenteantes. Decidió avanzar hasta el lateral más cercano, hacia los privados, para evitar cruzar por el centro de la sala, donde la mayoría de la gente se agolpaba y se daba codazos sin contemplaciones ni miramientos.

Una de las chicas que bailaba cerca de la primera mesa le asestó un pisotón involuntario y tremendamente doloroso. Al volverse hacia ella para fulminarla con la mirada, el dolor de un fino tacón de aguja le pareció el más insignificante del mundo.

Una ola de angustia se apoderó de ella y le cortó la respiración. Sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. Sus huesos, sus músculos, hasta el vello de la piel; todo cuanto componía su ser se desintegró en una nube de irrealidad.

Era él. Estaba allí. Besando a otra mujer.

Le faltó el aire. Un torrente irrefrenable de lágrimas empañó sus ojos y rodó por sus mejillas, alimentándola de un sabor a hiel y a sal que jamás podría olvidar.

No podía pensar. Ni siquiera podía moverse. Se había quedado clavada a escasos metros de él. De los dos.

Aunque estaba de espaldas, reconocía su nuca. Como si la hubiera tallado en piedra con sus propias manos. El peculiar triángulo invertido que dibujaba su pelo y que tantas veces había acariciado al besarle quedaba ahora bajo la mano perfectamente aferrada de una desconocida que apretaba su cuerpo contra el de él. Era alta y delgada. La pasión con la que lo besaba solamente dejaba entrever un rostro fino y pálido, como el de una muñeca de porcelana, y una larga y sedosa melena rubia. Aquel pensamiento la sacó de su

ensimismamiento. O quizá fueron los empujones de quienes bailaban impetuosamente a su alrededor.

De pronto sintió la necesidad de echar a correr. Más que eso. Lo que creyó una necesidad se convirtió en un impulso irrefrenable. Tenía que salir de allí antes de que pudieran verla.

En su desesperada huida ni siquiera se molestó en disculparse con quienes arrollaba a su paso. En sus oídos, la música se había convertido en un zumbido sordo. En sus ojos, la muchedumbre no era más que borrones distorsionados por las lágrimas. En su boca, la presión de sus dientes en busca de autocontrol le martilleaba en las sienes. Cuando alcanzó la salida, aspiró una bocanada de aire que llenó sus pulmones de oxígeno pero no consiguió enfriar sus pensamientos. Había pasado un año desde la última vez que lo había visto. La esperanza de no encontrárselo en aquella enorme ciudad se acababa de desvanecer a la misma velocidad en la que sus fantasmas habían regresado a su vida.

En un estado de semiinconsciencia deambuló por la calle hasta doblar la esquina. Entonces se apoyó contra la pared y se dejó caer al suelo. Quería fundir su dolor con el asfalto y evaporarse con el fantasmagórico humo que emergía del corazón de Manhattan. Ni siquiera mirando al vacío podía borrar la imagen, clavada en su retina, de aquella mujer besando unos labios que aún consideraba suyos, rozando una piel que en su corazón le pertenecía y dejándose seducir por quien tantas veces le había jurado amor eterno. No podía creerlo. No podía asimilar tanto dolor de manera tan súbita. No otra vez. No ahora que empezaba a sentirse con fuerzas para empezar de cero.

—Eh, preciosa —Mathew, o tal vez Michael, se acercó a ella y se sentó a su lado sin pedir permiso—. ¿Qué haces aquí?

Lo último que necesitaba era compañía, mucho menos la de un desconocido cuyo único interés era llevársela a la cama. Decidió contestarle con el mayor desdén posible, quizás así desistiría y la dejaría tranquila.

—Quería estar sola —respondió, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Algún capullo te ha jodido la noche? —su tono insolente hizo que Lola lo fulminara con la mirada—. Vale, vale...

El muchacho hizo el intento de levantarse y se tambaleó justo a tiempo de apoyarse contra la pared. Lola lo agarró del brazo y le obligó a sentarse de nuevo.

—No deberías beber tanto —le reprendió.

—Y tú no deberías estar aquí tan sola. Con ese par de piernas podrías estar follándote a cualquiera.

Ni pudo evitarlo ni supo por qué reaccionó así, pero el descarado del muchacho le arrancó una sonora carcajada.

—Eso está mejor...

Sin previo aviso, el muchacho se acercó y le colocó una mano en la entrepierna, buscando el lugar exacto donde el celeste de su vestido se difuminaba con el azabache de su lencería. Lola se estremeció.

—Quítame las manos de encima —su voz sonó más rota y débil de lo que habría cabido esperar. El dolor punzante que sentía en la garganta y el torrente de lágrimas que amenazaba con derrumbar el dique de contención que las reprimía le impedían reaccionar.

—No parece que sea eso lo que quieres —el aspirante a chico Gucci siguió subiendo lentamente la mano.

Por el rabillo del ojo, Lola observó la otra mano del muchacho, que se había posado directamente sobre un bulto amenazante bajo sus tejanos. De pronto se dio cuenta de que su respiración entrecortada parecía excitar al muchacho.

—¡Basta! —la joven emitió un grito ahogado y rompió a llorar, haciendo un esfuerzo inútil por levantarse. Apenas le quedaban fuerzas para ponerse en pie. Solamente le importaba su desgracia, solo podía pensar en la crueldad de un destino cuyo único propósito parecía ser el de machacar cualquier momento feliz que pudiera regalarle aquella ciudad.

Cuando quiso darse cuenta estaba de pie, apoyada contra la pared. El cuerpo fornido del muchacho le impedía zafarse de él y su aliento caliente recorría el esbelto cuello de la joven, que de pronto notó su erección presionándole entre las piernas. Se sentía incapaz de mover un solo músculo. Estaba totalmente paralizada por la angustia, el dolor y el miedo, y no podía distinguir cuál era más fuerte.

—¡Déjame en paz! —aunque las piernas le flaqueaban, hizo un último esfuerzo por reunir toda la energía posible en sus endebles brazos e intentó empujar a su opresor.

—No te pongas tonta, preciosa —Mathew le lamió el cuello y Lola sintió una bocanada de angustia que amenazó con brotar directamente desde la boca del estómago.

Un momento. ¿Mathew?

—¡Mathew! ¡Hijo de puta!

Al principio, Lola no supo qué había sucedido. Solo sabía que el muro de carne y hueso que la había estado acosando se había derrumbado a su lado. Antes de que sus débiles piernas la traicionaran se dejó caer al suelo y cerró los ojos con fuerza hasta que el sonido seco de los golpes y los gemidos de dolor de Mathew la obligaron a volver en sí. El muchacho se retorció en el asfalto mientras una figura masculina le asestaba sin piedad un sinfín de puñetazos.

Lola hizo un esfuerzo sobrehumano por articular las palabras que finalmente salieron de sus labios.

—¡Basta, por favor! —no supo si fue por el tono de súplica o por el dolor impreso en su voz, pero el atacante, o más bien su redentor, se detuvo al instante.

Fue entonces, segundos antes de que se volviera, cuando Lola reconoció aquella camiseta, gris e impoluta, como la que ella misma llevara apenas tres semanas antes.

CAPÍTULO 7

Jan no pronunció ni una palabra de camino a casa. Se había empeñado en llamar a un taxi y en acompañarla a su apartamento y ni siquiera le había dejado entrar en el club para despedirse de Alessia. Le había prometido que él mismo la llamaría para informarle de que se marchaban y que no le diría nada sobre el incidente con Mathew. Al menos no todavía. Lola apenas se atrevía a levantar la vista de sus rodillas. Ni siquiera sabía si se sentía avergonzada por su actitud cobarde con el desgraciado de Mathew o por no haber llamado a Jan desde el incidente en su apartamento. No habría sabido qué decir aunque hubiera querido entablar conversación con él.

—Gracias —esperó que aquello bastara.

Levantó tímidamente la mirada. El perfil nórdico de su compañero parecía más duro de lo habitual. Incluso por un segundo, Lola habría jurado captar un atisbo de rigidez en aquella mandíbula cuadrada. Su desazón empezó a mutar en una especie de abatimiento. ¿Por qué le daba la sensación de que había vuelto a decepcionarle? ¿Y qué importaba si era así? Tenía mucho más por lo que preocuparse. Recordó lo sucedido en el club y cayó en la cuenta de que había sorteado el epicentro de aquella catarsis desde el momento en el que Jan le había agarrado del brazo y le había alejado de allí. Sintió un pinchazo en el corazón. Evocar la imagen de la pareja besándose fue como echar sal en una herida abierta.

Necesitaba aire. Se apresuró a bajar la ventanilla del coche. El taxista enfilaba una amplia avenida dirección Midtown que ni siquiera se molestó en identificar. Lola cerró los ojos e inspiró profundamente. Se sentía mareada, quizás a causa del alcohol o simplemente fruto de la velocidad de sus pensamientos. Fuera como fuese, todo daba vueltas en su cabeza. El traqueteo del taxi no era de gran ayuda. Por un segundo temió que su estómago le jugara una mala pasada.

—¿Estás bien?

La voz de Jan llegó a sus oídos como un susurro lejano. No fue hasta que el muchacho posó su mano sobre el hombro de Lola cuando reaccionó y reunió la fuerza necesaria para abrir los ojos de nuevo.

—¿Quieres que paremos? —preguntó, esta vez con un ápice de compasión en la voz.

—No... Creo que estamos llegando.

Subían por la Sexta Avenida. Lola divisó el Hilton Midtown a su izquierda.

—Déjenos en la esquina de la 57.

Apenas un minuto más tarde el taxi se detenía a escasos metros de su edificio. De no ser por la ayuda de Jan, Lola no habría tenido fuerzas ni para abrir la puerta del coche. Con cierta dificultad siguió las órdenes que emitía su cerebro: un pie aquí, otro allá. Las sandalias, con su fino tacón, se convirtieron en un reto añadido.

—¿En qué piso vives?

Lola se alegró sobremanera de que Antonio, el *doorman* que trabajaba en su edificio los fines de semana, hubiera comenzado ya su turno. El hombre se pasaba el fin de semana halagando a la muchacha con esa amabilidad inherente al acento sudamericano que a Lola tanto le gustaba. Sin embargo, su semblante se tornó serio y preocupado al reconocerla. Se acercó rápidamente y la agarró del brazo, al tiempo que fulminó a Jan con la mirada.

—Tranquilo, Antonio. Estoy bien. Es un amigo.

Aunque no era demasiado alto, Antonio era robusto y de complexión fuerte.

Jan se acercó a él con el mismo semblante de preocupación y asintió.

—Solo quiero asegurarme de que llega bien a casa.

—Piso 18. Puerta A —fue lo único que obtuvo como respuesta.

Lola se deshizo de los brazos del portero y se adentró lentamente en el *lobby* del edificio. No había nadie en el mostrador. “Gracias a Dios”. Por la reacción de Antonio cabía deducir que su aspecto era lamentable. Se acercó al ascensor y esperó. Sintió que Jan se aproximaba y se detenía tras ella.

—Estoy bien —Lola ni siquiera se volvió—. Puedes irte a casa.

El ascensor emitió un pitido agudo, parecido al de una campanilla, y las puertas se abrieron frente a ellos. Sus ojos se encontraron en el espejo interno del ascensor. Sin embargo, Jan no apartó la mirada, simplemente se limitó a esperar a que ella entrara.

Lola dio un par de pasos titubeantes. Cuando se volvió, posó la mirada directamente sobre los lustrosos números del panel a su derecha. El corazón le palpitaba violentamente en el pecho. “¿Y ahora qué?”. Jan seguía allí, de pie frente a las puertas del ascensor. ¿Qué se suponía que debía decir? ¿Debía

agradecerle de nuevo lo que había hecho por ella? ¿Debía disculparse otra vez? Inspiró profundamente y levantó la mirada.

Se observaron el uno al otro durante apenas un segundo que a la joven le pareció eterno. Lola se apresuró a pulsar el botón que la cobijaría en su propia vergüenza. Necesitaba escapar de aquellos ojos verdes que la intimidaban, juzgaban y reprochaban por su comportamiento estúpido e infantil. Estaba segura de que después del último incidente y de todo lo ocurrido esa misma noche jamás volvería a tener una relación normal con su compañero. De pronto sintió un nudo áspero y estrangulador en la garganta. No se derrumbaría. No esta vez. Mantendría la compostura hasta llegar a casa y entonces se dejaría arrastrar ante un alud irrefrenable de recuerdos.

Cuando las puertas del ascensor empezaron a ceder, Lola aspiró una bocanada de aire. Y justo entonces, en el preciso instante en el que creyó que sus pulmones estallarían por la contención de oxígeno, Jan impidió que se cerraran.

—Le he dicho al grandullón que me aseguraría de que llegabas sana y salva. Lola se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—Como quieras.

La necesidad de ascender cuanto antes dieciocho pisos nunca le había parecido tan apremiante. Se sentía realmente incómoda. Casi tanto como cuando Jan la había sorprendido semidesnuda hurgando entre sus cajones.

Lola se sonrojó ante aquel recuerdo.

—Estoy bien, ¿vale? Solo ha sido un susto. Ese tío iba borracho pero no ha pasado nada. Llegaste a tiempo —Lola clavó la mirada en el suelo—. En serio, puedes irte tranquilo.

Jan siguió mirándola, pero no pareció reaccionar ante sus palabras.

—¡Estoy bien, Jan! —le sorprendió a sí misma la desesperación en su voz.

Las puertas del ascensor se abrieron tras el agudo pitido de la campanilla que indicaba que habían llegado al penúltimo piso. Ninguno hizo el amago de moverse, se quedaron allí, mirándose, hasta que la joven se acercó a la puerta de su apartamento y empezó a buscar las llaves en su minúsculo bolso.

—Como quieras... —suspiró.

Jan se acercó con expresión serena.

—No encuentro la maldita llave —espetó tras toparse por tercera vez con la barra de labios—. Jan... ¡La llave! ¡No está!

El muchacho se colocó frente a la puerta del apartamento y sacó del bolsillo trasero de sus tejanos una tarjeta de color negro. Muchos de los edificios antiguos de aquella zona habían sido reformados durante los últimos años y disponían de cerraduras parecidas a las de los hoteles.

—Se te cayó cuando intentabas quitarte de encima a aquel desgraciado —introdujo la tarjeta en la cerradura y se la tendió a la muchacha.

Lola suspiró y dejó caer los hombros, abatida.

—Me niego a volver a darte las gracias esta noche. Espero que baste con un trozo de pizza fría.

Sin esperar respuesta alguna, entró en su apartamento, directa hacia el salón. Necesitaba sentarse un segundo; su mayor prioridad era descalzarse. No volvería a ponerse aquellas sandalias en mucho tiempo.

Oyó la puerta cerrarse tras de sí y los pasos lentos y sigilosos de Jan en el vestíbulo.

—Adelante —le invitó a entrar.

Cuando notó el confort del sofá bajo sus piernas no pudo evitar desplomarse sobre él. “Mierda”. Mala idea. De repente todo su apartamento empezó a girar violentamente en el sentido contrario a las agujas del reloj.

—Joder... —se llevó las manos a la cabeza e intentó incorporarse sin demasiado éxito.

—Quieta —la voz autoritaria de Jan pareció surtir efecto. Lola permaneció tumbada con las manos sobre la cabeza y los ojos herméticamente cerrados.

Percibió el tintineo de los vasos de cristal en la cocina y la puerta del frigorífico abriéndose primero, cerrándose después. Apenas unos segundos más tarde, Jan se sentó a su lado.

—Bébetela.

Lola abrió los ojos. Aunque el salón seguía dando vueltas a un ritmo vertiginoso la sola idea de desobedecer a su compañero le pareció impensable. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para incorporarse y sentarse de nuevo sin perder la compostura. “Venga ya”. ¿A quién quería engañar? Esa noche ya no le quedaba de eso.

Cuando el agua helada rozó sus labios sintió un alivio casi inmediato. Tenía la boca seca. Dio otro largo sorbo y dejó el vaso sobre la mesa, frente al sofá.

—Ven aquí —Jan se agachó y le agarró suavemente del tobillo—. Te ayudaré a descalzarte.

Tenía las manos frías. Le desabrochó los zapatos y se los quitó con cuidado. Lola observaba cada movimiento de aquellas manos bronceadas por el sol. Recordó su abrazo en la terraza del 230 Fifth y volvió a sentir una punzada de remordimiento por su falta de consideración al no disculparse con él. Ni por un segundo habría imaginado el desenlace de esa misma noche: ebria, en el sofá de su salón, compadeciéndose de sí misma. Rota por dentro.

Aquel último pensamiento trajo consigo la peor de las imágenes. El triángulo invertido de su nuca; unas manos intrusas acariciándole la piel; unos labios extraños devorando la boca de la que sus recuerdos aún bebían... El nudo que sentía en la boca del estómago no tardaría en subir hacia la garganta. Le empezaba a costar reprimir las lágrimas. Necesitaba estar sola. ¿Por qué demonios había dejado que subiera Jan? Le había dejado suficientemente claro que...

—Sé que no estás bien.

Lola se lo quedó mirando. Acababa de leerle el pensamiento.

—Sí lo estoy —se quedó en silencio durante unos segundos y suspiró—. En serio, te agradezco que me hayas quitado de encima a ese imbécil y que me hayas acompañado a casa. Pero puedes irte tranquilo. Solo quiero meterme en la cama.

—Ese cabrón te estaba sobando en medio de la calle. ¿Por qué no reaccionabas, Lola? —Jan pareció desesperarse ante el silencio de la muchacha—. ¿Qué te está pasando?

No podía aguantar más. Todas sus fuerzas se desvanecieron en cuestión de segundos y cualquier esfuerzo por controlar sus emociones fue en vano.

—Sigue en Nueva York —Lola rompió a llorar—. Estaba allí, besando a otra.

Jan se la quedó mirando, perplejo.

—¿Hablas en serio?

—Salí del baño y...

—¡Basta! —Jan se levantó del sofá de un salto—. ¡Por el amor de Dios! Hace más de un año que no sabes nada de ese tío. ¿Me estás diciendo que has estado a punto de dejarte violar por un niño simplemente porque has visto a tu ex novio con otra?

El tono de voz de su compañero había ido ascendiendo varios tonos a medida que descifraba la situación. Estaba claro que no comprendía la dimensión de su agonía, pero a Lola no le quedaban fuerzas para discutir. Lo único que quería era estar sola, meterse en la cama y llorar

desconsoladamente.

—Tú no lo entiendes... —se cubrió la cara con las manos y empezó a sollozar.

Jan no dijo nada. Se debatía entre la compasión y la rabia, entre consolar a su amiga y reprocharle que se comportara de aquella manera. Finalmente optó por lo primero.

—No, Lola. Tienes razón, no lo entiendo —volvió a sentarse a su lado pero no se atrevió a tocarla. Simplemente dejó que siguiera llorando—. Pero sí sé que hay dolores mucho peores, que la vida no es tan maravillosa como nos gustaría que fuera y que todo, por horrible que parezca, se supera.

Hizo una pausa. Él mejor que nadie sabía que no conseguiría consolarla, que nada repararía tanto dolor mejor que sus propias lágrimas. Como de buena tinta sabía que no había peor veneno para el alma humana que el de ahogar una pena en lugar de dejarla aflorar. Allí, en la superficie, se evaporaría con la luz del sol tarde o temprano.

—Mírame —esta vez se permitió posar una mano en el hombro de la muchacha—. Eh, mírame.

Lola descubrió su rostro. Su piel, fina y delicada, empezaba a salpicarse de manchas rojizas; tenía los ojos y los labios hinchados y la máscara de pestañas no había aguantado el arrollador torrente de lágrimas. Aun así, seguía conservando aquella expresión dulce y aniñada que la caracterizaba. Aun así seguía siendo preciosa.

Jan descartó aquel último pensamiento. Jamás había pensando en ella como algo más que una compañera. Sin embargo, verla totalmente derrotada despertaba en él la necesidad de consolarla, de asegurarle que todo saldría bien.

—Si sigues llorando así, un vaso de agua no será suficiente. El alcohol ya te ha deshidratado bastante —se levantó y volvió a la cocina—. Por cierto... ¿Qué hay de esa pizza?

Permanecieron en silencio durante un rato. Jan la obligó a comerse uno de los trozos de Artichoke que había sobrado y a beber por lo menos un par de vasos más de agua. Quizá no había sido tan mala idea dejar que la acompañara; de haberse quedado sola ni siquiera habría tenido fuerzas de meterse en la cama.

—Realmente llegué a creer que esta noche sería algo parecido a un nuevo comienzo.

Lola no había previsto desahogarse con él, sin embargo Jan no parecía

dispuesto a marcharse antes de verla mínimamente recuperada, así que dejó que las palabras merodearan torpemente por su mente y fluyeran poco a poco a través de sus labios como un débil suspiro.

—¿A qué te refieres?

—Le dije a Alessia que merecía divertirme —confesó con un hilo de voz—. Lo creía de verdad.

—¿Por qué no iba a ser así?

Lola soltó una risita cargada de tristeza.

—¿Sabes cuál es mi último recuerdo con él? —aunque tenía la mirada perdida, sus lágrimas brotaban silenciosamente sin que ella hiciera ningún esfuerzo por detenerlas—. Desconsolada en su coche, preguntándole por qué no podía quererme. Convenciéndole de que no soy mala persona.

Entonces Jan entendió el verdadero problema. Lola sentía un vacío inmenso por haber perdido a la persona que amaba, pero su dolor se intensificaba aún más por un enorme sentimiento de culpa. Estaba convencida de que todos los errores que había cometido en su relación no la hacían merecedora de aquel amor.

—Estoy seguro de que él jamás dudó de que fueras una bellísima persona —hizo una pausa—. La que no parece tenerlo tan claro eres tú.

Lola lo miró con los ojos tan llenos de lágrimas como de preguntas.

Jan suspiró.

—Algún día te perdonarás a ti misma y podrás dejar atrás todo eso que te atormenta. Hasta entonces, seguirás siendo la víctima de una historia en la que ni siquiera hay culpables.

Jan acarició con ternura la mano de su compañera, se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Te llamaré mañana. Procura descansar.

Lola observó su espalda mientras se alejaba. Reparó en su nuca. Su cabello rubio jamás conformaría en ella un triángulo invertido.

—Espera —murmuró, al tiempo que se levantaba del sofá.

Jan se detuvo y se volvió a mirarla, expectante.

—Quédate conmigo.

CAPÍTULO 8

Jan la miró a los ojos. No preguntó. No vaciló siquiera un segundo. Simplemente se acercó a ella con determinación. No le importó el alcohol ni la incoherencia de sus actos. Ninguno fingiría que les moviera algo más que la carne y la pura lujuria.

Lola sostuvo su mirada, expectante. El torbellino de emociones en el que se había visto atrapada esa noche había acabado por nublarle la mente. No podía pensar. No quería. Solamente sabía que quería dejar que su cuerpo fuera dueño de sus actos sin reparar en las consecuencias.

Un magnetismo férreo y arrollador atrajo sus cuerpos. En un acto reflejo, Lola cerró los ojos y sintió las manos de Jan hundiéndose en su frondoso cabello. Aquella visión no hizo más que encender el deseo del muchacho, que la agarró con fuerza y la besó en los labios, buscando desesperadamente saciar su sed. El contacto de sus lenguas fue el catalizador que arrancó a Lola de un estado de trance perenne. El ardor de esos labios que atacaban su boca apasionadamente secó sus lágrimas y activó todos los músculos de su cuerpo. Y en su mente se instaló la imagen de ese cabello rubio que ahora le acariciaba, esa piel dorada que desprendía un aroma puramente excitante y un par de ojos verdes que la miraban pidiendo más.

Lola sintió que todo el pesar que había estado alimentándola durante el último año se volatilizaba a través de los poros de su piel. Un brote irracional de seguridad en sí misma comenzó a hablar por ella. Había pedido a Jan que se quedara, que pasaran la noche juntos. Que la ayudara a olvidar.

No podía negar que lo necesitaba. Necesitaba desear y sentirse deseada. Quería pasar página aunque fuera de manera carnal. Quería seguir besando aquellos labios y que sus manos firmes recorrieran su cuerpo. Jan era todo lo que necesitaba aquella noche, todo lo que quería en aquel preciso momento. Obvió lo más evidente: que hacía meses que no sentía un impulso como aquel y que había generado una enorme reticencia hacia los hombres. Ni siquiera sabía de dónde brotaba aquel repentino coraje. No se reconocía.

Aquella sensación le gustó.

Cuando Jan la miró a los ojos y acarició sus labios con el pulgar supo

que aquel no era “cualquiera”. Era la persona que había presenciado el capítulo más dramático de su vida, el único que había conseguido llevarla hasta donde estaba ahora. Era un amigo.

—Si no me paras ahora no responderé de mis actos —Lola dudó de si las palabras de Jan eran una advertencia o más bien una súplica.

Entonces dio un paso atrás y lo miró de frente. Como única respuesta, desabrochó la cremallera de su vestido y dejó que cayera al suelo. Su exquisita lencería impresionó al muchacho tanto como su cuerpo desnudo. Permaneció erguido frente a ella, contemplándola durante unos segundos. Se llevó una mano a la nuca e inspiró profundamente.

Los segundos siguientes parecieron eternos.

—A la mierda.

Aquellas tres palabras desataron la locura. En un único movimiento, Jan se acercó a Lola, la levantó en volandas y la muchacha anudó con sus piernas las caderas de él, sintiendo el calor de su cuerpo. Hundió de nuevo su lengua en aquella boca medio sueca. O medio argentina. Aunque se esforzó por paladear los contrastes, las brasas de sus raíces latinas ganaron la batalla. Jamás había experimentado tal estado de excitación; jamás alguien había despertado en ella pensamientos tan lascivos como los que estaban acribillando su mente. Quería más. Quería comprobar hasta dónde podía llegar.

Jan pareció leerle el pensamiento. Con manos rápidas empezaron a desnudarse mutuamente. Tumbados sobre el sofá, sin rastro alguno de ropa que cubriera sus cuerpos, dejaron que sus jadeos inundaran el espacio. Lola era consciente de que no se atrevía a admirar abiertamente la desnudez del muchacho. Aun así, no se esforzó demasiado por ocultar la suya propia. No podía. Le ardía la piel y le palpitaban las yemas de los dedos. La boca le salivaba con los besos de Jan como si se tratara del postre más dulce que hubiera probado en toda su existencia.

Se avergonzó de la reacción de su propio cuerpo en el preciso momento en el que se dio cuenta de que, por primera vez, este reaccionaba de una manera tan desesperada. O eso le pareció en aquel momento. Pero cualquier atisbo de duda o de vergüenza desapareció cuando escuchó aquella voz masculina susurrar en su oído un “joder” inequívocamente placentero. Lola sonrió. Se sintió feliz. Sintió placer, euforia y el tacto de las mil caricias que llenaron su hogar durante dos intensas horas.

Fue entonces, ciento veinte minutos después, tras siete mil doscientos

segundos de sensaciones que explotaban unas tras otras, cuando Lola lo oyó. Fue un sonido perfecto y claro en su cabeza. Algo así como un “clic”. Quizás algo había cambiado.

Eran las cuatro de la mañana y se reían a carcajadas mientras salían a hurtadillas del edificio.

—¿Quieres chocolate? —le había preguntado él, tumbado sobre la cama una vez hubieron recuperado el aliento tras el asalto sexual.

—¿Chocolate? —aquella pregunta le había cogido por sorpresa. Ella siempre tenía chocolate en casa, aunque dos días antes había acabado con todas las reservas.

—Sí, chocolate. Me apetece algo dulce. Y un zumo de frutas —en aquella postura, con las manos entrelazadas detrás de la nuca, Jan estaba sexi. Muy sexi—. ¿Vienes?

Y sin apenas esperar respuesta había saltado de la cama, se había vestido y allí estaban, cruzando una avenida semi desierta a toda prisa, ella ataviada con unas mallas, una sudadera y el primer par de zapatillas que había encontrado en el armario.

—No me lo puedo creer... —Lola no podía dejar de reír.

—¿Creías que los antojos eran solo cosa de mujeres? —Jan le guiñó un ojo desde el otro lado de la calle, esperándola.

Se dirigieron a una de esas tiendas que no cerraban durante toda la noche y compraron un par de tabletas de chocolate con galleta y un zumo multifrutas. De vuelta al apartamento de Lola ambos caminaban despacio, sin prisa y sin demasiada conversación. Ella rompió el silencio.

—Si te marchas a casa lo entenderé. Pero no me importaría que te quedaras a pasar la noche.

Jan se paró en medio de la calle y la miró con una sonrisa burlona en los labios.

—¿No te importaría?

Lola ni siquiera se detuvo. Suficiente apuro le daba ya pedirle que se quedara con ella esa noche.

—Vamos, Jan, podría atropellarte un taxi. ¡No seas tonto!

El muchacho no se movió ni un ápice.

—Pero... ¿Eso es un “prefiero que te largues” o un “quédate porque

quiero repetir?”

Esta vez Lola retrocedió sobre sus pasos y se acercó, decidida, a su compañero. Se detuvo a escasos centímetros de él y susurró:

—Todavía no me he comido el postre —y antes de que él pudiera contestar, le arrebató el chocolate de las manos y salió corriendo hacia el apartamento.

Aunque el encuentro había sido pasional, Lola tenía la sensación de que Jan había querido ser prudente. Era plenamente consciente de la situación lamentable en la que la había encontrado en los últimos días y a pesar de que había sido ella la que había dado el pistoletazo de salida, intuía que había sido cauto en sus movimientos. Debía de haber mucho más. Para ser totalmente sincera, debía admitir que estaba tentada a descubrir cuánto más. Al recordar el contacto de los labios calientes de Jan sobre los suyos, sus primeras caricias y la presión de aquellos dedos sobre sus muslos empezaron a arderle las mejillas. Dos horas. Aquellas dos horas de sexo le habían parecido apenas unos minutos.

—¿Entonces qué?

Lola volvió del estado de trance en el que se encontraba. Volvió a un mundo real que de pronto presumía de nuevos y estimulantes matices. Cuando se detuvieron frente al edificio le besó en los labios. Sin más. Fue un beso corto y tímido, parecido al que se le da a un compañero de colegio por primera vez en la hora del recreo. Y es que de hecho era precisamente aquello lo que le hacía feliz, saber que Jan era no solo un compañero, sino un buen amigo.

Cruzaron el elegante vestíbulo y entraron en el ascensor. Cuando se cerraron las puertas, la respiración de Lola comenzó a invadir el silencio. Cada vez más intensa. Entrecortada. Expectante. Notó la mirada de Jan clavándose en su espalda, atravesándola, adivinando cada uno de sus pensamientos. Se le ocurrió que no debía de haber nadie despierto a aquellas horas en todo el edificio, nadie que pudiera sorprenderles por los pasillos.

Ni siquiera se sobresaltó cuando la mano de Jan se coló por debajo de su sudadera. Seguramente lo había provocado ella misma con las arrolladoras señales que emitía su cuerpo. Hasta Lola era consciente del ritmo acelerado al que subía y bajaba su pecho. No recordaba la última vez que había sentido aquella necesidad palpitante. Se enfrentaba a algo desconocido, a una nueva versión de sí misma.

Antes de escuchar el pitido que anunciaba la apertura de las puertas del

ascensor, sus lenguas se buscaron desesperadamente, jadeando cada vez que se separaban el uno del otro. No supo siquiera si pasaron apenas unos segundos o largos minutos hasta que llegaron a la puerta de su piso. Ni tampoco cómo lograron abrirla.

En ningún momento fue consciente del instante en que las manos de Jan habían dejado de rozarla ni de buscar entre todos los rincones de su piel. Pero sentía millones de sensaciones explotando en sus entrañas: frío, calor y continuas oleadas de euforia que poco a poco consiguieron hacerle olvidar. Olvidar quién era, quién había sido y, sobre todas las cosas, olvidar quién creía ser.

El cuerpo atlético de Jan lo inundó todo y las pupilas de Lola se dilataron al máximo para no perder detalle de cuánto tenía a su alcance. Ya no dudó en observarle, en recorrer con la mirada sus músculos, que se contraían con cada movimiento, su piel, que brillaba bajo una casi imperceptible capa de sudor, y sus ojos, que la devoraban aún más salvajemente que su boca. Pero lo que realmente la embriagó fue su olor, una mezcla entre su perfume y una piel masculina, tersa y sorprendentemente suave. Lola no tuvo más que cerrar los ojos y aspirar su aroma para entregarse a él con la esperanza de que aquel momento no acabara nunca.

De haberlo pensado horas antes jamás se habría creído capaz de algo así, de desear con tanta necesidad y de sentirse deseada hasta el punto de dejarse llevar hasta donde él quisiera llevarla.

Hundió su nariz en el cuello de Jan y aspiró con fuerza. Abrió los labios instintivamente y lamió la piel bajo el lóbulo de su oreja antes de morder con suavidad. Jan reaccionó exactamente como esperaba que lo hiciera. La agarró por la cintura y la sentó a horcajadas sobre él, sobre su vientre, duro y palpitante. Lola sentía las mejillas ardiéndole por la expectación. Por suerte no tuvo que esperar demasiado. Con muchísima más pasión que cuando se habían acostado apenas unas horas antes, Jan la desnudó con manos ágiles y ella se dejó hacer, a su merced, sumisa, antes de unirse al exótico baile de su cuerpo. Y es que aquel era el símil perfecto. El sexo con Jan parecía un baile perfectamente coreografiado en una pista perfectamente iluminada para ellos, ajenos a cualquier mirada, un escenario donde sentirse seguro. Aquel baile invitaba a perder el control, paso tras paso, nota tras nota. Era como un tango, apasionado y dulce, firme y delicado. Bailar... Solo tenía que dejarse llevar. Cuando comenzaron las embestidas más violentas, Lola sintió ganas de gritar y de verbalizar sensaciones que le abofeteaban como una aplastante ola de

realidad.

Aquello no eran promesas de futuro, sino lo que nunca antes había conocido, la tímida luz que debía aprender a vislumbrar desde el oscuro pozo donde se había acostumbrado a vivir.

CAPÍTULO 9

El zumbido sordo de la vibración del móvil llegó a sus oídos cada vez con más intensidad, con más insistencia. Lola no pudo más que abrir los ojos e intentar localizarlo en vano, extendiendo primero un brazo, luego otro, palpando sobre la superficie de la cama sin resultado alguno. Aunque estaba cansada sentía una especie de sopor de lo más agradable que le permitía moverse con la agilidad de un oso perezoso. El zumbido cesó de repente. “Bien”.

Se permitió pensar durante unos segundos. Tenía la boca seca y un regusto amargo a alcohol. Como en la anterior ocasión, recordó la fiesta y cómo había terminado la noche. Con quién. Jan se había marchado poco después de aquel glorioso segundo asalto y se habían despedido con un amistoso “te veo en la oficina”, por lo que no podía ser él quien la estuviera llamando. Si su memoria no le fallaba, todavía era sábado. No tenía que trabajar y no tenía ninguna alarma programada.

“¡Mierda, Alessia!”.

Lola saltó de la cama sin molestarse en encender la luz y fue directa a abrir las persianas, joyas de gran valor en una ciudad cuyos habitantes, al parecer, amanecían junto a los primeros rayos de sol. Cuando localizó su teléfono móvil tirado bajo la cama confirmó sus sospechas. Era la una del mediodía y Alessia la había llamado unas cinco veces, además de mandarle un mensaje con tono dudosamente amistoso: “*Lola, por favor te lo pido, llámame en cuanto leas esto. Me tienes jodidamente preocupada*”. Decidió que para enfrentarse al carácter de su amiga necesitaría, al menos, un chocolate caliente que la animara a devolverle la llamada sin titubear ni parecer una pecadora que mereciera ir derecha a las puertas del infierno. Ese poder tenía Alessia. Sin embargo, se lo pensó mejor y decidió escribirle un mensaje para citarse con ella, comer juntas y poder disculparse personalmente por marcharse de la fiesta sin avisar ni dar señales de vida. Seguramente Jan le habría puesto al día del altercado con el desgraciado de Mathew. Quedaron en verse una hora más tarde en uno de los Five Guys más cercanos al piso de Lola.

Como de costumbre, la italiana apareció diez minutos tarde, ataviada

con unas enormes gafas de sol de las que se negó a despojarse incluso dentro del local argumentando que la resaca era su más acérrima enemiga. Cuando Lola la amenazó con no contarle la parte más interesante de la historia si no se las quitaba para comer, Alessia accedió sin rechistar siquiera. Así era ella, capaz de un desnudo integral si con ello obtenía la información más morbosa.

—Jan me ha contado lo del cabronazo de Mathew —espetó Alessia con la boca llena de patatas fritas—. Ese hijo de puta no va a volver a trabajar en moda hasta que se muera.

A pesar del torrente de tacos y palabras malsonantes que su amiga podía escupir en apenas dos frases, Lola la miró con dulzura.

—No te preocupes, estoy bien.

—¡Es que no me lo puedo creer, Lola! Jan solo me contó que os habíais marchado de la fiesta porque había tenido un problema con Mathew y que tú no te encontrabas bien. Le dije que me diera un minuto para avisar a Bruno y poderte acompañar a casa, pero me contestó que estaba todo controlado y que ya había llamado a un taxi. Hasta esta mañana no me ha contado que ese hijo de perra te puso la mano encima —Alessia hizo una pausa y le tembló ligeramente la voz—. Lo siento muchísimo, Lola. Debería haber salido e irme contigo a casa. No tenía ni idea, pero me siento fatal.

Lola apretó la mano de la muchacha. Supo que Alessia lo estaba pasando mal en cuanto vio aquella expresión en sus ojos, de la que solamente había sido testigo en muy contadas ocasiones. Ella, tan firme e inquebrantable, al borde de las lágrimas. Le partía el alma.

—Ale, no pasa nada. Estoy perfectamente —sonrió—. Te lo juro.

Alessia carraspeó e inspiró profundamente en un esfuerzo por ahuyentar aquel escozor horrible en la garganta.

—Vale —sonrió al fin—. Vale... Entonces, ¿qué es lo que pasó? Lo último que recuerdo es que te fuiste al baño y no volví a verte.

Lola también tuvo que inspirar todo el aire que pudo para ahuyentar la imagen de unas manos femeninas acariciando aquella nuca...

—Lo vi.

—¿A Jan? —Alessia sorbió lo poco que quedaba de su Coca—Cola cero.

—No —Lola suspiró—. A él. Sigue en Nueva York.

Alessia dejó el vaso sobre la mesa y la miró con los ojos como platos. Sabía de sobras lo que aquello significaba.

—*Fuck*... ¿Te dijo algo?

Lola clavó la mirada sobre lo poco que había quedado de aquella comida que pretendía combatir mucho más que una resaca.

—No me vio. Estaba con otra —aquellas palabras le supieron mucho más amargas dichas en voz alta.

—¿Cómo que con otra?

El esfuerzo que tuvo que hacer Lola para mirar a su amiga a los ojos antes de contestar fue, como poco, de proporciones titánicas.

—Se estaba comiendo a besos con otra —esta vez escupió cada palabra como si fuera un veneno que amenazara con paralizarle el corazón.

—¡Joder! —Alessia dio tal respingo que se levantó de un solo salto. Lola la miró sorprendida—. Andando. Necesitamos algo más fuerte que una hamburguesa.

El *loft* donde vivía Alessia era, sencillamente, el que uno esperaba encontrar al abrir el suplemento de decoración de la revista Vogue. El espacio, ubicado en Prince Street, presumía de una distribución casi perfecta: un salón espacioso con un sofá, dos sillones y varios pufs para celebrar reuniones con amigos, una cocina abierta pero escasa (a diferencia de Lola, Alessia era de esas personas que hacían vida fuera del hogar) y un baño de diseño con bañera de hidromasaje. Justo en el centro de la estancia principal, unas escaleras de hierro forjado permitían el ascenso a un dormitorio sin paredes, delimitado únicamente por unas láminas rejadas y en el que solo había una cama de estilo tatami. La ropa, organizada por colores, colgaba de los ganchos que la misma Alessia había dispuestos a lo largo de las cuatro falsas paredes. Una hilera de zapatos, también en un arcoíris perfecto, rodeaba los pies de la habitación. Absolutamente todo el espacio estaba compuesto por obra vista, ladrillos de un tono rojizo y un techo altísimo abovedado. Muy estilo neoyorquino.

—Vodka Martini. ¡Ya!

Alessia entró en casa arrollándolo todo a su paso, como venía siendo habitual. En menos de dos minutos, Lola estaba acomodada en uno de los sillones de piel de color caramelo, con una copa de cóctel en la mano y con su amiga haciéndole el tercer grado sentada en un puf frente a ella. Ninguna hizo mención a la supuesta resaca de la noche anterior y ambas se bebieron la copa sorbo tras sorbo, suspiro tras suspiro, lágrima tras lágrima. Después de tantas emociones fuertes, Lola lloró un poco más todo cuanto le oprimía el pecho y

pronto se sintió ligeramente aliviada.

Aunque solo fuera por un rato.

Cuando se tranquilizó, recordó los detalles sobre lo que había pasado hasta que se subió al taxi con Jan. Después, Alessia le puso al corriente sobre su noche con Bruno, que no había resultado ser el amante que ella esperaba.

—¿Entonces, arreglaste las cosas con Jan?

Para cuando Lola creyó poder controlar el calor que encendió sus mejillas ante el recuerdo del joven besándole todos los rincones de su cuerpo, la conversación ya había dado un giro totalmente inesperado para Alessia.

—¡No me jodas! —la italiana estalló en una carcajada—. ¡Hostia, Lola! ¡Tú sí que sabes cómo arreglar una noche de mierda!

Las sonoras carcajadas de su amiga la contagiaron enseguida. Y allí, entre lágrimas de pesar, de dolor y también de la risa, se habló de sexo, de locuras que dan sentido a la vida y de sentirse vivo cuando se creía haber muerto.

Aquella noche, Lola llegó a casa después de haber pasado toda la tarde con su amiga recordando viejas anécdotas que incluso Alessia se avergonzó de desvelar. Pero, ante todo, fue una tarde en la que ambas se conocieron, si cabe, un poco más, en la que verbalizaron sus mayores miedos y reflexionaron sobre los altibajos de la vida. Lola descubrió que Alessia no se había enamorado nunca y achacó su independencia sentimental al hecho de que, en realidad, tenía demasiado miedo a que le partieran el corazón. Aunque era preciosa y autosuficiente, Lola se negaba a creer que no deseara tanto como cualquier otra persona compartir su vida con alguien especial. No confiaba en nadie porque tampoco confiaba en ella misma.

La italiana le contó que había conocido a tantos hombres como para convencerse de que ninguno sería lo suficientemente sincero, lo suficientemente fiel o, sencillamente, lo suficientemente bueno. Siempre habría algo que minara cualquier relación. Pero Lola sabía que eran solo palabras. Alessia tenía la capacidad de hacer creer a cualquiera lo que ella quisiera que creyera. Podía convencerte de que no creía en el amor, que no había debilidad que pudiera con ella y hasta de que su cabello azabache era, si te fijabas bien, del color del sol naciente. Pero Lola no necesitaba palabras. Había sido testigo de cómo le brillaban los ojos con cada nueva conquista, había observado desde la distancia cómo le inundaba la ilusión con cada nuevo mensaje y cómo se enfrentaba a las citas que religiosamente terminaban en una maratón de sexo y un “hasta pronto” que prácticamente nunca llegaba. Alessia

no quería dar más de lo que podían darle a ella porque, sencillamente, no podía permitirse un desengaño. Alessia era el fulgor de una llamarada que podía hacerte arder desde los cimientos y arrasar todo a su paso, pero temía quedarse sin el oxígeno de la libertad autoimpuesta a la que se aferraba con uñas y dientes. Porque, cuando llegara, no habría vuelta atrás y todo cuanto había jurado no necesitar la desbordaría y se entregaría a una nueva realidad que la transformaría por completo. Quizás ella ya lo sabía y quizá por eso se escudaba tras la capa de *femme fatale* que hacía creer al mundo que, ironías de la vida, solo le llenaban las relaciones vacías.

Por supuesto, todo aquello no lo confesó Alessia aquella tarde, pero sí habló de citas de lo más estrambóticas y situaciones propias de películas de ciencia ficción. Se rieron del ingenio masculino para no volver a llamar, criticaron con algo de resquemor a los hombres que no daban la talla y decidieron que algún día anotarían todas las anécdotas merecedoras de ser recordadas para la posteridad en lo referente al sexo opuesto.

Ya eran las diez de la noche cuando Lola se puso el pijama y se tumbó cómodamente entre los mullidos cojines de su cama. Reparó en que no había cambiado las sábanas después de que Jan hubiera dormido allí e inspiró con cierto agrado y una sonrisa en los labios el aroma a su perfume. Se sentía extraña. Todavía reconocía la sensación de pesadumbre que había anidado en su pecho tiempo atrás bajo aquella fina y translúcida placidez; placidez no solo por el sexo en sí, sino por la sensación de sentirse apreciada y deseada por un hombre. Un hombre que no fuera...

El mero recuerdo de él volvió a romperle en pedazos. No le sorprendió, estaba acostumbrada a hacer vida normal y a fingir ante el mundo entero que apenas lo recordaba, pero llegada la noche se quitaba la máscara y la sutura torpe y superficial de aquella herida comenzaba a sangrar a borbotones. Lloró con rabia, con impotencia y con mucha tristeza. Rabia por haberse fallado a sí misma en el primer intento de pasar la página más amarga del libro de su vida; impotencia por no haber sabido afrontar la situación con madurez y actuar como una adolescente que sufre el primer desengaño de un amor de verano; tristeza porque el amor de su vida no solo había decidido permanecer en aquella ciudad, donde compartían sueños y oxígeno, sino que la había sustituido por otros labios que no eran los suyos.

Lloró porque aunque deseaba de corazón ser capaz de superar aquello no encontraba forma humana de dar un solo paso en firme. Lloró porque había perdido a un compañero, a una familia y a sí misma, a la persona que vivía

bajo su propia piel y que había crecido de su mano desde niños. Se sentía a la deriva sobre una tabla resquebrajada en un mar embravecido de nuevas experiencias que no sabía cómo navegar. Y para colmo se había acostado con un compañero de trabajo que quizá no la conocía tanto pero que la había acogido desde su llegada a una ciudad donde todo le daba miedo. Quizás aquello perjudicara su relación y tendría que añadir a sus preocupaciones la de perder a un amigo.

Apenas había tenido ninguna otra relación antes o después de su noviazgo. Hubo un par de chicos con los que se había divertido durante unos meses cuando ellos se habían tomado un tiempo tras discusiones eternas que no llegaban a nada, pero siempre a sabiendas que volverían a estar juntos. No se había vuelto a enamorar. De hecho, había acabado por darse cuenta de que su auténtico problema era que estaba enamorada del amor. Así, a grandes rasgos y a bocajarro. La idea del amor, de un para siempre y de caminar juntos hasta el fin de los días era lo que le obsesionaba, le aterraba y le enamoraba un poco más cada día. ¿Cómo iba ella a saber gestionar relaciones como las de Alessia? Ni sabía qué decir o hacer para flirtear con hombres ni tenía demasiado interés en aprender. A pesar de los pesares veinticuatro horas antes, claro.

Cuando consiguió calmarse y apartar los recuerdos más dolorosos de la noche anterior, se preguntó si habría algún motivo concreto por el cual Jan no le hubiera escrito un mensaje. Consideró la opción de que en aquellos casos, y dado que había sido un encuentro fortuito, lo normal fuera que ninguno le diera importancia y que un mensaje fuera sencillamente innecesario. Pero ella se había pasado la tarde echando mano de su teléfono, desbloqueando la pantalla del móvil y verificando que, efectivamente, el muchacho no se había pronunciado. Aquello la incomodaba un poco y decidió que la mejor manera de quitarle importancia al asunto sería, precisamente, naturalizando la situación con un escueto pero amable “¿Todo bien?” que quedó pendiente de verificar con los angustiosos dos tics de WhatsApp.

Eligió uno de los libros que guardaba con más cariño en su pequeña biblioteca, *El monje que vendió su Ferrari*, para releerlo por enésima vez. Se lo había regalado a él apenas un par de meses después de terminar la relación porque en una primera lectura le abrió un poco los ojos sobre lo verdaderamente importante en la vida. Cuando Lola decidió jugar sus últimas cartas y pedirle que por favor se replanteara abandonar toda una vida de recuerdos juntos, él alegó que se centraría en su trabajo, en ascender y en ser

todo aquello que quería ser sin la carga de una relación que le obligara a dedicar atenciones que ya no quería dar. No le costó entender que todo cuanto dijo entonces no fueron más que excusas para no confesarle abiertamente que ya no la quería y que había dejado de tener peso en la balanza de su vida. Aun así, le aterró la dedicación con la que se volcó en su trabajo y en su vida en solitario, sin mostrar ni siquiera un poco de debilidad, sin responder a ninguno de sus mensajes y tornándose frío como el hielo.

Hasta aquella fiesta. Un día la había llamado para proponerle asistir a un evento que se celebraba en un elegante hotel en Brooklyn y ella aceptó sin pensarlo siquiera. Creyó a pies juntillas eso de que todo acaba bien para el que sabe esperar y sopesó la posibilidad de que se lo estuviera replanteando. La cena fue increíble, la complicidad entre los dos casi mágica y la noche acabó entre las sábanas de una de las habitaciones del hotel. A la mañana siguiente, cuando se despidieron con un tímido beso en los labios, supo en sus entrañas que aquella sería la última vez que se verían.

Lo supo sin más. Ni cambios, ni magia, ni nada. Por eso decidió regalarle el libro, como señal de despedida y recordándole mediante palabras bonitas que en la vida lo único verdaderamente prioritario es el amor.

Suspiró. De todo aquello hacía ya más de un año y todavía lo recordaba con el dolor del primer día. Abrió el libro por la primera página y se dispuso a leer con la esperanza de que el sopor se convirtiera en un sueño profundo que la dejara fuera de combate por primera vez en muchos meses. Un pitido enérgico llamó su atención. El mensaje de Jan era breve: *“Todo perfecto. Viendo el partido. ¿Y tú?”*. Cierto, jugaban los New York Knicks. *“Bastante cansada, apenas he dormido esta noche... ¡Disfruta del partido!”*. Se decantó por una carita risueña, de esas que tienen los mofletes sonrosados, y esperó a que Jan contestara una vez terminado el partido. Se quedaría más tranquila si hablaban de lo que había ocurrido o, al menos, si charlaban sobre nada en concreto y corroboraba así que seguía tratándola como siempre.

Leyó un par de capítulos prestando más atención a la pantalla del móvil que al pobre monje en sí. Cuando empezó a notar los estragos de un día intenso, de pocas horas de sueño y de ejercicio físico que su cuerpo ya creía olvidado, apagó la luz, dejó el libro sobre la mesa y dedicó los últimos esfuerzos a repasar a conciencia su muro de Instagram.

Se despertó sobresaltada a las tres de la mañana. Aunque le pesaban los párpados y no quería desvelarse, miró el teléfono, que había dejado a su lado, sobre la almohada. Nada. Nada excepto una ligera sensación de decepción. Y

volvió a dormirse, con más punzadas en el corazón y menos mariposas en el estómago.

CAPÍTULO 10

El lunes llegó justa a la oficina. Aunque había pasado el domingo descansando, dando un paseo por Central Park y comiendo en cantidades ingentes, todavía arrastraba el cansancio y la incómoda sensación de desasosiego del fin de semana anterior. Había aprovechado para llamar a casa, a España. Sus padres y su hermana la habían puesto al día de las últimas novedades y habían charlado sobre su trabajo y los grandes proyectos que asomaban en el horizonte. Todo buenas noticias, palabras reconfortantes y sonrisas. Por supuesto obvió los acontecimientos más grises de su vida en Nueva York.

Tras echar un vistazo a los correos y poner la agenda al día se dispuso a zambullirse en uno de los proyectos más increíbles que se le habían asignado desde su llegada a la ciudad. Por fin comenzaban los preparativos de la “operación Candice”, como la había bautizado Alessia. Se trataba de una entrevista para NZ Magazine, la cabecera de moda donde trabajaba su amiga, aderezada de consejos sobre moda, salud y belleza para saciar la sed de las ávidas lectoras que matarían por cultivar un cuerpo de escándalo como el suyo. La labor de Lola era la de seleccionar los estilismos que estuvieran a la altura del personaje. Y nada le apetecía más en aquel momento que ponerse manos a la obra.

Se reunió temprano con la redactora jefe y, tras perfilar en líneas generales cuál sería el eje central de la entrevista, quedaron en concertar una cita cuanto antes con el resto del equipo. Cualquier mínimo detalle era vital en aquellas sesiones: desde el maquillaje y la peluquería hasta la iluminación, la escenografía, post—producción, etc. Cuanto más maduraran la idea desde el principio, más trabajo podrían adelantar para cuando llegara el caos de los días previos al cierre. Que irremediamente siempre llegaba.

Tras una mañana tan intensa como satisfactoria de trabajo, que dio como resultado varias páginas de su agenda repletas de notas, citas y reuniones, Lola retomó su actividad diaria como estilista hasta bien entrado el mediodía. Normalmente se tomaba la tarde de los lunes libre: comía en alguno de sus restaurantes preferidos de la ciudad, con un buen libro en una mano y una copa

de vino blanco en la otra, y se permitía así empezar la semana con buen pie. Sin embargo, después de comer solía acabar deambulando entre las tiendas de la ciudad en busca de posibles estilismos para distintos perfiles de potenciales clientas.

Aquel lunes hacía demasiado frío y estaba demasiado cansada. A las tres de la tarde todavía le pesaban los párpados, o al menos mucho más de lo que le pesaban un lunes cualquiera. No podía obviar el hecho de que le inquietara un poco aquel estado de apatía, que para ser sinceros le resultaba demasiado familiar. Sabía que si no se desprendía pronto de aquella peligrosa desgana acabaría por infectar cada una de sus células y originar una metástasis complicada de controlar. No quería correr el riesgo, así que optó por centrar sus pensamientos en todo aquello que le hiciera mínimamente feliz.

Barnes & Noble, por ejemplo.

Aquel pedacito de paraíso había sido uno de los grandes descubrimientos de la Gran Manzana. Pocos lugares en toda la ciudad le ofrecían tanta tranquilidad; entre aquellas hileras de libros perfectamente colocados encontraba siempre que lo necesitaba la vía de escape perfecta para desconectar de cuanto le angustiaba. Todas y cada una de las veces repetía el mismo ritual: tras pedir un chocolate caliente, paseaba entre los pasillos de la librería y elegía cualquiera de los títulos que llamara su atención, que prácticamente siempre terminaba comprando. Si seguía a aquel ritmo, pronto tendría que mudarse en busca de un piso con una tercera habitación que poder transformar en una extensa (¡y preciosa!) biblioteca.

Esta vez eligió un clásico, *Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carroll. Su mente era un excelente caldo de cultivo de citas célebres y aquellos personajes sabrían reconfortarle. El sucedáneo de chocolate caliente pronto empezó a surtir efecto y le asentó el estómago, o al menos aplacó su malestar durante un buen rato. Poco a poco fue desapareciendo la sensación de somnolencia y sintió cómo los músculos de la espalda se le iban destensando. Sin embargo, aunque ya no tenía el ceño fruncido, seguía apretando ligeramente la mandíbula. Sin duda, el continuo dolor de cabeza que le atormentaba desde hacía veinticuatro horas estaba causado por la tirantez y la tensión que concentraba en aquel punto. Sabía de sobras que no había analgésico lo suficientemente efectivo para combatir el mal hábito de pensar demasiado. Y aunque era consciente del flaco favor que se estaba haciendo, no podía evitar darle vueltas y vueltas al asunto de Jan. ¿Habría algún motivo por el cual no le había escrito desde el sábado? ¿Era aquello lo normal? Al fin y

al cabo, ¿qué sabía ella de aquel tipo de relaciones? ¿Es que creería que buscaba ella algún tipo de relación? Las preguntas surgían a medida que leía entre líneas. Al igual que el padre de Alicia aseguraba ser capaz de creer seis cosas imposibles antes de desayunar, Lola era capaz de creer cualquier locura si ésta le prendía una mínima chispa de ilusión. ¿Había sido eso lo que había sentido en su encuentro con Jan? ¿Ilusión? Estaba claro que necesitaba de la buena fe de quienquiera que supiera cuidarla o darle cariño, aunque solo fuera un amigo. ¿Debía sentirse culpable por mendigar atención? Carroll tenía razón, quizá los seres más especiales fueran aquellos no exentos de locura.

Devolvió el libro a su lugar y decidió que lo mejor sería seguir disfrutando de la tarde en casa, donde podría ponerse cómoda y ver el último episodio de *The Walking Dead*. Al menos eso le garantizaría que había personas sobre la faz de la tierra con preocupaciones más serias que las suyas... aunque fuera en la ficción.

De vuelta a casa recibió un mensaje de Alessia que truncó sus planes de desconexión: “*¡Adivina quién se va a encargar de las fotos de Candice!*”. Los emoticonos llorando de la risa hicieron el resto. Sabía a quién se refería. Cuando se hubo repuesto de la ola de calor que la recorrió entera contestó. “*Lo que nos faltaba*”. Alessia seguía en línea, así que no tardó en responder. “*¿Nos? Es a ti a la que Thor ha clavado su martillo. ¿Habéis hablado?*”. Aquella pregunta la desconcertó un poco más. No, no habían hablado. De hecho, después de su frustrado intento aquel mismo día por establecer contacto, ninguno de los dos había vuelto a dar señales de vida. Decidió preguntarle a su amiga si lo lógico sería esperar. “*Bella, es un tío. Bueno, es Jan. Sois amigos. No le des vueltas y escríbele si te apetece*”.

Y ahí estaba. Por primera vez en dos días, aquella agradable sensación que le embriaga a uno cuando le dicen exactamente lo que quiere oír.

Antes de volver a casa hizo una parada en el supermercado. Los lunes acostumbraba a llenar la nevera y seguramente sus provisiones de dulces y cereales serían ínfimas después de tantos desajustes sentimentales. Como siempre que se encargaba de la gran compra semanal, pidió que se la llevaran a casa. El servicio a domicilio no tenía precio comparado con lo que suponía cargar con varias bolsas de comida altamente calórica. Por curioso que fuera, había comprobado que los tentempiés y la bollería industrial podían llegar a

pesar mucho más que la verdura. Por norma general, intentaba compensar la cantidad de barritas de Twist (en formato industrial) con algún que otro kilo de hortalizas y piezas de fruta. Los productos frescos los comía en algunos de los mejores restaurantes de la ciudad, especialmente *downtown*, donde servían las mejores sopas y pescados. Durante sus primeros meses en Nueva York, cuando habían empezado a cansarse un poco de las hamburguesas y de la comida rápida, visitaron un restaurante al que Lola no había vuelto a ir y del que ni siquiera recordaba el nombre. Allí habían probado las ostras por primera vez. No dejaba de sorprenderle que aquel pequeño manjar a la altura de celebraciones puntuales en España presumiera incluso de *happy hour* en aquella isla. Era la fiebre del *one dollar oyster*. Recordaba aquel momento con melancolía, quizá porque había sido una comida especial en la que se habían dedicado miradas y sonrisas sinceras y en la que todavía les unían promesas y sueños por cumplir.

Al salir del supermercado, el frío le heló las mejillas. Se detuvo un instante en el portal de uno de los enormes edificios que se alineaban a lo largo de la Séptima Avenida y buscó el par de guantes que había guardado en el bolso antes de salir hacia la oficina aquella mañana. Aunque solo eran las siete de la tarde, ya se notaba la llegada del invierno. Al fin y al cabo estaban a principios de noviembre.

Reparó en el chico que fumaba junto a ella. La miraba de soslayo cada vez que expulsaba una bocanada de humo, sin preocuparse por disimular demasiado. Era moreno y no muy alto, con una barba perfectamente recortada y no demasiado espesa. Lola se fijó en la mano que sostenía el pitillo en un gesto despreocupado, a la altura de la cadera. Era menuda. Vestía de negro: pantalón rasgado a la altura de la rodilla y una de esas capas *hoodie* extra largas. La única nota de color eran las deportivas blancas de estilo bota. Le pareció juvenil y desenfadado. Cuando encontró por fin el par de guantes que andaba buscando, se los colocó distraída y echó un último vistazo hacia donde estaba el muchacho, que le devolvió la mirada.

Lola sonrió a modo de saludo.

—Hace frío, eh —respondió él.

—Un poquito... —reparó en sus ojos. Los tenía grises, de un tono indefinido, de ese que no se sabe si es azul o si va a mutar de repente a otra gama desconocida. Ni claros ni oscuros, simplemente bonitos.

—No sé por qué sigo fumando. Cada año me propongo dejarlo cuando llega el invierno, pero luego se me pasa... —hizo una breve pausa en la que

dio una calada larga al cigarrillo y lo tiró al suelo—. ¿Fumas?

—No —contestó ella sin demasiado interés.

—Bien hecho.

Lola pensó que en aquel momento los hombres no hacían más que traerle problemas, por lo que decidió marcharse lo más rápido y elegantemente posible.

—Bueno —se despidió—, plantéatelo de nuevo este fin de año, ¡a ver si hay suerte!

Se dirigió hacia casa con paso rápido y decidido. No veía el momento de ponerse cómoda y sentarse tranquilamente en el sofá con la firme intención de no hacer nada de provecho hasta el día siguiente. El problema era que no le resultaba nada fácil desconectar del trabajo ni de cualquier pensamiento que le rondara la mente. De ahí que andase agotada la mayor parte del tiempo. Todavía no había encontrado el *off* en el complicado entramado de poleas del que se componía su cerebro. Y, además, allí estaba esa apatía que potenciaba su pereza de manera desmesurada. No le apetecía hacer nada en concreto y aquello la estaba consumiendo. Probablemente cenaría cualquier cosa y pasaría gran parte de la noche poniéndose al día con un par de series a las que estaba enganchada en un estúpido intento por no prestar atención a su teléfono móvil, al que solamente llegaban correos electrónicos de trabajo.

Apenas veinte minutos después llegaba el repartidor del supermercado. Lola se entretuvo más de lo normal en colocar la compra; agradecía cualquier actividad en momentos como aquel, en los que sentía tantas cosas que le resultaba difícil sentir algo en concreto. A las nueve de la noche se preparó un bocadillo vegetal y se sentó en el sofá, enterrada bajo una manta de color gris perla, dispuesta a ver la televisión. Se esforzó por prestar toda la atención posible a la complicada trama que se habían encargado de maquinar los guionistas de su serie favorita y se planteó por enésima vez si no habría sido mejor haberse dedicado a escribir historias rocambolescas como la de su propia vida, por ejemplo. Aquello le hizo sonreír. No cabía duda de que habría llegado a la gran pantalla.

La escena en el *rooftop* del 230 Fifth la atacó de repente como un golpe seco en las costillas. Incluso sintió una punzada de dolor en el pecho que le hizo aspirar una intensa bocanada de aire.

No lo dudó. Alcanzó el teléfono y mandó un mensaje. “*¿Qué tal? No hemos vuelto a hablar y no me gustaría fastidiar las cosas por todo lo que ha pasado estos últimos días*”. Esperó. Aunque creía que reunir el valor

suficiente para mandarle aquel mensaje echaría tierra sobre los temores de haber estropeado una buena relación de amistad con Jan, en aquel momento se sintió aún más inquieta. Recibió respuesta veinticinco largos minutos después. “¡Ey! Perdona, te quería escribir y se me pasó. No te preocupes, está todo perfecto. Espero verte esta semana en la oficina, pero solo si estás más animada. ¿Trato?”. Lola sonrió. Alessia tenía razón. No era más que un hombre ocupado con un trabajo que le apasionaba y ella una mujer emocionalmente afectada. Le había dado demasiada importancia al silencio de su compañero, que se preocupaba sinceramente por ella. Cerró los ojos y suspiró.

Se sintió aliviada y menos culpable por haber removido las brasas incandescentes del pasado más doloroso de Jan encaramada a la azotea del 230 Fifth, por haberle obligado a patear a un niño en plena calle y, sobre todo, por haber puesto en duda su amistad tras un encuentro tan físico como fortuito. “Trato hecho. Te debo un japonés en condiciones. Que descanses”.

Esa noche se despreocupó de mirar el teléfono a cada rato y leyó tranquilamente en la cama hasta que un agradable letargo pudo con ella. Por primera vez en mucho tiempo no le costó pausar sus emociones en pro de una imperiosa paz interior que necesitaba tanto como el aire que respiraba. Fue como si por fin se permitiera una especie de tregua consigo misma: sin pesadillas que le atormentaran durante la noche, sin quebraderos de cabeza, insomnio ni lágrimas. Durmió del tirón hasta las siete de la mañana, cuando la alarma del móvil dio comienzo a un nuevo día que amaneció apacible y que trajo consigo la promesa de un despertar distinto, con matices nuevos y la rutina del saludo al sol de todos los martes, que aquella semana se le antojó más cálido y reconfortante que nunca.

CAPÍTULO 11

Las clases de yoga habían sido la vía de escape perfecta a sus ataques de ansiedad tras la ruptura. Alessia la había obligado a asistir tres meses después de la debacle alegando que si no lo hacía por su salud emocional lo hiciera por su flexibilidad. Según la italiana, desde que se había puesto en manos de su profesor de yoga (literalmente) podía hacer cosas realmente espectaculares, como hacer el amor invirtiendo en puente. Ella lo había expresado con otros términos y detalles bastante más sórdidos.

Aquel martes se dedicó en cuerpo y alma a perfeccionar y a disfrutar las asanas de su clase semanal de hora y media que combinaba yoga y meditación. En los meses más cálidos, la clase se celebraba en una de las explanadas de césped de Central Park, pero al llegar el frío se trasladaban a un estudio ubicado en el Upper West Side con vistas espectaculares. Su maestro era un hombre joven y apuesto, de unos treinta y cinco años, que aparentaba bastantes menos y presumía de levantarse cada día a las cinco y media de la mañana para meditar y estirar antes de comenzar sus actividades diarias. Lola pronto se dio cuenta de que los beneficios del yoga eran realmente notorios. No solo se trataba de una actividad favorable para el cuerpo, sino que en su caso lo había sido mucho más para el alma. Aunque comenzó las clases atacada por un estado de nervios que apenas le dejaba comer durante el día ni dormir por las noches, poco a poco aquella ansiedad fue mutando hasta convertirse en otras muchas sensaciones que, aunque no habían conseguido erradicar el problema, sí habían paliado algunos de sus efectos más negativos. Había llorado mucho durante los primeros meses, una vez terminaban los ejercicios y comenzaban la meditación. Al cerrar los ojos y dejarse llevar por la voz profunda y penetrante de su instructor volvían los fantasmas, ululando como un viento tétrico en la noche más oscura. Jamás olvidaría las primeras sesiones, cuando descubrió emociones hasta entonces desconocidas. En una de aquellas casi regresiones había llegado a verse a sí misma levitando por encima de su cuerpo inerte hacia una luz que al hacerse más y más nítida se había convertido en un ángel. En un ángel con nombre y apellidos. Había sido duro, sí, pero poco a poco había aprendido a disfrutar de aquellos minutos tan

intensos como sanadores hasta llegar a sentirlos parte indispensable de su rutina semanal.

Aquella mañana de noviembre fue la idónea para recargar las pilas. Tras la sesión de yoga y una ducha que reactivó su riego sanguíneo, Lola se atavió con un conjunto de falda lápiz, suéter y *stilettos* e hizo una parada en el Starbucks más cercano antes de adentrarse en la oficina, dispuesta a disfrutar de su trabajo. Llamó a las clientas con las que se citaría durante la semana para confirmar cada sesión de asesoría y comenzó a esbozar una evaluación previa a las entrevistas personalizadas. Una vez hablara con cada una de ellas se centraría en profundizar en sus estilos y prioridades.

Aquel trabajo le apasionaba. Lola dominaba a la perfección los campos de la colorimetría aplicada a la imagen estética, el visagismo, la morfología corporal y un largo etcétera. Pero lo que más le gustaba, sin duda alguna, era la moda. Desde niña se había empapado de las biografías de los mejores diseñadores de todos los tiempos y devorado revistas que compraba religiosamente todos los meses. Siempre le había gustado ir de compras, y no por el mero hecho de ampliar su vestuario, sino por sentir el tacto de los tejidos bajo la yema de los dedos. Siempre supo distinguir la calidad de cada género incluso con los ojos cerrados. Entonces inspiraba profundamente y así, sin más, le sonreían los labios. Le inundaba un extraño placer y la satisfacción de saber que tenía entre manos una pieza de un valor mucho mayor del que pudieran imaginar la mayoría de las personas que llegaban a tocarla. Porque ella acariciaba. Ella sentía. Ella valoraba. Siempre supo que se dedicaría a aquello que le apasionaba, pues nada tenía sentido sin el motor de la pasión. Aunque la hubiera descuidado en ciertos momentos a lo largo de su vida.

Se levantó de la silla y estiró el cuello, la espalda y los brazos. Admiró las vistas desde el enorme ventanal. Era afortunada, debía esforzarse más por recordarlo.

El ordenador emitió un pitido corto y a continuación recibió un mensaje de Skype. Era su hermana, Jessica. Quería saber si estaba disponible. Calculó que serían las seis de la tarde en España; seguramente acababa de llegar de trabajar. Parecía muy interesada en hablar con ella, así que se permitió una pequeña pausa para disfrutar de una charla con su hermana mayor, a la que no veía desde hacía casi once meses. Jessica había sido la primera en volar a Manhattan cuando atravesó su peor crisis. Cuando se planteó dejar su trabajo y volver a España, tanto su madre como su hermana le habían insistido en que lo mejor era esperar a que amainara la tormenta, eso sí, asegurándose de que

encontrara cobijo junto a los suyos. Jessica cruzó el charco primero. Pidió una semana libre en el trabajo y no lo pensó dos veces. Sus padres atravesaban una dura crisis laboral y debían estar al pie del cañón al frente del negocio. Aunque su madre estaba rota de dolor por no poder consolarla, la mayor de sus hijas le había jurado y perjurado que cuidaría de Lola, que la recibió hecha un mar de lágrimas y con un aspecto lamentable. Sus padres la visitaron más tarde, cuando la estampa había mejorado mínimamente. Sin embargo, la conocían lo suficientemente bien como para reconocer una mirada triste y derrotada bajo sus espesas pestañas y una mueca de dolor tras una sonrisa autoimpuesta.

De aquellas semanas hacía ya mucho tiempo, o al menos a Lola le parecía casi una eternidad. Recordaba los paseos por Central Park con su hermana, las meriendas a moco tendido en Serendipity y la terrible mudanza que de no ser por ella no habría sabido afrontar. Juntas habían encontrado, como por arte de magia, el piso en la Sexta Avenida. Y es que para Lola la visita de Jessica había sido precisamente eso, pura magia, y tener a su familia tan cerca en el peor trago de su vida un atisbo de resurrección.

Sacudió sus pensamientos y aceptó la llamada entrante.

—¡Lola! —cuando la sonrisa de Jessica llenó la pantalla del ordenador, la pequeña de las hermanas pensó que era lo más bonito que había visto en mucho tiempo. Cayó en la cuenta de cuánto la echaba de menos.

—¡Jessi! ¿Cómo estás? —le devolvió la sonrisa y aplaudió de la emoción, como si fuera una chiquilla a la que acaban de hacer un regalo—. ¿Estás en casa?

—¡Sí! He llegado del trabajo hace nada. Todo bien, deseando que llegue el fin de semana...

—¡Pero si solo es martes! —Lola soltó una carcajada.

—¡Ay, calla, qué pereza! Ya sabes que para mí todos los días son lunes. No veo la hora de que vuelva a ser viernes y pasarme la tarde en el sofá, viendo películas.

Lola respondía a todos los comentarios de su hermana con risas y miradas cargadas de cariño. Estaba preciosa.

—¿Cómo está Luis? ¿Y mamá y papá? Hablé con ellos no hace mucho.

—Todos bien. Luis no ha llegado todavía de trabajar. Esta semana está de reuniones con el equipo y sale un poco más tarde. Cosas del ascenso...

—Me alegro de que por fin le hayan reconocido tanto trabajo en la empresa. Ahora iréis mejor, ¿no? Que se estire y te compre algo bonito —Lola

hizo una mueca pícaro a su hermana.

—Bueno... Precisamente de eso quería hablarte —Jessica hizo una pausa bastante dramática con la que consiguió despertar el interés de su hermana pequeña.

—¿Hay algún problema? —Lola no estaba segura de saber interpretar aquella cara de póquer.

—No exactamente... —esta vez Jessica se permitió ser un poco más benevolente y le guiñó un ojo, dedicándole la sonrisa más brillante y cargada de ilusión que Lola había visto jamás.

—¡Venga ya, me estás poniendo nerviosa!

Su hermana colocó la mano derecha frente a la cámara del ordenador y antes de que Lola pudiera reaccionar gritó:

—¡Me caso!

Aunque Lola se llevó las manos a la boca, no pudo ahogar el grito de sorpresa, felicidad y emoción que le inundó en apenas un segundo. Su hermana, uno de los pilares de su vida, iba a hacer realidad el sueño que tanto anhelaba junto a la persona que quería. Se sintió inmensamente feliz y los ojos se le encharcaron por las lágrimas.

—¡No llores, tonta! —el intento de su hermana por controlar la emoción del momento fue en vano y ambas rompieron a llorar—. ¡Di algo!

—¡Te casas! —Lola no podía controlar el torrente de lágrimas y pronto comenzó a reír al mismo tiempo que lloraba. Vista desde fuera, aquella estampa debía de ser enternecedora—. Madre mía, Jessi... ¡Déjame verlo otra vez!

La mayor de las hermanas colocó el imponente anillo en el ángulo perfecto para que Lola pudiera admirar la majestuosidad de aquella piedra. Era el anillo con el que cualquier mujer habría deseado prometerse: un solitario del tamaño justo que resplandecía con orgullo en el dedo anular de una mano elegante y femenina.

—Dios mío, Jessica... —Lola esperó a que su hermana relegara el anillo a un segundo plano y la miró directamente a los ojos—. Vas a ser la novia más increíble del mundo.

Las dos hermanas se sonrieron con ternura y se secaron las lágrimas que todavía rodaban por sus mejillas.

—Mamá y papá no lo saben todavía. Quería que fueras la primera en enterarse.

Si Lola quería a su hermana mayor, en aquel momento la adoró todavía

un poco más.

—¿Cómo te lo ha pedido?

—Se ha presentado esta mañana en la oficina y me ha montado un numerito delante de todo el mundo. ¡Había hasta pancartas! —Lola pensó que el timbre de la risa de su hermana era más alegre que nunca; estaba pletórica —. Evidentemente lo sabía todo el mundo... No te preocupes, lo han grabado todo para que veas la cara que se me ha quedado.

—Oh, Dios, ¡tengo que ver la cara de papá cuando se lo digas!

—Descuida, lo verás esta misma noche. Cenamos los cuatro en casa y soltaremos la bomba. ¡Le diré a Luis que lo grabe todo!

Lola suspiró. Le costaba creer que después de tres años de noviazgo por fin hubiera llegado aquel momento. Se lo merecían los dos. Luis era un gran tipo, pero si se alegraba por alguien era por su hermana. Había sufrido muchísimo con la ruptura de su anterior pareja. Aquel individuo la había dejado de la noche a la mañana sin ninguna explicación. En el fondo siempre supieron que le había hecho un favor, quedó claro que no estaban hechos el uno para el otro y se ganó la animadversión de toda la familia con un comportamiento deplorable. Había sido el tipo de persona incapaz de gestionar sus sentimientos de manera adulta y educada. No tardó más de unos meses en casarse con la primera pobre diabla que se le cruzó en el camino para dejarla poco después. Y allí estaba ella, su hermana, que había dejado de creer en un final de cuento de hadas, prometida y radiante, dispuesta a compartir su vida con alguien a quien amaba. Sin miedo.

—Sé que no te lo digo nunca pero estoy muy orgullosa de ti. Te lo mereces. Vais a ser muy felices —sonrió y consiguió ahogar un sollozo que se le quedó atravesado en lo más profundo de su ser, esperando el momento de entender por qué de pronto sentía una intensa opresión en el pecho.

—¡Maldita sea, Lola, que me vas a hacer llorar otra vez!

Después de varios minutos en los que no dejaron de reír y llorar, Lola hizo prometer a su hermana que la tendría al tanto de todos y cada uno de los detalles de la boda. Esta le aseguró que la llamaría en cuanto tuvieran fecha para que planificara las visitas y los viajes necesarios y oficializaron el hecho de que la hermana pequeña sería la *wedding planner* del evento. Era imposible decir quién de las dos estaba más emocionada con todo aquello, parecían dos niñas pequeñas jugando con sus muñecas a interpretar el “para siempre” que habían leído en tantos cuentos de hadas. Lola le aseguró que haría un hueco en su agenda para escaparse unos días a Barcelona y ayudarle

con los preparativos. Por nada del mundo iba a perderse la prueba del vestido más importante en la vida de su única hermana.

En cuanto se despidieron salió a toda prisa de la oficina. Lo supo desde el preciso instante en que Jessica le había dado la buena nueva: tenía el regalo perfecto para ella y no pasaría ni un día sin que se hiciera con él. Se lo enviaría a casa como anticipo de toda una infinidad de detalles que vendrían después. Al parecer tenían poco tiempo, su hermana quería casarse en mayo y solo necesitaba la confirmación del cura de la iglesia donde sus padres las habían bautizado, donde habían hecho la comunión y donde se habían graduado con los compañeros de colegio de toda la vida.

Cuando atravesó las puertas de Bergdorf Goodman se detuvo un segundo. Aquel lugar había sido uno de los más mágicos que había visitado a su llegada a Manhattan. Casi pudo sentir el recuerdo de la primera vez que cruzó aquellas imponentes puertas. Le llegó como el aleteo que produce el batir de las alas de un colibrí: alegre, firme y vivaz. Todo cuanto vio entonces le pareció mágico, la viva imagen de las películas e historias con las que tanto había soñado.

Desde que llegara a la Gran Manzana, cada vez que tenía una mañana libre se acicalaba como si de una primera cita se tratase y se adentraba en un mundo de lujo al principio alejado de todas sus posibilidades, sin saber que meses después dejaría de soñar con todo cuanto la rodeaba para hacerse con pequeñas adquisiciones que guardaba como oro en paño y que le ayudaban a recordar el esfuerzo que le había supuesto llegar hasta donde se encontraba. La opulencia del edificio en sí, los imponentes diseños de las mejores firmas de moda, el brillo de las joyas expuestas en sus vitrinas y, cómo no, una cantidad ingente de zapatos en la planta de calzado. Aquel espacio era, sin lugar a dudas, “un pedacito de cielo”, como diría Sarah Jessica Parker en *Sexo en Nueva York*. Incluso la séptima planta, reservada entonces para los adornos navideños que ya empezaban a dejarse ver, abría las puertas a un mundo de fantasía donde todo parecía posible.

Puede que aquel lugar fuera especial porque representaba todo cuanto había soñado encontrar en Nueva York, además de materializar el sueño de toda amante de la moda y, se atrevería a decir, de cualquier mujer. Sin embargo, lo que hacía especial a aquellos grandes almacenes era un vínculo puramente sentimental. Allí, inmóvil en medio del espacioso vestíbulo, revivió el recuerdo de su primera visita, un recuerdo que tenía como protagonista a su hermana. Ella había sido quien le había contagiado su amor

por los zapatos, su pasión por un complemento que no solo vestía sus pies sino su alma y que le acercaba varios centímetros a un lugar más feliz, más mágico.

Aquella primera vez había recorrido todas y cada una de las plantas de Bergdorf Goodman incapaz de articular palabra, consciente de su expresión embelesada y de una sonrisa bobalicona en los labios. Había mirado los vestidos de gasas vaporosas y los bolsos de carísimas marcas expuestos a lo largo de los pasillos como quien mira las mayores obras de arte colgadas en las paredes del museo más prestigioso del planeta. Había suspirado, se había emocionado y de pronto se había sorprendido pensando en ella. Nunca había deseado con más fervor ni con tanta convicción tener a su hermana cerca para poder compartir algo que le haría tan feliz como se sentía Lola en aquel momento. Por curioso que fuera, nunca un lugar le había despertado con tanta vehemencia la necesidad de hacerla feliz. Y ahora sabía cómo regalarle un pedacito de todo aquello.

Se dirigió a las escaleras mecánicas evitando prestar demasiada atención a todo cuanto le rodeaba. Sonrió a todas las dependientas con las que se fue cruzando y suspiró sonoramente cuando llegó a su destino. La segunda planta albergaba el paraíso del calzado de diseño, conocido como el *designer shoe salon*. Lola sabía perfectamente lo que estaba buscando y no le costó dar con la prestigiosa firma del español Manolo Blahnik. Frente a ella, y como si de alguna manera fueran conscientes de los sueños que despertaban, estaban expuestos el par de salones que luciría su hermana el día de su boda. Era un modelo clásico, un salón de satín azul cobalto con una hebilla de pedrería. El tacón, de siete centímetros, era la medida perfecta para las eternas piernas de su hermana.

Lola los acarició con la yema de los dedos. Los ojos se le inundaron de lágrimas al imaginar la expresión en la cara de Jessica cuando los viera. Le había descrito infinidad de veces el vestido de sus sueños y en todas y cada una de las ocasiones había mencionado aquel par de zapatos. Ya no imaginaba a su hermana mayor vestida de novia sin enfundar sus pies en aquella mítica joya. Estaba completamente segura de que para ella eran como los zapatos mágicos con los que Dorothy había recorrido el camino de baldosas amarillas. Y sería ella, su hermana pequeña, quien le ayudara a encontrar su hogar con ellos.

Cuando salió de los grandes almacenes tuvo que obligarse a asimilar el hecho de que se encontraba en la mismísima Quinta Avenida, en una de las ciudades más impresionantes del mundo, y que tenía en su poder una caja de

zapatos valorados en novecientos euros pero de un valor sentimental incalculable. Una de las personas más importantes de su vida iba a cumplir un sueño y nada, absolutamente nada en aquel momento, podía hacer que Lola se sintiera infeliz.

A pesar de aquella horrible opresión en el pecho.

CAPÍTULO 12

Se había propuesto llevar a cabo todas las tareas programadas en su agenda para aquella jornada y no le había quedado más remedio que comer un perrito caliente de camino a la oficina. Después de su visita a Bergdorf Goodman había ido hasta Tribeca en busca de la tienda de pelucas donde aquella mujer que había conocido en el baño de 1 Oak se había hecho con un postizo verdaderamente impresionante. Se había topado con la tarjeta mientras buscaba su billetero en las profundidades del enorme bolso que llevaba colgado del hombro. De nuevo le llamó la atención el curioso diseño y el destelleante relieve que anunciaba el nombre del local, que resultó ser minúsculo y de lo más pintoresco. Habían pintado las paredes de un llamativo verde lima, el mostrador era de un tono fucsia intenso y los estantes donde se exponían los postizos refulgían en tonos naranjas. Hasta el dependiente, un hombre que según los cálculos de Lola rondaba la cincuentena, parecía haber salido de algún cuadro exageradamente abstracto.

En apenas quince minutos había conseguido crear su *alter ego*. Se habían mirado directamente a los ojos a través del reflejo que le devolvía el espejo del tocador principal del local. Menos dulce, más agresiva y aparentemente más segura de sí misma, una nueva Lola la escrutaba con atención y una pizca de recelo. Aquellos enormes ojos verdes centelleaban mucho más de lo normal, quizá porque el protagonismo de su melena, antes frondosa y cobriza, había quedado relegado a un segundo plano. Ahora su pelo era liso y más corto, justo por encima de los hombros, y de un intenso rubio platino que recordaba al blanco grisáceo que lucían las actrices de Hollywood. Si se hubiera topado de bruces con su propio reflejo en cualquiera de los escaparates frente a los que se había detenido de camino a la tienda, ni por asomo se habría reconocido. Allan, el estafalario dependiente, había sido de enorme ayuda. Le había tratado con mimo y con cariño y le había halagado sin grandes excesos ni aspavientos desde el momento en que había puesto los pies en su tienda. Parecía un hombre sincero, de esos que piensan antes con el corazón que con la cabeza, e irradiaba un aura mística que emanaba por todos y cada uno de sus poros. La convenció de lucir su nuevo

look durante todo el día, alegando que las primeras horas eran las más incómodas, y le aseguró que pronto dejaría de notar los picores y tirones que su propio cabello le provocaba bajo aquella media melena rubia, brillante y, por qué no, indudablemente sexi.

Acababa de comer rápido y mal cuando decidió hacer una última parada antes de volver al trabajo. Fue hasta Magnolia Bakery a por una caja de *cupcakes*, los mejores de toda la ciudad. Magnolia era un lugar de referencia en Nueva York. Era uno de esos lugares que conoces mucho antes de visitarlo gracias al cine y a las series americanas que lo han explotado hasta la saciedad. Aun así, no decepcionaba. Pasteles, magdalenas, *muffins*, *cupcakes*, galletas... Las vitrinas rebosaban de bocados deliciosos y calóricos, el detalle perfecto para una visita en casa o para darse una tregua de lo más dulce en medio del caos que suponía vivir y trabajar en aquella vertiginosa ciudad.

Lola se concentró en elegir cautelosamente los seis pastelitos que se llevaría en una de las cajitas blancas de la pastelería. Cuando la señora que tenía delante se disponía a pagar, se acercó al mostrador para esperar su turno. Justo entonces entró una chica que se colocó detrás de ella, ataviada con una vestimenta que llamó especialmente su atención. La muchacha no debía de medir mucho más de metro y medio y llevaba puesto un abrigo abierto de color negro que le llegaba hasta los pies. Lucía un jersey *oversize*, unos pantalones pitillo, un par de botas altas, también negras y sin tacón, y un enorme bolso negro del que sobresalía una carpeta naranja.

Lola pensó que el conjunto de aquellos elementos la empequeñecía todavía más. Para colmo, llevaba un sombrero calado hasta los ojos, ocultos tras unas gafas de sol de pasta negras y enormes, como todo lo demás. Tenía el pelo muy largo y ondulado, de un tono rubio a mechas que destacaba en contraste con la oscuridad de su atuendo. La muchacha parecía nerviosa y no dejaba de dar golpecitos con los dedos al teléfono móvil, que asía con fuerza en la mano derecha. Lola se fijó en que se mordía el labio inferior mientras miraba, impaciente, hacia la caja, donde la señora que acaban de atender buscaba la cantidad exacta de monedas. Cuando se dio cuenta de que la miraba, la joven dibujó una sonrisa fugaz antes de desviar la mirada hacia la pantalla de su teléfono.

“Oh, Dios mío...”.

Lola ahogó un grito haciendo un esfuerzo inmenso por disimular su sorpresa. Habría reconocido aquella sonrisa en cualquier parte del mundo. Aquella muchacha no solo era uno de sus mayores ídolos, sino que había sido

una de las razones principales por las cuales había emprendido aquel viaje. Y de pronto, por fin, después de tanto tiempo, conseguía tenerla mucho más cerca de lo que jamás hubiera soñado.

Aunque tan solo fuera un encuentro fugaz y fortuito en una pastelería.

Lola carraspeó en un intento de aclararse la garganta, rezando para sus adentros que no le temblara la voz.

—Perdona... —dijo un tanto dubitativa. Tuvo que intentarlo de nuevo—. Disculpa.

La muchacha levantó la mirada de su móvil y la escrutó detrás de aquellas gafas de pasta, seguramente de Elizabeth and James.

—Si tienes prisa, te cedo mi turno —la propia Lola notó un deje de fanatismo adolescente en su voz que le avergonzó sobremanera.

—¿En serio? —la muchacha parecía tan sorprendida como aliviada—. ¿No te importa? La verdad es que necesito volver al trabajo lo antes posible...

—¡Claro que no! Adelante, no tengo prisa.

La joven le dio las gracias y le dedicó una sonrisa mucho más amplia que la anterior. Lola sintió que su corazón estallaba de alegría. Había crecido viendo sus películas una y otra vez. Había pasado gran parte de su infancia y adolescencia imprimiendo fotos y pegándolas en la carpeta del colegio, en la agenda del instituto y, cómo no, en las paredes de su habitación. Sus amigos en España llamaban a Lola, incluso, por su icónico apellido. Bueno, para ser justos, también el de su gemela. Mary Kate y Ashley Olsen habían sido para Lola dos mujeres fuertes, seguras de sí mismas y de todo cuanto querían en la vida. Aquella visión se intensificó cuando abandonaron el mundo de la interpretación para convertirse en dos de las diseñadoras más influyentes de Estados Unidos. Lola sentía verdadera pasión por todo lo que hacían. Nunca supo explicar muy bien por qué, pero aquellas dos mujeres le habían empujado a soñar con el arduo mundo de la moda, a trabajar por y para ella y a emprender proyectos ambiciosos como el de mudarse a Nueva York.

Sonrió al recordar los primeros tres meses en aquella jungla de asfalto. Había dedicado todos los miércoles a deambular por los alrededores del atelier donde trabajaban las diseñadoras y donde se decía ver de vez en cuando a las hermanas saliendo y entrando, siempre ocultas tras sus características gafas negras. Se sentaba en las escaleras del edificio contiguo con un chocolate caliente en una mano y una revista o un libro en la otra, con la esperanza de verlas pasar. Nunca supo realmente qué les habría dicho de haber tenido la oportunidad. Recordó la sensación de pesadumbre con la que

volvía a casa todos aquellos días de esperas en vano, prometiéndose a sí misma que algún día trabajaría para ellas. O mejor, con ellas. Y, sin más, allí estaba ahora, en Magnolia Bakery, haciéndole un favor a la mismísima Mary Kate Olsen. Ídolo y gran diseñadora.

La joven pidió dos cafés y un trozo de pastel *red velvet*. Al pagar, apuntó a la mujer que le había atendido que se quedara con el cambio. Antes de marcharse, se volvió hacia Lola, volvió a darle las gracias y, con otra de sus inconfundibles sonrisas, exclamó:

—Por cierto, ¡me encanta tu pelo!

Lola se echó a reír. Había olvidado completamente su nuevo aspecto. Una sensación de pasmo y euforia a partes iguales le recorrió por completo. Supo, sin temor a equivocarse, que acababa de experimentar una de aquellas emociones difíciles de describir e imposibles de olvidar.

Salió de Magnolia con una caja de dulces en las manos y una sonrisa enorme en los ojos. De camino a la oficina, aquel estado de optimismo fue mutando, como era habitual, hasta desaparecer aplastado por el peso de un único pensamiento. Deseaba contárselo a él. Deseaba tenerlo cerca para compartir aquella sensación de ilusión infantil. Como tantas otras estupideces que necesitaba contarle. Como tantas sensaciones, penas y alegrías que se gangrenaban en sus vísceras día tras día, amenazando con infestar cada órgano, cada parte de su ser. Pero ya no estaba. Hacía mucho de eso y su deber era seguir aprendiendo a vivir con ello. Con ella misma.

Respiró hondo y buscó su teléfono en aquel bolso enorme. Alessia se alegraría tanto como lo habría hecho él. Además, sabía a ciencia cierta que toda anécdota suponía para la italiana una excusa perfecta para festejar lo que fuera. Lola sonrió al pensar en su amiga. Sí, definitivamente el mensaje tenía que ser para ella. “*Ya puedo marcharme de esta ciudad tranquila. ¡Mary Kate Olsen y yo somos amigas!*”.

Llegó a la oficina bien entrada la tarde. Alessia la había tenido al teléfono por lo menos veinte minutos después de haber leído su mensaje, pidiéndole todos los detalles de su fugaz conversación y, cómo no, una descripción lo más fiel y acotada posible a la realidad de todo cuanto llevaba puesto, incluido su pelo, maquillaje y, de haber tenido superpoderes, de la ropa interior que lucía su gemela favorita aquella mañana. En cuanto entró al edificio pidió a una de las asistentes de su misma planta que enviara por correo el paquete perfectamente envuelto y embalado que había comprado para su hermana. Había escrito una nota que rezaba: “*Cumple cada uno de tus*

sueños. Yo estaré ahí para compartirlos contigo. Te quiero”.

Pasó casi tres horas terminando de gestionar las dos visitas que tenía esa misma semana. La primera clienta era una mujer de unos cuarenta y cinco años que la había visitado personalmente un par de semanas antes para solicitar sus servicios como estilista con motivo de un viaje de negocios de su nuevo *toy boy*, quince años más joven que ella, al que acompañaría por varias ciudades europeas en poco menos de un mes. Le preocupaba no estar a la altura de las acompañantes de los socios y empresarios con los que se citarían. No se verían hasta las tres de la tarde del miércoles, así que esa noche se acostaría sabiendo que al día siguiente tenía la mañana libre.

La segunda cita programada para aquella semana tendría lugar el jueves a las diez de la mañana. Aunque todavía no conocía personalmente a Sarah, de apenas veintitrés años, sí conocía a su tía, una de sus clientas fijas. Aquella mujer no escatimaba en gastos: desde fiestas familiares hasta eventos sociales y galas en las que se codeaba con las personalidades más pudientes de la ciudad. De familia adinerada, la señora Anderson contemplaba, como mínimo, una cita mensual con Lola. En su última reunión le había hablado de su sobrina, una muchacha que tenía edad de empezar a tomarse la vida en serio. El señor Anderson era un economista de prestigio en Manhattan y se había ofrecido a introducir a su sobrina en los mejores círculos y esferas de la sociedad neoyorquina. No habían encontrado todavía ningún campo de interés que atrajera a la joven Sarah, que pasaba los días en compañía de las amebas que tenía por amigas.

Antes de recoger sus cosas y marcharse a casa, Lola decidió hacer una búsqueda rápida en Google de la joven. Aunque la conocería personalmente en apenas cuarenta y ocho horas, saber si era alta, delgada, rubia o morena le ayudaría a anticipar algunas de las necesidades de su nueva clienta. Tecleó su nombre y apellido en el buscador y se entretuvo en meter todas sus cosas en el bolso antes de echar un vistazo a los resultados. Solo cuando se hubo puesto el abrigo y colgado el bolso al hombro miró la pantalla de su enorme Mac de sobremesa.

Tuvo que tragar saliva un par de veces y sentarse de nuevo con cuidado, asiéndose con fuerza a la mesa en un esfuerzo titánico por no marearse. Si el mundo era un pañuelo, Manhattan estaba resultando ser uno impregnado en cloroformo.

A las nueve de la noche llegó al Reckon, un restaurante japonés en Midtown que apenas llevaba un par de semanas abierto y ya se había convertido en uno de los favoritos entre jóvenes y artistas. Aunque Lola no había pisado aquel lugar, sí había leído las críticas. Alababan el menú con especial ahínco puesto que prácticamente todos los ingredientes se importaban directamente desde Japón, por lo que se recreaban los sabores más auténticos de la gastronomía nipona.

Alessia la estaba esperando en la puerta del local. Un enorme cartel luminoso refulgía en tonos lila dando la bienvenida a los comensales. Lola había llamado a su fiel amiga en cuanto hubo salido de la oficina como alma que lleva al diablo. No sabía cómo reaccionar ni cómo solventar la situación y la italiana había tardado apenas unos segundos en gestionar una cena de emergencia. De camino al restaurante había imaginado situaciones de lo más dantescas. Sentía pavor. Pavor por lo que se le venía encima, por no saber reaccionar de manera profesional y, sobre todas las cosas, por no tener el valor suficiente de afrontar su mayor miedo de manera adulta. Temía vivir por siempre bajo el influjo de una relación que la había sentenciado a muerte.

—¿Lola? —Alessia la miró con una expresión perpleja en la cara al verla llegar, pero en lugar de hacer preguntas la agarró con cariño de la mano —. Vamos, tenemos mesa.

Pasaron frente a la despampanante y sonriente muchacha que controlaba las reservas carpeta en mano y entraron en el restaurante.

El interior del local era amplio y en el extremo se abría una espaciosa cocina totalmente a la vista. En el centro del comedor se encontraban las mesas más amplias. Eran cuadradas, ideadas para grupos de amigos o para completos desconocidos que compartían cena de manera casual, sonriéndose unos a otros. Unas ocho salas más pequeñas con puertas correderas de bambú rodeaban la estancia. Incluían tatamis y mesas al estilo oriental para quienes buscaban encuentros más íntimos y privados. Uno de los camareros les guió hasta una de aquellas habitaciones. A pesar de su turbación, Lola no dejaba de analizar, absorta y fascinada a partes iguales, hasta el más mínimo detalle de aquel lugar. Se le antojó flamante y vanguardista.

Puesto que el protocolo requería descalzarse antes de tomar asiento, ambas se apearon de sus altos tacones sin rechistar. Les sorprendió gratamente lo cómodo que resultaba sentarse en el suelo acolchado de aquella minúscula pero acogedora estancia. Una abertura oculta bajo la mesa proporcionaba

espacio suficiente para descansar las piernas. Lola se sintió un poco menos asustada y un poco más hambrienta.

—Vamos a ver —sentenció Alessia—. ¿Estás segura de que es ella?

La italiana se había encargado de pedir una botella de su vino blanco favorito antes de que llegara Lola, que en cuanto tuvo su copa en la mano no pudo más que darle un trago mucho más largo de lo políticamente correcto.

—Joder... —suspiró—. ¿Cómo no va a ser ella? Todavía no me ha dado tiempo de borrar esa maldita imagen de mi cabeza.

—Solo los viste un segundo, ¿no? Podría ser cualquier otra rubia tísica. Esto es Nueva York, Lola. ¡Levantas una piedra y te salen doscientas!

—Estaba besando al hombre con quien he imaginado toda mi maldita vida. Es ella.

Lola hundió la cara entre las manos y sollozó.

—¿Por qué tengo tan mala suerte, Ale? —una lágrima rodó por su mejilla hasta estallar finalmente sobre la superficie de la mesa—. ¿Tan mal lo he hecho con él para que me tenga que pasar todo esto? ¡Ha pasado mucho tiempo! ¿Por qué todo el mundo lo supera menos yo?

—Te lo he dicho mil veces —el semblante de su amiga se tornó mucho más serio de lo habitual—, no seas tan dura contigo misma. Todo el mundo lo supera y tú también lo conseguirás. Te está llevando más tiempo porque eres una persona tremendamente sensible. Y porque sigues enamorada. ¡Pero de un mero recuerdo! Tienes las manos en carne viva de aferrarte a esa cuerda que te está torturando. Hasta que no la sueltes no empezarán a curarse las heridas.

Lola miró a su amiga, se secó las lágrimas con el dorso de la mano y sonrió ligeramente.

—¿Desde cuándo eres tan sabia?

—Que te den —Alessia bebió un trago de vino para ocultar su sonrisa.

Las dos amigas se miraron en medio de un silencio que gritaba demasiadas verdades.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lola al fin.

—Ahora vas a tener que echarle un par de huevos al asunto, *bella*.

Cuando el camarero que llevaba su tatami les tomó nota se dejaron aconsejar sobre las especialidades de la casa con una fe casi ciega. Quizá porque aquel hombre resultaba tremendamente convincente y tenía un magnetismo arrollador que bien merecía una generosa propina.

Los platos no tardaron en desfilas sobre la mesa. Uno tras otro, los bocados más suculentos que habían probado en mucho tiempo mimaron su

paladar y extasiaron sus sentidos. Colores, sabores, texturas... Desde luego las críticas no se equivocaban. Absolutamente todo merecía un sobresaliente. Comenzaron por un revuelto de setas en el que identificaron más de cinco variedades distintas, aderezado con una salsa imposible de descifrar. De haber cenado en casa habrían rebañado el plato sin tapujos. Aquel sabor rozaba lo físicamente placentero. Le siguieron *makis* de cangrejo real y de anguila, *carpaccio* de vieira con salsa de miso y ciruela, espárragos rebozados con salsa dulce y, como plato fuerte, una *fondue* japonesa de verduras y carne que ellas mismas prepararon al gusto. En aquel enorme recipiente se cocía a fuego lento un verdadero manjar que puso fin a una cena exquisita y asentó el estómago de Lola. De la misma manera en que la música amansa a las fieras, aquellos bocados habían obrado el milagro y habían conseguido que la muchacha dejara de temblar como un animal indefenso y asustado. Como colofón, brindaron con saque y probaron los *mochi* de chocolate con intención de poner la guinda a aquella improvisada reunión de emergencia.

—Hay algo que todavía no entiendo —sentenció de pronto Alessia con un brillo extraño en los ojos.

—¿Sobre qué?

—Sobre por qué mi Lola de España parece ahora Svetlana de Rusia.

Lola se llevó las manos a la cabeza en un acto reflejo, haciendo estallar a la italiana en sonoras carcajadas. La risa histérica de su amiga contagió a Lola, que se había sonrojado al caer en la cuenta de que llevaba puesta la peluca rubia que había comprado aquella misma mañana. Tras el momento de histeria que había vivido en la oficina ni siquiera había reparado en los picores y tirones que, por otra parte, debía admitir que habían remitido casi del todo.

—¡Oh, joder! —protestó Lola, todavía muerta de vergüenza—. ¿Por qué no me has dicho nada?

—*Bella*, ¡he esperado toda la maldita cena a ver si te dignabas a darme tú una explicación a mí! ¿Cuándo te has cortado la melena? A ver, estás increíble, que conste. Pero me impacta verte tan...

—¿...rubia?

—Tan tremenda.

Alessia hizo una mueca, como si aquella afirmación fuera un hecho evidente.

—¿Tremenda? —Lola se echó a reír de nuevo.

—¿Pero tú te has visto? No sé de dónde habrás sacado la idea ni qué

habrá pasado por tu cabeza para cortar por lo sano tu impresionante melena, pero es un acierto total. En serio, ¡me encanta! Ya no pareces una mosquita muerta, lo cual, ahora que lo pienso, no sé si me molesta un poco... —Alessia hizo una pausa dramática y señaló a su amiga con un dedo amenazante—. Ese es mi papel.

—No sufras, es una peluca —guiñó un ojo a su aún más perpleja compañera—, mi pelo sigue estando donde tiene que estar.

—¡Venga ya!

Lola le contó los detalles de su visita a la tienda de pelucas y de la rocambolesca idea de poder recurrir a su otro yo cuando lo necesitara, como si se tratara de una vía de escape o de la oportunidad de transformarse momentáneamente en una persona más segura, menos quebradiza. Quizá la percepción de Alessia no fuera tan descabellada; quizá su nueva imagen le ayudara a recobrar fuerzas y a desvincularse físicamente de la Lola que quería olvidar.

Aunque llegaron a la conclusión de que el problema que las había reunido en aquel maravilloso lugar no tenía fácil arreglo, se permitieron el lujo de bromear sobre la situación y reírse un poco de sí mismas y de su mala suerte. Además, Jan no había vuelto a escribir desde aquel mensaje en el que le aseguraba que estaba todo bien. Se verían por la oficina y pronto tendrían que lidiar con reuniones y deberes relativos a la sesión de fotos de Candice, por lo que Lola se relajó un poco y dejó que la situación fluyera de manera natural. Suficiente tenía ya de lo que preocuparse aquella semana.

Antes de marcharse, se aseguraron de que el camarero que las había atendido durante la cena hiciera llegar sus felicitaciones a la cocina y por supuesto al equipo responsable de haber llevado un rincón del Japón más selecto a la Gran Manzana.

—El jefe estará encantado de oír las felicitaciones personalmente. Esta noche está por aquí.

Mientras charlaban sobre lo poco profesional que sería anular la cita con la tal Sarah y bromeaban con las macabras propuestas de Alessia para destrozar su imagen, oyeron dos golpes breves y suaves llamando a la puerta de la estancia, que se abrió segundos después.

—Buenas noches, señoritas.

El dueño del local era un hombre muy joven, moreno y no demasiado alto. Las miró una a una, primero a Alessia y después a Lola, a la que dedicó una mirada ligeramente más intensa que a la primera. La joven se fijó en su

barba, perfectamente recortada, y en los ojos grises que la observaban con atención, como intentando descifrar el jeroglífico que acababa de descubrir.

Aquellos ojos no eran ni claros ni oscuros, simplemente eran... bonitos.

Lola lo reconoció enseguida. Tenía las manos pequeñas y llevaba las mismas deportivas blancas de bota, aunque aquella vez no iba vestido de negro sino de azul oscuro. Recordaba a un futbolista profesional o a un cantante de rap en lugar de a un hombre de negocios.

—Me han comentado que han disfrutado de la cena. ¿Estaba todo a su gusto?

—De principio a fin —respondió Alessia, coqueta.

Lola tuvo que apartar la mirada de su amiga para aplacar sus ganas de reír.

Finalmente levantó la vista hacia el muchacho, que la miraba fijamente.

—Estaba todo delicioso, muchas gracias —sonrió y aguantó la mirada del joven, que seguía mirándola con atención.

—El placer es nuestro. Siempre es un honor recibir en el Reckon a clientes satisfechos. Espero que vuelvan pronto.

—Por supuesto —Alessia jugueteó con su melena de Cleopatra en busca de la atención del muchacho, absorto en su compañera.

—Estupendo. Buenas noches, señoritas.

El joven les dedicó una media sonrisa antes de marcharse. Lola no habría sabido decantarse por el calificativo adecuado para describirlo. Serio, quizás. O posiblemente reservado. Lo que no podía negar era que le despertaba cierto interés. Obviando, por supuesto, el hecho de que fuera un joven atractivo con unos ojos misteriosos y profundos.

Al salir del restaurante les azotó una brisa helada, por lo que las dos amigas se apresuraron a despedirse con un abrazo y con la promesa de que Alessia intentaría echarle un cable el jueves con su nueva clienta.

—Deja de darle vueltas al asunto y descansa por hoy, ¿de acuerdo? —la italiana apretó la mano temblorosa de Lola con cariño—. Mi Svetlana preciosa...

Lola se echó a reír y besó a su amiga antes de echar a andar a paso ligero hacia su apartamento, a pocas manzanas de allí. A pesar del frío le apetecía caminar, refrescar las ideas y respirar el aire gélido de la ciudad. Tenía la esperanza de poder congelar sus miedos y paralizar el torrente de pensamientos nocivos que seguramente le atacarían en cuanto se quedara sola.

Al doblar la esquina se percató de la presencia del dueño del Reckon,

que apuraba un pitillo apoyado en la pared, absorto ante el ajetreo de coches que cruzaban la enorme avenida. Fumaba oculto bajo la capucha de su capa azul. Lola arreció el paso, decidida, y cruzó frente a él.

—Deberías dejarlo. Hace demasiado frío.

Sin esperar respuesta, siguió con paso firme su camino, sonriendo mientras se peinaba la melena rubia con los dedos.

Justo en el momento en que llegaba a casa recibió un mensaje de texto. Era Alessia: *“Al final me vas a tener que dejar la peluca. ¡Disfruta!”*.

Antes de poder entender de lo que estaba hablando, recibió un nuevo mensaje, esta vez de un número desconocido: *“Sabía que te había visto antes. Sé que no es muy profesional buscar el número de un cliente en las reservas, pero he prometido a tu amiga que la próxima cena corría a cuenta de la casa. Se ha resistido un poco, no te enfades con ella. Por cierto, soy Paul. ¿Volveré a verte?”*

Lola cerró la puerta de su apartamento, todavía boquiabierta. El reflejo con el que se topó en el espejo del vestíbulo le devolvió la imagen de una joven que apenas reconocía. Se acercó a ella y acarició la imagen con los dedos. Le miraba una mujer segura de sí misma, misteriosa y atractiva. La imagen que quería proyectar al mundo. Con o sin peluca. Con melena rubia o cobriza. El verdadero secreto estaba en sus ojos, en aquellos ojos verdes que miraban temerosos la vida pasar. ¿Qué verían los demás al mirar en ellos?

Sentada ya en el tocador de su habitación, recuperó el móvil y contestó al mensaje: *“Mañana por la mañana estoy libre. ¿Te apetece desayunar?”*. Dejó el teléfono a un lado y comenzó a desmaquillarse. La mujer que le sonrió desde el espejo entonces fue la joven de mechones cobrizos que caían en cascada sobre unos hombros delicados.

CAPÍTULO 13

Había dormido poco y mal. Los nervios de la tarde anterior le habían pasado factura. El sueño había sido siempre su punto débil; era un animal nocturno. De niña aprovechaba las madrugadas para estudiar y a lo largo de los años había aprendido a sacar partido a las noches en vela. El mensaje de Paul tampoco había resultado de gran ayuda a la hora de conciliar el sueño. Había recibido respuesta poco después de escribirle, aceptando su propuesta de desayunar juntos aquella mañana. Por ridículo que fuera y a pesar de su edad, jamás había tenido una cita. Si es que aquello se podía considerar una cita. Normalmente aquella situación se había presentado de manera natural, sin necesidad de fijar día ni hora. No estaba acostumbrada a aquel tipo de encuentros y no podía negar que estaba nerviosa.

Eran las diez de la mañana. Habían quedado en el High Line y como de costumbre Lola llegaba puntual. Tras meditarlo a conciencia había elegido un conjunto sencillo pero con el que se sentía cómoda y atractiva. El blusón negro solo dejaba asomar unos centímetros de la puntilla del pantalón corto que lucía debajo, por lo que en realidad el efecto era como si llevara un vestido hasta el muslo. Había elegido un par de zapatos de tacón prudente pero lo suficientemente altos como para estilizar sus piernas, ocultas tras unas medias no demasiado tupidas. Esta vez llevaba su espesa melena al aire. El pelo suelto sería un buen recurso con el que distraerse si se ponía nerviosa mientras hablaba con Paul.

Le sorprendió ver al muchacho esperándola al llegar. Estaba realmente guapo. Era realmente guapo. Tenía el pelo un poco revuelto y a Lola le pareció que tenía menos barba. De nuevo lucía una de aquellas capas prácticamente hasta las rodillas. Llevaba una camiseta negra, también larga, un tejano bastante roto y unas deportivas rojas.

—¡Ey! —Lola saludó sonriente al acercarse. Paul la observaba con aquella expresión ilegible en su mirada.

—Buenos días. Hemos elegido la mañana perfecta, con este sol no hace ni frío.

—No cabe duda de que eres neoyorquino... —Lola se abrochó el último

botón del abrigo.

—¿Tanto se me nota?

—Veamos —Lola fingió analizarlo con atención desde la cabeza hasta los pies—. Que vistas de negro y que cinco grados te parezca un día espléndido... Sí, un poco.

Subieron hasta la antigua vía de ferrocarril con—vertida en un agradable paseo con vistas maravillosas y rincones perfectos donde sentarse a charlar, hicieron una parada en la cafetería y eligieron un banco donde daba el sol.

—Me gusta tu nombre. Suena exótico —sentenció el muchacho, que soplaba sobre su ardiente té chai.

—Vaya, ¡gracias! —Lola se echó a reír y aprovechó para tomar un sorbo de su chocolate caliente con la esperanza de que él no se hubiera percatado de que se había sonrojado—. La verdad es que es muy español.

—Espero que no te molestara que buscara vuestro número en la reserva del restaurante. Sé que está fuera de lugar, pero cuando te vi en la calle recordé que ya nos habíamos visto antes. Solo que estabas... distinta.

Lola lo miró a los ojos. Bajo la luz del sol parecían verdes, como si aquel par de iris pudieran mimetizarse con el entorno.

—Sí, bueno... Ha sido un cambio momentáneo —Lola jugueteó con el vaso que tenía entre las manos. Sentía que el corazón le latía rápidamente y temía responder con sinsentidos o frases estúpidas que dieran lugar a silencios incómodos. En aquel momento deseó con todas sus fuerzas tener la experiencia de Alessia en aquel tipo de situaciones.

—Te sientan bien los arrebatos.

Paul hablaba despacio, con calma, tranquilo. Cuando Lola hablaba la miraba con atención y con una expresión extraña que no sabía interpretar. Estuvieron charlando un buen rato en el que el muchacho le contó que había vivido en Brooklyn con sus tíos hasta que se independizó en Manhattan. Acababa de inaugurar el Reckon y tenía en mente crear una firma de moda masculina. Aunque apenas tenía un par de años más que Lola, ya había emprendido varios proyectos exitosos y tenía grandes aspiraciones en la vida. Ella le habló de su trabajo y de sus proyectos en Nueva York. Aunque evitó hablar de su vida en España y de cualquier capítulo que pudiera llevarle por derroteros que no quería atravesar en aquel momento, Paul se encargó de ser mucho más directo.

—¿Por qué una chica como tú no tiene pareja?

—¿Una chica como yo? —Lola lo miró, divertida.

—Con ese pelo tan bonito y unos ojos tan verdes.

Lola volvió a sonrojarse, pero esta vez no pudo apartar la mirada de la de él, que no había cambiado el semblante a pesar de haberla adulado sin tapujo alguno.

—Tuve una pareja en España durante muchos años y al final no pudo ser. Demasiado tiempo juntos, supongo —hizo una pausa y miró hacia el edificio que se erigía frente a ellos, una vivienda impresionante con una cristalera enorme—. Lo pasé muy mal durante un tiempo y no me he vuelto a enamorar.

—¿Y qué has aprendido?

Lola lo miró sorprendida. Aquella simple pregunta trajo consigo un silencio que lejos de resultar incómodo creó un espacio íntimo, como el que se forma entre dos personas que entre una multitud extranjera hablan un mismo idioma y pueden verbalizar pensamientos soterrados bajo un tumulto de escombros. Nadie le había preguntado qué había aprendido. Nadie excepto ella misma. Durante el primer año había vivido un infierno de los que no se cuentan en las películas de amor ni se leen en las novelas románticas. Habían sido diez años juntos. Había deseado morir todas y cada una de las noches y había amanecido llorando todas y cada una de las mañanas.

El primer pensamiento de cada despertar traía consigo la falsa certeza de que había vivido una pesadilla. Entonces llegaba el choque de realidad y el esfuerzo titánico por enfrentarse a un nuevo día. Uno tras otro. Había pasado más horas durmiendo que despierta, había abandonado sus obligaciones y había llegado a creer que no superaría nunca aquella dolorosa pérdida. Sentía el luto propio de una muerte repentina que se cobra la vida de un ser querido sin brindar ocasión alguna de despedirse. Sin embargo, aquella muerte era metafórica y el único fantasma que vagaba como alma en pena encadenado a sus asuntos pendientes era ella.

No. No estaba siendo justa. Aunque todavía sufría las consecuencias de la ruptura, debía admitir que había algo bueno en todo aquello. En algún punto entre el dolor y la lucidez había empezado a comprender el porqué de aquel desenlace. Quizá le estaba costando demasiado acostumbrarse a una nueva rutina, pero había logrado superar su mayor miedo. Se había perdonado a sí misma. Toda aquella culpabilidad nacía de la falsa creencia de haber sido la única persona que había fallado en la relación. Pero no se podía achacar toda la culpa a una sola mitad. Ninguno de los dos había sabido gestionar sus

problemas. No habían sido lo suficientemente maduros para hablar honestamente de lo que podría la relación día tras día, de lo que temían o deseaban. Habían empezado una relación siendo todavía unos niños y en ningún caso lo culpaba a él de lo ocurrido. Entonces, ¿por qué arremetía tan duramente contra sí misma? Ninguno de los dos había sabido detener aquella hemorragia a tiempo y cuando quisieron darse cuenta la única solución había sido amputar.

Solo cuando Lola lo hubo entendido dejó de llorar todas las noches y todas las mañanas. De pronto, tras meses de soportar una dura carga, había llegado el día en que había soltado el lastre de la culpa. Se había perdonado a sí misma. Había conseguido entender sus errores y, sobre todo, había comprendido que la vida le había hecho un regalo. Aquella noche dio gracias y lloró sabiendo que él, que tanto la había querido, al fin y al cabo le había hecho un favor. Aquella decisión le había abierto una ventana al cambio. Le había dado la oportunidad de volver a empezar siendo la persona que siempre había deseado ser. Más madura. Más adulta. Más humana. Despertó entonces la necesidad de aprender a ser mejor persona, a no cometer los mismos errores y a convertirse en la heroína de su propio cuento.

Lo estaba consiguiendo. Muy poco a poco, sí, pues todavía lloraba muchas veces. Pensaba en él todos los días y hacía muy poco que había estado a punto de cometer una locura. De acuerdo. Pero en el fondo sentía que todos aquellos capítulos terminarían siendo meras pinceladas aleatorias en el cuadro de su vida. Y aquella sería su mejor obra de arte. Una obra de superación.

Lola estudió el semblante serio de Paul, paciente ante su silencio.

—Aprendí a renacer de mis cenizas.

Pasearon por el High Line. Paul le contó que había tenido algunas relaciones que habían terminado igual que habían comenzado, sin pena ni gloria. Sin dramas ni dolor. Por su manera de hablar, Lola supo que nunca se había enamorado y sintió compasión por él. Si ella no se hubiera enamorado nunca, ¿qué tipo de persona sería? ¿Cómo habría sido su vida? Paul parecía un chico ambicioso y con éxito, pero Lola se preguntó si no se sentiría solo. Pusieron en común gustos y aficiones. Ninguno de los dos bebía café y ambos adoraban la comida japonesa. Ella era una romántica empedernida y él poco propenso al amor. Sentía, sin embargo, verdadera pasión por su filosofía de vida, que calificaba de “especial”.

Había viajado a Tailandia en un par de ocasiones y se había grabado mantras y símbolos en la piel. Le habló del *sak yant* de las cinco líneas

sagradas. La primera alejaba injusticias y protegía el hogar, mientras que la segunda combatía la mala suerte así como la tercera rehuía la magia negra. La cuarta simbolizaba una especie de imán para atraer la buena suerte y garantizar el éxito, al tiempo que la quinta atraía al sexo opuesto y potenciaba el reconocimiento social y profesional. Ante la perplejidad y el interés de Lola, siguió hablándole del *sak yant* de los tigres gemelos. Según Paul, aquel tatuaje simbolizaba plena autoridad y era uno de los grandes favoritos entre los luchadores de *muay thai*.

Lola no tardó en percatarse de que aquella expresión seria y aparentemente impertérrita en el semblante del muchacho desaparecía cuando hablaba de sus pasiones. De su familia y amigos. De las ideas de negocio que soñaba con implantar en su ciudad. Incluso de un pastor alemán que tuvo de niño y que había muerto hacía un par de años. Aunque le despertaba cierta curiosidad, la muchacha no intentó siquiera entender qué habitaría en las profundidades de su mente para aunar dos caras tan distintas. De todos modos no creía que pudiera entenderlo; ella era transparente como el agua.

Al despedirse, él le aseguró que volverían a verse y se comprometió a seguir hablándole de mantras y de la tinta que recorría su piel. Lola sentía curiosidad por cómo serían los trazos hipodérmicos de su espalda y experimentó cierta sensación de euforia al darse cuenta de que no solo había superado su primera cita sino de que había disfrutado de la charla.

—¡No me quiero ir! —sin hacer ningún esfuerzo por contenerse, la muchacha lo abrazó a modo de despedida, sonriéndole de aquella manera tan suya. Tan aniñada. Tan intrínsecamente cargada de ilusión.

—Entonces tendremos que repetirlo —Paul aceptó el abrazo y la estrechó ligeramente contra él.

—Cuando quieras —esta vez sí intentó atar en corto el tono suplicante de su voz.

—Descuida, visto lo visto puede que necesite una estilista que me ayude a disimular mi aspecto indudablemente neoyorquino...

—Créeme, no la necesitas —Lola se echó a reír ante el comentario puntilloso del muchacho, que sin duda alguna dominaba las tendencias—. Pero, aun así, estaré encantada de concertar una cita en mi oficina. O fuera de ella, si es preciso.

Cualquier atisbo de duda de estar flirteando quedó patente en el instante en que se sostuvieron la mirada. Tras unos segundos, Paul habló primero.

—Intentaré sorprender a la señorita.

—Suenan a chico de recursos.
Paul se encogió de hombros.
—Ya lo irás viendo.

Había pasado por Columbus Circle a por un bocado rápido pero bajo en calorías. El Whole Foods ubicado en el sótano del Time Warner Center era uno de sus lugares favoritos para evitar la típica comida rápida y grasienta cuando las prisas neoyorquinas dominaban su actividad diaria. Había vuelto a la oficina para devorar la ensalada que ella misma había compuesto y una pequeña porción de su lasaña de verduras favorita. Después de tomar su infusión digestiva diaria había dispuesto todo el papeleo necesario para la primera cita con su próxima clienta y había disfrutado de veinte minutos para retocarse antes de recibirla.

Todo había salido a pedir de boca. La mujer se había mostrado encantada ante las atenciones de Lola y juntas habían confeccionado el patrón idóneo para cubrir las necesidades de Diane, una mujer esbelta y pelirroja que a sus cuarenta y ocho años conservaba la belleza que la había caracterizado veinte años atrás. Tenía un ligero parecido a Nicole Kidman; era de constitución delgada, de piel nívea y ojos claros. Hablaron de su viaje por Europa, de los acontecimientos sociales a los que tendría que asistir, de sus inquietudes, deberes y obligaciones. Aquella era la parte preferida de Lola. Su trabajo requería cierta psicología para poder conocer a sus clientas más allá de valorar su aspecto físico. Cualquier pequeño detalle de todo lo que le contaban podía ser la clave para entender qué podía hacerles más felices. Diane era risueña y dicharachera, por lo que había sido fácil congeniar con ella. Una vez expuestas las directrices de su clienta, Lola se comprometió a buscar un mínimo de cinco propuestas estéticas para su próxima cita, una semana más tarde.

Llegó a casa a las siete de la tarde y dedicó una hora de reloj a relajarse y mimarse en el baño. Dispuso sales, aceites, velas perfumadas y eligió una de sus listas de reproducción favoritas para la ocasión. Había sido un día placentero, eso no podía negarlo. Pero no había conseguido deshacerse de la maraña de nervios que se le habían instalado en la boca del estómago ante la idea de encontrarse en tan solo unas horas con Sarah. No tenía nada claro cómo gestionar la situación. Todavía no se sentía lo suficientemente fuerte ni

en absoluto preparada para oír hablar de él como si fuera un desconocido, o peor, como si fuera alguien importante en la vida de una desconocida. Le preocupaba no ser lo suficientemente profesional. Lo único que quería era anular aquella cita y tener que preocuparse por inventar una excusa creíble con la que disculpase ante la señora Anderson.

Lola cerró los ojos y suspiró. El vaho que desprendía el agua caliente era agradable, placentero. Intentó apartar aquellos destructivos pensamientos de su mente sustituyéndolos por otros más agradables.

El semblante sobrio de Paul empezó a tomar forma ante sus ojos, poco a poco. Como si fueran los trazos acuosos de una acuarela dibujándose sobre una lámina en blanco se perfilaron sus rasgos, su pelo revuelto y aquella barba recortada. Se regodeó en su mirada. Algo en el brillo en sus ojos, medio grises, medio verdes, le había llamado la atención. Parecían hablar a través del silencio, como si su lengua materna fueran las pausas en cada conversación. Estaba segura de que aquel muchacho era una de aquellas personas que callaban mucho más de lo que decían. Parco. Comedido. Un tanto misterioso.

Lo único que sabía con certeza era que deseaba volver a verle. Quería hacerle preguntas, saber más sobre él. Le había causado una impresión positiva. Admiraba a la gente que siendo tan joven cultivaba un espíritu tremendamente emprendedor y ambicioso. Quería saber más sobre su vida en Brooklyn, sobre sus gustos y aficiones. Intuía que procedía de una familia acomodada y no se le había escapado algún que otro comentario inocente aunque ligeramente jactancioso. Si volvían a verse prestaría especial atención a aquella posibilidad. Lola aborrecía la soberbia.

Abrió los ojos y observó los mechones de su pelo flotando entre la espuma. Acarició uno de ellos y lo peinó con los dedos. Sonrió al recordar la reacción de su amiga al verla con su nueva imagen y el comentario de Paul sobre su cabello natural, “tan bonito”, y sobre sus ojos, “tan verdes”. Si era un hombre sin deseos de enamorarse poco le afectaba a ella. Siendo sincera, Lola tampoco estaba preparada para el amor. No se sentía cómoda ante la idea de que alguien llegara a su vida para quedarse. Y en cierto modo se sentía orgullosa de sí misma; el capítulo con Jan había sido lo suficientemente gratificante como para entender que quizás había llegado el momento de permitirse todo aquello que debía haber vivido mucho antes de embarcarse en una relación formal siendo todavía una niña. Tenía tiempo. Se merecía tiempo.

Sin embargo, Paul había dicho algo...

En la tranquilidad de su hogar, sumergida entre las burbujas que llenaban la bañera, recordó sus palabras. Al evocarlas en voz alta sintió una caricia que le besó la piel. Sonaron melódicas, como la música que las acompañaba. Olieron a consuelo, como el aroma curativo a eucalipto de las velas aromáticas que encendía cuando añoraba su país. Supieron a promesa y a esperanza. Y aunque no lo supo entonces se le clavaron dentro, en lo más hondo, y al reproducirlas de nuevo sintió en su ser el arrollador poder de las palabras.

“Ya lo irás viendo”.

¿Qué podían significar, sino una garantía de esperanza?

CAPÍTULO 14

Se resistía a entrar en la oficina. Eran las diez menos cuarto de la mañana y a tan solo quince minutos de su cita ya odiaba a aquel jueves con todas sus fuerzas. Sentía náuseas en el estómago y tenía ganas de echarse a llorar. Ni siquiera los mensajes resueltos de Alessia habían conseguido animarla.

—*Morning*, preciosa. ¿Cómo han ido estos días?

Jan apareció de pronto en el vestíbulo del edificio luciendo una sonrisa amistosa que le reconfortó ligeramente. Lo había echado de menos.

—¡Jan! ¿Cómo te ha ido? —Lola lamentó no mostrarse lo suficientemente animosa, aunque se alegraba infinitamente de verlo.

—Tienes mala cara. ¿Estás enferma?

—Me temo que hoy no va a ser un buen día —la joven resopló, desesperada—. No quiero subir.

—¿Hay algún problema? —las olas del mar que bañaban la mirada del muchacho la calmaron otro poco—. ¿Necesitas algo?

—¿Subes conmigo?

Jan rodeó sus hombros con uno de sus brazos firmes y le habló de su última colaboración con uno de los grandes fotógrafos de prestigio internacional mientras subían por las interminables escaleras. Lola centró toda su atención en cada una de las palabras de su compañero, no tanto por interés sino por alejar sus pensamientos de lo que se le venía encima.

—Sea lo que sea lo que te preocupa, seguro que no tiene tanta importancia al terminar el día —Jan la agarró por los hombros con cuidado, como si tuviera entre manos uno de esos paquetes rotulados con un alarmante “muy frágil”—. Me prometiste estar de ánimo cuando nos viéramos. Sé una mujer de palabra.

Lola sonrió como respuesta. No tenía nada que añadir ni tampoco quería hablar de sus temores por miedo a ser sorprendida por su clienta de un momento a otro. Se despidió de su compañero, que le dio un beso cariñoso en la frente, y quedaron en verse antes de la gran reunión de equipo de “la Operación Candice”.

La joven Sarah llegó diez minutos tarde. Durante aquellos seiscientos segundos, Lola tuvo tiempo de volver a plantearse morderse las uñas, iniciarse en el abominable hábito de fumar o engullir el bol de bombones que tenía sobre su mesa. Rezó a todos los dioses de todas las religiones posibles para que no se presentara y poder marcharse a casa a reírse de sí misma. Pero a las diez y diez de la mañana, Sarah llamó a su puerta. Más alta, más delgada y más rubia de lo que la recordaba.

Fue la primera sesión más corta que Lola hubiera tenido nunca con una nueva clienta. Suprimió el cincuenta por ciento de las preguntas que habitualmente hacía a cualquiera de las personas que solicitaban sus servicios y fue directa a las necesidades estéticas de la joven, que la miraba como si todo aquello fuera un juego que sus adinerados padres costeaban y que le divertía en extremo. Encontrar la indumentaria adecuada para una reproducción humana de la muñeca Barbie sería pan comido, aquello no le preocupaba en absoluto. Tampoco mantuvo el contacto visual al que estaba acostumbrada. Lola —tan amable, educada y risueña— se limitó a ser simplemente correcta, algo que ni siquiera pareció tener en cuenta la veinteañera que tenía en frente, que miraba entretenida cómo garabateaba en su libreta.

El resumen más acotado de la información que recabó sobre la joven se basaba en ocio y tardes de verano en Los Hamptons. Sarah no tenía oficio ni beneficio, pero sí una estirpe apoderada que mantenía su caprichoso tren de vida. Apenas tenía planes de futuro más allá de algún que otro viaje con varias amigas. Afortunadamente, su tío la había animado para que se citara con algunas mujeres poderosas de varias esferas y ámbitos apasionantes con intención de motivar el espíritu emprendedor que creía latente en su sobrina. Las esperanzas estaban puestas en empresarias y ejecutivas que podían no solo asesorarla en la búsqueda de su confuso camino laboral sino que, llegado el momento, podrían incluso concederle la oportunidad de aceptarla como ayudante en alguno de sus equipos.

Apenas cinco minutos antes de dar por finalizada aquella apresurada sesión, Sarah articuló las palabras que Lola había temido escuchar desde que viera su imagen en la pantalla del ordenador un par de días atrás.

—¿Sabes? ¡Quizá visite España las próximas navidades! Mi tía me ha dicho que eres de allí, ¿no?

Si esperaba algún tipo de respuesta, Lola simplemente la miró con una mueca de interés penosamente fingido.

—Hace un par de meses conocí a un chico de Barcelona —ante la mirada ahora perpleja de Lola, aquella muñeca de (poca) carne y (mucho) hueso sonrió ampliamente y dio unas palmaditas, jubilosa— ¡Es guapísimo! Si todo va bien, me presentaré por sorpresa cuando vuelva a casa para visitar a su familia.

Lola sintió toda la sangre de su cuerpo bajar en cascada hacia sus pies. El vahído fue tan brutal que tuvo que concentrarse en un punto fijo para no desplomarse sobre la silla en la que estaba sentada.

Y eligió aquellas manos de porcelana, que hacían aspavientos al son de explicaciones que llegaban a sus oídos en forma de un vago zumbido. Sus dedos, largos y finos, estaban repletos de finísimos anillos y el esmalte de uñas estaba ligeramente carcomido. Al mirarlas fijamente tomó forma en su cabeza la imagen de aquellas mismas manos acariciando la nuca de su mejor amigo, de su compañero de viaje, de quien la había amado durante un tiempo para quererla después y terminar olvidándola, sustituyéndola por una niña rica de aquella condenada ciudad.

El mareo se hizo más intenso y tuvo que cerrar los ojos.

—¿Te encuentras bien?

Al reconocer la voz de Sarah, Lola respiró hondo y abrió los ojos de nuevo.

—Lo siento, vamos a dejarlo aquí. Te avisaré cuando tenga las propuestas, ¿de acuerdo?

—¡Genial! Le daré recuerdos a mi tía de tu parte.

La joven se levantó de la silla de un brinco y Lola hizo lo propio. Se puso en pie, reuniendo toda la fuerza de la que fue capaz, y la acompañó hasta la puerta de su despacho para despedirla con un apretón de manos y un ademán de sonrisa en la comisura de los labios.

Solo cuando la silueta esbelta de la muchacha desapareció tras el cristal opaco de la puerta de su despacho, cayó de rodillas frente al paragüero. Vomitó el desayuno y lo que identificó como un ente que había anidado en lo más oscuro de sus entrañas durante todo aquel tiempo. Su última esperanza.

Llevaba una hora tumbada en la cama. Después de la funesta cita con Sarah se había marchado a casa, donde había devuelto dos veces más. No recordaba la última vez que había sentido un malestar físico tan intenso. Se

sentía tan sobrecogida que ni siquiera había sido capaz de derramar ni una sola lágrima. No podía llorar. Haberse cerciorado de que su mayor miedo era ya una realidad tangible no le había provocado más que conmoción. Estaba en estado de *shock*.

Después de más de un año de intensas sesiones de lectura y de una productiva búsqueda interior había aprendido que el ser humano es más valiente de lo que cree, más fuerte de lo que parece y más inteligente de lo que piensa. Solamente tenía que seguir respirando. A aquellas alturas se sabía ya la teoría a rajatabla. Siempre fue buena estudiante y era una mujer lista y coherente. Quería ser feliz y ansiaba poner fin a los tormentosos temporales que azotaban su vida desde hacía tanto y no negaba que aquello pasara por poner de su parte. Se concentró en inspirar y espirar. Inspirar y espirar. Se empeñó en ralentizar su ritmo cardíaco y en relajar los músculos de todas las extremidades de su cuerpo.

Poco a poco, la sensación de angustia y las náuseas fueron remitiendo. Aunque tenía sed, no se atrevía a levantarse de la cama por miedo a que le flaquearan las piernas. Se sentía débil. En breve sería la una del mediodía y tendría que comer algo. Tenía todo el día por delante pero también atesoraba todas las ganas del mundo de enterrarse entre las sábanas a esperar que amaneciera de nuevo. Conocía de sobras los estragos que causaba la autocompasión y aunque la idea de dormir dieciocho horas le resultaba tentadora, lidiar con la resaca emocional posterior sería casi tan duro como soportar los golpes directos al corazón que sus recuerdos pudieran atizarle en aquel momento.

Se levantó torpemente, arrastrando cada paso desde su habitación hasta la cocina. Se sirvió un vaso de agua y se sentó frente al ventanal del comedor a observar el ajetreo de coches y peatones que atestaban la Sexta Avenida. A pesar de sus enormes proporciones, en aquel momento la ciudad le pareció insustancial. Si lloraba o reía a nadie le importaba allí abajo. El mundo giraba sobre un eje inquebrantable y su rotación jamás se vería afectada por los pequeños o enormes dramas de un ser en comparación tan insignificante.

Cómo le aterraba el olvido. Estaba convencida de que no existía veneno más letal y más mezquino que el de aquella especie de amnesia tan espontánea y cotidiana. Porque actuando lentamente, tan poco a poco, paladeaba con humillación el sabor a hiel que traía consigo.

El olvido. Cómo le aterraba...

Se levantó y fue en busca de su teléfono móvil. Lo había apagado

después de mandarle un mensaje a Alessia diciéndole que se tomaba el resto del día libre y que se pondría en contacto con ella cuando se encontrara mejor. Tal y como esperaba, tenía un mensaje de la italiana con su respuesta: “*Capito, bella. Si necesitas algo, llámame*”. Buscó el contacto de Jan en WhatsApp y le mandó un mensaje también a él: “*¿Estás liado? Me he vuelto a casa*”.

A las dos del mediodía, apenas una hora después de haberle mandado aquel mensaje, Jan llamó a su puerta con una bolsa de papel en una mano y con una botella de vino en la otra.

—Esto empieza a ser poco original. Podríamos tomarnos lo del japonés como un gabinete de crisis.

—Muchas gracias, Jan. Se suponía que esta vez invitaba yo.

—Ya me cobraré el favor. No te preocupes.

Se acomodaron en los taburetes altos de la barra americana que separaba la cocina del salón y Jan se sirvió una copa de vino blanco. Lola rechazó la oferta, muy a su pesar. Lo último que necesitaba su estómago era alcohol. Había tenido tiempo de ducharse y de ponerse ropa cómoda y no se había molestado siquiera en maquillarse. Le pareció una nimiedad después de haber traspasado una barrera tan física apenas unos días atrás...

—¿La mañana no ha ido como esperabas? —preguntó él mientras decidía con qué pieza de *sushi* empezar.

—Al contrario, ha ido exactamente como esperaba.

Después de que Lola le pusiera al corriente de su desdichada fortuna y de que Jan se mofara sin demasiada maldad de su mala suerte, trasladaron la conversación al sofá, donde el muchacho volvió a exhibir sus dotes de experto en el conocimiento del comportamiento humano.

—Piénsalo; en el fondo lo que te duele es el ego.

Lola lo miró sorprendida.

—¿Cómo dices?

—Entiendo que ha sido una persona muy especial en tu vida, pero te aferras tanto a la imagen de lo que podría haber sido, que estás empezando a distorsionar lo que fue. Te molesta que haya pasado página mientras tú lloras en la cama por las noches. Te molesta que te haya sustituido por otra mujer.

Lola no replicó. Aquellas palabras dolían porque había algo de cierto en ellas, pero también porque le irritaba que alguien ajeno a su relación pudiera opinar con tanta libertad. Respiró hondo y siguió acariciando el cojín que tenía sobre las piernas.

—Sabes que no pretendo hacerte daño con esto, Lola. Solo digo que quizá le estés dando más importancia de la que tiene.

—¿A qué? ¿A que probablemente esté empezando ya una relación en serio? ¿A que llame “mi vida” a otra mujer que no soy yo? ¿A que su familia acoja en casa a una desconocida y se olviden de mí como ya ha debido de hacer él?

Al mencionar a su familia sintió una intensa quemazón en la garganta. Podía echarle de menos, podía sentir que había perdido la mitad de lo que la componía por dentro, pero no podía soportar la idea de haber perdido a toda una familia. Su madre, su padre, sus hermanos... Todos y cada uno de ellos fueron y seguían siendo entonces lo que ella consideraba parte de su familia. En cierto modo se sentía huérfana, como si se hubiera quedado sola en el mundo. Aquel había sido el primer año de muchos que no la habían felicitado por su cumpleaños. Ni siquiera su madre.

“Dios”. Cuánto quería a aquella mujer. Como sabía que él también adoraba a sus padres, que lo habían acogido con los brazos abiertos desde el primer día como al hijo que nunca tuvieron. Todo había sido perfecto. Todo excepto ellos mismos. Pero, ¿acaso se podía forjar una relación ideal? ¿Acaso no eran humanos, dignos de equivocarse y de perdonar?

—Lo siento, Lola. Quizá no entiendo del todo tu situación porque simplemente no la he vivido. Pero espero de corazón que vuelvas a ser feliz muy pronto —Jan le acarició la rodilla con un gesto afectuoso y se levantó del sofá—. Tengo que irme, he quedado con un cliente en media hora.

—Muchas gracias, Jan. Lamento que últimamente estés siendo el hombro donde llorar...

—¿Somos amigos, no? —aquella sonrisa medio argentina acompañó el brillo de sus ojos medio suecos—. Llámame cuando quieras.

Cuando llegó a la puerta, se volvió y añadió:

—Eso sí, la próxima vez invitas tú.

Lola se echó a reír y arrojó el cojín en dirección a la puerta justo cuando esta se cerró.

Cuando se quedó sola de nuevo cayó en la cuenta de que habían comido y charlado sin que la sombra incómoda de los últimos acontecimientos planeara sobre sus cabezas. Ni siquiera en la intimidad de su hogar, teniéndolo tan cerca, se había parado a pensar en sus besos y caricias. Desde su encuentro había tenido tiempo de reflexionar sobre la férrea convicción de que, por primera vez en su vida, había sido capaz de disfrutar del sexo sin

formar lazos inquebrantables que les unieran para siempre. No entendía cómo había sucedido, pero le había bastado con identificar esa señal, aquel clic en su mente, que había dado paso a una nueva comprensión de su condición como mujer libre. Lola concebía el sexo como algo casi sagrado. No compartía con Alessia la trivialidad de un simple placer carnal. Ella se enamoraba. Ella se entregaba por completo. Pero allí, sentada en su sofá, pensando en el placentero encuentro con Jan, no pudo sentir indicio de enamoramiento alguno. Intuía que le costaría horrores volver a enamorarse. Al menos todavía. Aun así, al pensar en todo aquello, sintió el deseo de seguir descubriendo un poco más a aquella Lola desinhibida y espontánea de la que incluso se sentía orgullosa y a la que quería dar alas siempre que necesitara volar.

No, no creía que pudiera llegar a enamorarse. Por muy enamorada del amor que estuviera.

Se acomodó en el sofá abrazada a uno de los mullidos cojines grises que lo vestían. Posó la vista sobre algunos libros perfectamente colocados sobre la mesilla que tenía en frente y pensó en todas las citas célebres que había recopilado a lo largo de aquel último año. Había encontrado cobijo entre páginas y papel siempre que se había sentido perdida. Había leído cientos de libros durante los últimos meses: budismo, espiritualidad, filosofía, inteligencia emocional, dependencia y supe—ración personal... Infinitas fuentes de conocimiento que le habían regalado innumerables mensajes tan profundos como esclarecedores justo cuando necesitaba arrojar luz sobre cuestiones que no llegaba a comprender: la fragilidad del ser humano, la dependencia afectiva, la falsa creencia de que el amor verdadero bebía del sufrimiento y la idealización...

La raíz del problema residía en un concepto erróneo del amor romántico. Su visión del amor se acercaba demasiado a las historias shakespearianas y a los dramas subyugantes de las princesas Disney. De niña había vivido las cuestiones del corazón a la sombra de amores platónicos, chicos mayores que ella que apenas habían llegado a saber de su existencia. A los diez años dibujaba el nombre de uno de los chicos más populares del colegio en todos los rincones, escribía poesía y soñaba todas las noches con la posibilidad de un mero saludo, una sonrisa o un mensaje inocente en un trozo de papel. Para Lola, el amor había sido siempre un sinónimo de sufrimiento, de no correspondencia. Antes de los dieciséis apenas había besado a un par de chicos y lejos de la promiscuidad propia de la adolescencia, había sido más bien una chica ingenua e inocente. Se había dedicado a estudiar, a divertirse

con sus amigas y a planificar un futuro prometedor tanto en lo laboral como en lo personal.

Hasta que llegó él.

Su primera y única relación que había durado nada menos que diez años. Ahora entendía que el amor era una asignatura para la que nadie está lo suficientemente preparado en el momento de examinarse. Y precisamente en ese pequeño detalle residía, quería creer, la verdadera magia. En el hecho de aprender a amar, a respetar, a comprender, a descubrir lo que a uno le hace feliz, lo que necesita, lo que puede llegar a dar y lo que puede esperar a cambio. Lola ahora entendía que una pareja era, sin más, una cuestión matemática; la suma de dos cuerpos que, voluntariamente y desde la libertad, multiplican pero no dividen.

Suspiró. Siempre le resultaba incómodo enfrentarse a sus errores y admitir haber aceptado como irrefutables ideas totalmente equivocadas, pero se sentía satisfecha por el proceso de cambio que estaba viviendo. Empezaba a creer en todo su potencial y en la posibilidad de convertirse en su persona favorita, en un ejemplo de superación del que sentirse orgullosa. Cerró los ojos e inspiró profundamente. Casi sintió como real la brisa que le empujaba, firme, en dirección al rumbo correcto. Hacia un destino esperanzador.

Se prohibió a sí misma pensar en Sarah y en la posibilidad de que él hubiera rehecho su vida. Se reprendió por recordarlos siquiera. Debía empezar a confiar en el curso de los acontecimientos. Quizá si dejaba de compadecerse de sí misma y enfocaba toda su energía en el resultado final, en lugar de obsesionarse con el proceso, terminaría por atraer lo que verdaderamente ansiaba. Ser feliz.

Recostada en el sofá barrió el salón con la mirada. Advirtió el portátil sobre la barra americana de la cocina justo en el momento en que su teléfono móvil emitió un pitido notificándole que acababa de recibir un mensaje. El emisor había decidido mandar solamente una foto: una de las mujeres más hermosas del mundo, abrazada a un par de zapatos mágicos, llorando como una magdalena. Se levantó de un salto y agarró el portátil entre carcajadas. En apenas quince minutos tenía en su poder un billete de ida y vuelta a Barcelona.

Volvía a casa.

Se sintió eufórica y le invadieron las ganas de abrazar a su familia, de reencontrarse con sus amigos, de cobijarse entre las paredes del hogar que le había visto crecer y de pasear descalza por la playa. En tan solo unos días tendría la última gran reunión con el equipo de NZ Magazine para dar el

pistoletazo de salida a la producción con Candice y quince días después estaría volando a España, donde el calor de los suyos la reconfortaría y le insuflaría las fuerzas necesarias para enfrentarse a lo que fuera que Nueva York le tuviera preparado.

Solo tenía que esperar a que terminara noviembre.

“Pan comido, Lola. Pan comido”.

CAPÍTULO 15

Las dos semanas siguientes habían ido mejorando por momentos. La principal notoriedad había sido una retahíla interminable de mensajes con Paul que había llegado a cobrarse casi todas sus horas de sueño. El domingo por la noche habían hablado hasta las cinco de la mañana. En un principio, las conversaciones se habían limitado a preguntas triviales, pero poco después habían pasado de un simple “¿qué tal el día?” a debatir sus inquietudes, aficiones, sueños y experiencias vitales. A Paul le gustaba leer la revista Forbes tumbado en la cama y Lola se lo imaginaba enfrascado entre artículos de economía y empresa, aborto y ensimismado, leyendo la biografía del empresario de turno con mirada desafiante en la imponente portada. Habían bromeado y reído, habían confesado su atracción el uno por el otro e incluso se habían atrevido a verbalizar algún que otro comentario moderadamente descarado.

Paul le había mandado fotos de sus tatuajes bajo petición expresa de Lola, que se sabía ya trazo a trazo todas las líneas que dibujaban su espalda, desde la nuca hasta los riñones. Apenas unos días después de conocerlo ya habría sido capaz de dibujarlos sobre el papel con un margen de error ínfimo. Al igual que sus conversaciones. Leía y releía sus mensajes todas las noches, antes de irse a dormir, con una sonrisa bobalicona en la cara y ojos risueños.

Lola era plenamente consciente de que cada mensaje le provocaba un hormigueo ridículo en las tripas y temía preguntarse si aquella ilusión era positiva u otra pequeña muestra de locura transitoria.

Suspiró.

Aquel viernes era un día especial. Entró en las oficinas de NZ ataviada con un conjunto de dos piezas azul *navy*, de corte masculino pero con un aire delicado, y una blusa blanca con encaje en el escote. Vestían sus pies un par de salones rojos a juego con su lápiz de labios. Aquella iba a ser la última reunión con el equipo antes de la prueba de vestuario previa a la sesión de fotos con Candice. Su labor aquella mañana era mostrar las propuestas con las que vestirían a la modelo en el primer número del año. En reuniones anteriores habían definido ya la temática y la localización de las fotos, por lo

que Lola había sacado tiempo durante las dos últimas semanas para recorrer todos los *showrooms* posibles y dar con el vestuario perfecto.

Cuando entró en la sala de reuniones se dirigió hacia Alessia, que le indicó que tomara asiento a su lado con una sola mirada. Todavía faltaba gran parte del equipo por llegar, así que se pusieron al día entre cuchicheos y susurros.

—¿Estás nerviosa? —preguntó la italiana.

—Si dijera que no, te mentaría —Lola inspiró profundamente y se acomodó en su silla—. Pero me pueden las ganas. Es una oportunidad increíble. Gracias otra vez, Ale.

—Con esta van... ¿cuántas? ¿Ciento veinte veces que me lo agradeces? —respondió la muchacha—. Si no fueras buena en lo tuyo no te habría recomendado. Fin de la historia.

Alessia le dio cuatro pinceladas sobre las últimas decisiones editoriales que se habían tomado tras la última reunión con la redactora jefe aquella misma semana.

—La entrevista se centrará en todo aquello que no se suele explotar en el número de enero en este tipo de cabeceras. Por norma general hablamos de dietas, de puesta a punto tras los excesos de las fiestas navideñas y de nuevos propósitos —Lola miraba con atención a su amiga y asentía religiosamente a todo cuanto esta decía—. Pero esta vez vamos a ahondar en lo primario. Vamos a abrir el año con una imagen más natural. Vamos a sumergirnos en la mente de Candice en lugar de centrarnos únicamente en un aspecto físico y puramente estético. Vamos a captar almas. Vamos a vender espíritu. ¡Vamos a abogar por la salud mental!

Con cada afirmación, Alessia había ido subiendo el tono de su voz. Lola reparó en cómo le centelleaban los ojos. Resultaba hipnótico escucharla. Cuando aquella menuda pero enérgica mujer hablaba, derrochaba pasión. Era mágico.

Ante el silencio y la mirada atónita de Lola, la italiana sentenció:

—No me mires así. Tú sabes mejor que nadie lo mucho que las mujeres necesitan toda esa mierda.

La directora entró en la sala antes de que pudiera responder.

—Buenos días, chicas —Lola se levantó y las dos mujeres se saludaron con cariño. Aunque no se podía decir que fueran amigas, ambas mantenían una relación más que cordial gracias a su amistad con Alessia, el ojito derecho de Silvia.

Silvia era una mujer atractiva e inmensamente inteligente. Apenas superaba la cuarentena y, a diferencia de prácticamente todas las féminas que se alimenta—ban del mundo de la moda, no luchaba ridículamente contra natura. Los signos de la edad empezaban a enmarcar su mirada y cuando sonreía sus labios eran el centro perfecto de un paréntesis de surcos que daba cuenta de lo feliz que debía de ser su vida. Le recordaba a su madre. Ambas eran ese tipo de mujeres serias en su trabajo y divertidas en lo personal, que despertaban admiración y ese tipo de respeto positivo que animaban a uno a hacer las cosas bien para ganarse su aprobación, sin caer en una figura temida y dictatorial. Silvia había tratado siempre con dulzura a Lola y no había cuestionado ni por un segundo la propuesta de Alessia de incluirla en aquel gran proyecto.

—Bueno, señores —Silvia dejó sobre la mesa una carpeta y suspiró—. Vayan a por sus cafés mientras llega el resto del equipo.

Lola y Alessia se acomodaron, chocolate y café en mano, mientras un par de chicas salían apresuradamente de la sala. Apenas cinco minutos más tarde llegaba Jan, cargado con una caja de galletas y rosquillas con glaseado de colores. Silvia se lo agradeció echándosele prácticamente encima y empuñando una en cada mano. Segundos después se unió a la fiesta Olivia, la redactora jefe, Alex, mano derecha de Jan en todas las sesiones fotográficas, y el resto del equipo, incluidas las dos chicas que habían salido apuradas a por sus Starbucks.

—Hola a todos —saludó Silvia—, ya podemos empezar.

Después de una breve presentación por parte de la directora de lo que sería la producción con Candice y de la importancia de la labor de cada miembro del equipo, Olivia tomó las riendas de la reunión y profundizó en los detalles que les atañían a todos ellos.

—Como ya sabréis, el enfoque por el que finalmente nos hemos decantado para la primera producción del año no tiene nada que ver con editoriales anteriores —la redactora jefe hizo una pausa en la que todo el mundo asintió, afirmando que estaban al corriente de la línea que se iba a seguir en el *shooting* con la supermodelo—. Nada de lujo, solo buenos propósitos llevados a lo espiritual, a lo interno. Moda aspiracional desde el punto de vista más humano. ¿Alguna duda sobre el concepto?

Todo el mundo sonrió, como dando a entender que no solo comprendían la idea sino que les parecía lo más acertado que hubieran publicado en mucho tiempo. Lola pensó que probablemente lo era.

—¡Perfecto! —sentenció Olivia, alegre—. En ese caso, recordaremos primero los detalles de la sesión y después pasaremos a los detalles sobre estilismo, maquillaje, entrevista con el personaje y demás.

Anotaron en sus agendas los pormenores. La citación sería el día uno de diciembre a las 9:00 de la mañana en el Mandarin Oriental. La localización era privilegiada porque les permitiría jugar con distintos espacios en todo el recinto, teniendo la posibilidad de hacer fotos tanto en exterior como en interior y, con suerte, aprovechar la cálida luz de la mañana en su favor para ciertos disparos. El equipo estaba claro: Jan y Alex tras las cámaras, Karla y Christina para peluquería y maquillaje, Lola como encargada del estilismo, Alessia al frente de la redacción y, por supuesto, Candice, la gran estrella.

—Chicas, peluquería y maquillaje muy, muy natural —recordó Olivia a las muchachas que habían salido a por café antes de que empezara la reunión—. En el *shooting* os podréis apoyar en Lola para que lo habléis entre vosotras y hacer que el *look* en general case a la perfección con la línea que hemos trazado.

—Línea que podríamos repasar por última vez ahora que estamos todos —propuso Jan, resuelto—. Más que nada por si alguien tiene algo que aportar. Alex y yo tendríamos tiempo de estudiar planos nuevos si surgen propuestas.

—¡Claro! — Silvia sonrió abiertamente, aceptando la propuesta de Jan. Lola no pudo evitar mirar de reojo a Alessia, buscando una mirada cómplice que delatara que ella también era consciente del magnetismo que el sueco— argentino tenía sobre aquella mujer.

—Primer plano, pues —Olivia hizo un gesto con la mano, invitando a Jan a hablar.

—Queremos recrear un despertar, una mañana cualquiera en la vida de Candice. El poder del sueño reparador. Estaremos en una de las *suites* del hotel, con enormes cristalerías y mucha luz natural. Obviaremos la lencería, sería un recurso demasiado fácil. Esto lo decidirá Lola.

Jan la miró y sonrió, animándola a intervenir.

—Sí, bueno —Lola titubeó ligeramente—, como bien dice Jan, hemos elegido un aspecto mucho más terrenal, menos... angelical.

La pequeña audiencia sonrió, cómplice del juego de palabras.

—Vamos a ver... —Lola rebuscó en su carpeta las fotografías de gran calidad de las prendas y accesorios que había seleccionado para presentar al resto del equipo—. Estas son dos opciones distintas para el primer *look*: una camiseta extra larga de viscosa en color gris perla y un pijama de dos piezas

de seda natural en color rosa palo. Candice está muy bronceada todavía, ambos tonos favorecerán el color de su piel.

Los compañeros echaron un vistazo a ambas propuestas, pasándose unos a otros las fotografías de los silueteados que Lola proponía. Una de las chicas más jóvenes, la que haría las veces de asistente en la sesión de fotos, hizo una mueca que no terminó de convencer a Lola.

—De acuerdo, pensemos en un ejemplo —Lola utilizó ese tono tan suyo que anunciaba que iba a hacer uso de una de sus mejores armas: su psicología—. Anne, ¿verdad?

La muchacha que había mirado las fotos dudosa apenas unos segundos antes levantó la cabeza y la miró sorprendida.

—¿Qué edad tienes? Si no te importa compartirlo conmigo, claro...

—Veintiuno —la muchacha se sonrojó visiblemente y Lola se sintió un poco culpable por haber centrado la atención sobre ella.

—¡Genial! Anne es una mujer real, joven, amante de la moda, dado que trabaja para una de las cabeceras del sector con mayor peso en el mercado —Lola hizo una pausa y sonrió dulcemente a la muchacha—. Felicidades, por cierto.

—Muchas gracias — Anne sonrió, tímida, y miró brevemente a Olivia, que probablemente sería su mentora en prácticas.

—Sin conocer los hábitos de Anne, me inclinaría a pensar que dormir con un camisón de raso o con un conjunto de lencería de Victoria's Secret es un poco arriesgado. ¿Cierto?

—Aunque me gustaría, la verdad es que duermo con un pijama cutre de H&M.

La sinceridad de la muchacha hizo reír a todos los presentes.

—Gracias, Anne, me juego lo que quieras a que somos muchas las que dormimos como seres terrenales —Lola miró al resto de mujeres, esperando su aprobación—. ¿O no?

—Amén —afirmó Silvia.

—Esa es la idea —añadió Lola, alzando los brazos como si fuera a lanzar un sermón sagrado frente a su corrillo de discípulos—. La mujer real, la que nos representa a cada una de nosotras, duerme con una camiseta, con un pijama de dos piezas o, a lo sumo, desnuda.

—No me importaría fotografiar a Candice durmiendo al raso —propuso Jan.

—Suerte la próxima vez, campeón —respondió Alessia, resuelta.

—Hagamos que lo aspiracional de la producción sea el culto a una misma, regalarse tiempo, algo muy valioso hoy en día. Imaginaos reservar una habitación de hotel un par de días para vosotras: descansar, desconectar de las obligaciones, del estrés que suponen los niños, la que los tenga, liberarse de la carga del trabajo, de pensamientos nocivos... Una noche reparadora y un despertar plácido. Un desayuno en la cama. Una sesión de yoga, quizás.

—Lo que nos lleva al segundo plano —intervino Jan—. Unas posturitas matutinas de estiramientos en la habitación: buena iluminación, algún reflejo de luz natural... El culto al cuerpo siempre conectado con la mente.

—Perfecto, Jan —Lola pasó tres láminas esta vez, que su audiencia recibió con expresiones mucho más receptivas que en el caso anterior—. Aquí tenemos tres propuestas más.

—¡Me flipan! —Alessia estalló la burbuja del murmullo que se empezaba a formar por la sala—. ¡Este, este! ¡Yo voto por este!

—Gracias, Ale —rió de buen gusto Lola—. Alessia opta por un conjunto de estilo *ballerina*. Este en concreto es simplemente un *maillot* en un tono blanco empolvado y unos calcetines similares a unos calentadores de hilo muy finos. Sin faldas, sin zapatillas, nada recargado. Candice baila y podría realizar algunos estiramientos frente al ventanal de la habitación. Las vistas son impresionantes.

—¡Sí, sí! ¡Este! —Alessia miraba a Silvia y a Olivia, a Olivia y a Silvia, con intención de convencer quizás al jurado más exigente.

—Pero tenemos dos opciones más —recordó Lola—. Ambos son conjuntos de mallas y top deportivo, un concepto mucho más *fitness* que el anterior. Como veis, ambos llevan estampado pero en tonos bastante dulces: azules, aguamarinas, malvas... Sea como sea, la idea es siempre preservar la armonía de un ambiente relajado, tranquilo, necesario para la salud no solo física sino mental.

—Preciosos los tres, Lola. Buen trabajo —Silvia sonrió abiertamente a la muchacha, que agradeció el gesto devolviéndole la sonrisa.

—Tercer plano, pues —Jan retomó su retahíla—. ¿Qué viene después del ejercicio? Efectivamente, la ducha.

—Oh, sí —Alex intervino por primera vez, guiñándole un ojo a su compañero.

—¡Chicos! —Silvia les reprendió como si fueran niños, sin esconder, no obstante, una mueca divertida. El ambiente en la sala era claramente amistoso y distendido, lejos de la típica estampa hollywoodense de las

películas americanas que representase una redacción de una gran cabecera de moda.

—Como iba diciendo antes de la interrupción claramente lasciva de aquí mi compañero, nos centraremos después en un plano en el baño de la *suite*. Si no me equivoco, nada de ducha. Lola es muy fan de las bañeras.

Las palabras de Jan le transportaron de pronto a aquella mañana que amaneció en su piso, después del incidente en el 230 Fifth, y en el baño de espuma y música *chill out*. Lola notó cómo el rubor tintaba sus mejillas sin poder hacer nada por remediarlo.

—Nada de ducha. Llenaremos la bañera de espuma y recrearemos el momento de mayor desconexión del día. Mi idea inicial es colgar cerca de la bañera el kimono que podéis ver en la siguiente imagen —pasó de nuevo una lámina a Alessia, que tardó bastante en ceder al resto de sus compañeros— y un par de zapatillas también de aire oriental. Ambos me los regaló una amiga que visitó Japón hace un par de años.

El kimono era una pieza exquisita, largo hasta los pies, de manga japonesa. El blanco roto de la suave tela estaba salpicado de flores de colores y finas ramas que conectaban el conjunto del diseño. Todos los presentes estuvieron de acuerdo: era una prenda digna de portada.

—Por orden lógico de acontecimientos —prosiguió Jan— tenemos a una mujer que ha despertado descansada, ha hecho sus estiramientos, se ha dado un baño y ahora le toca desayunar. Yo opto por la típica imagen del desayuno en la cama, no suele ser lo habitual en el día a día de una mujer terrenal, como diría Lola, pero le puede dar el punto idílico y aspiracional que también buscamos. ¿Qué os parece?

—No me parece mala idea —apuntó ella, a la espera de que Silvia y Olivia dieran el consentimiento final—. ¿Tenemos alguna otra imagen del momento desayuno?

—¿Y a la mesa, con un gran bufet, leyendo el periódico, a lo Julia Roberts en *Pretty Woman*? —apuntó la joven que se encargaría del maquillaje.

Todos se miraron, dubitativos.

—Está claro que lo más cómodo es comer a la mesa, en la cama es muy bonito pero no sé si es lo más realista —dudó Olivia.

—Por otro lado, quizá queremos darle ese punto de mimos y cuidados del que hablaba Jan —matizó Alessia—. Al fin y al cabo, una no reserva todos los días un par de noches de hotel para darse un capricho.

—¿Y si...? —pensó Lola en voz alta—. Creo que lo tengo.
Todos la miraron, expectantes.

—Desayunamos a la mesa, bufet y periódico incluido, si queréis, y en el desayuno siguiente leemos en la cama. Así tendremos todo lo que buscamos: cultivamos el cuerpo y la mente. Un desayuno ejemplar y un buen libro recostada en la cama más tarde.

Los segundos de silencio siguientes sirvieron para madurar la idea en las mentes pensantes de los allí reunidos. Todos parecieron estar de acuerdo con la propuesta de Lola y confirmaron un estilismo más.

—Entonces, pantalón de chándal tipo *boyfriend*, por ejemplo éste, en gris marengo —apuntó a una de las fotografías— y camiseta de algodón blanca. Eso si no deci—dimos seguir con el kimono durante el desayuno, que sería nuestra primera opción.

—Exacto —afirmó Olivia—. Y no olvidemos lo más importante: los planos cortos, sobre todo, deben estar cuidados al milímetro. La piel debe verse muy, muy hidratada, el maquillaje sutil, natural, luminoso. Queremos enfatizar la idea de salud física, psíquica y todo tipo de salud que nos sea humanamente posible recrear. La piel lo es todo y es un fiel reflejo de muchas otras cosas.

—Sin problema —añadió la maquilladora—. Lo tendremos especialmente en cuenta.

—¿Qué nos faltaría, pues? —preguntó Olivia, a modo de resumen.

—En principio, esto sería todo —afirmó Jan.

—Con las imágenes que hemos comentado tendríamos la idea que buscamos —intervino Alessia, que se encargaría de redactar la entrevista con Candice—: una mujer que se regala un día para ella, tiempo, energía, salud. Un aislamiento positivo, un primer deseo para un año que comienza: priorizarse.

—Señoritas, señores... —Silvia se puso en pie—. Lo tenemos.

CAPÍTULO 16

Las vistas desde Dumbo eran indescriptibles. Aquel punto en Brooklyn reunía todas las características para conformar un encuentro de ensueño. Y allí estaba Lola, sentada en una de las terrazas más sofisticadas de Nueva York frente a un hombre que apenas conocía pero que indudablemente le atraía y le ponía los nervios a flor de piel. Tanto como para que se le hubiera cerrado el estómago veinticuatro horas antes ante la expectativa de aquella cita.

Y es que Paul era, precisamente, pura expectativa.

—Impresiona, ¿eh? —el muchacho leyó la expresión sobrecogida entre las líneas que enmarcaban la mirada de la joven.

Lola no pudo más que asentir, a sabiendas que él no entendería el verdadero alcance de aquella afirmación. Todo cuanto sentía desde hacía demasiado tiempo impresionaba mucho más de lo que hubiera sido capaz de expresar en aquel momento.

—Podría contemplar el *skyline* de Manhattan mil veces y siempre sería como la primera vez —acertó a decir.

—Sé lo que Nueva York provoca —Paul hizo una breve pausa, observando también la majestuosa silueta de la ciudad—. Me siento afortunado. Es mi hogar.

Lola sonrió.

—Siempre había querido venir aquí.

—¿Cuánto tiempo llevas en la ciudad? —preguntó, clavándole aquella mirada flemática pero profunda.

—Tres años, más o menos.

Paul entornó los ojos ligeramente. Cualquier signo de expresión en su rostro resultaba prácticamente imperceptible. Lola estaba casi segura de que nadie habría captado siquiera aquel fugaz matiz en el modo de mirarla ahora. Excepto ella. Ella se había sumergido de lleno en las profundidades de aquellos iris cambiantes y en la vibración de su color indefinido. Y quiso leer en ellos cualquier mensaje que lo delatara, que lo hiciera más terrenal, menos misterioso.

Uno de los camareros, de blanco impoluto, se acercó a la mesa y colocó

entre la pareja la *shisha* más extraña, increíble y sofisticada que Lola hubiera visto nunca.

—¿Qué quieres beber? —preguntó él.

—Vino blanco, por favor —Lola apartó la mirada de aquel elemento casi mágico y sonrió, amable, al camarero.

—Para mí lo de siempre, gracias —añadió Paul, con un breve asentimiento.

Cuando se quedaron solos de nuevo, Lola señaló la extraña urna de cristal y titubeó un poco.

—¿Eso es...?

—Un pez, sí.

Al levantar la mirada, sus ojos se clavaron directamente sobre lo que parecía una curva sutil y ascendente en los labios del muchacho. La expresión atónita de Lola debía de parecerle divertida.

—Pero... ¡Está vivo!

Paul tomó una de las dos mangueras que sobresalían de aquella especie de medusa de cristal y ocultó de nuevo su sonrisa tras la boquilla, aspirando con suavidad y exhalando a continuación una densa bocanada de humo blanco. A Lola aquella imagen se le antojó exótica, sensual. Él volvió a aspirar una segunda vez y ella se concentró en el movimiento de su pecho, que ascendió lentamente, como si estuviera respirando un aroma agradable y placentero. Cuando espiró, Paul entornó ligeramente los ojos y, como en un acto reflejo, Lola respiró aquel humo que los envolvió durante unos pocos segundos, preguntándose si sabrían así sus besos. A sandía y a menta.

—¿Has fumado alguna vez? —Paul le ofreció la manguera que pendía del lateral de la *shisha* más cercano a la joven.

—No —Lola sintió de pronto cómo el calor atacaba sus mejillas. Aceptó la invitación del muchacho y notó un nudo de nervios en la boca del estómago—. Nunca lo he probado.

—Siempre hay una primera vez —Paul fumó de nuevo, esta vez sin apartar la mirada de la de la joven durante el proceso—. Aspira suave, no tengas prisa. Disfrútalo.

Lola sintió la vibración de cada sílaba en aquella última palabra. Se sentía aterrada ante lo desconocido, por saberse alejada de su zona de confort aquella noche. Tomó la manguera con suma delicadeza y presionó sus labios sobre la boquilla.

Aspiró, temerosa, hasta que sintió el humo haciéndole cosquillas en la

garganta. Al intentar expulsar el aire se atragantó y tosió con fuerza, justo en el momento en el que el camarero llegó con su copa de vino. “Estupendo”.

Paul le acercó la copa y sonrió por fin.

—Ya te irás acostumbrando.

Resultó ser cierto. Aunque no pudo desprenderse del todo de aquel nudo de nervios en la boca de estómago, sí logró relajarse un poco y disfrutar de su primera vez. Apreció con más intensidad las luces de la ciudad sobre el espejo acuoso del río y la compañía que tenía frente a ella esa noche. Habló poco, muy poco, y prestó toda la atención posible a su interlocutor, que le instruyó sobre el maravilloso y desconocido mundo de las *shishas*.

—Esta es mi favorita —apuntó—. Este tipo de cachimba la fabrica una empresa de la República Checa llamada Meduse. Elaboran modelos totalmente artesanales y con un diseño único y exclusivo. Todas tienen su propio número de serie.

Lola escuchaba mientras observaba hasta el último detalle de aquel objeto que a él le resultaba tan especial.

—Existen seis líneas distintas, éste es el modelo Mirage —hizo una pausa para aspirar de nuevo, con calma, y expulsar todo el vapor de sus pulmones en forma de una espesa nube blanca que cada vez olía más dulce—. Su concepto está inspirado en las profundidades del mar, de ahí el nombre.

—¿Todas tienen peces dentro? —Lola seguía fascinada los movimientos casi hipnóticos de aquel pequeño animal atrapado en una minúscula pecera improvisada.

—No, he elegido esta porque sabía que te gustaría especialmente —Paul la miró de nuevo con ojos ilegibles.

—Oh... —Lola no pudo evitar volver a sonrojarse un poco. Volvió a desplazar la mirada hacia la medusa de cristal—. ¿Y la fruta también es exclusiva de este modelo?

—Exacto. Esta lleva fresas, manzana y hojas de menta. Algunos modelos no tienen tanta capacidad en la base ni efectos luminosos. ¿Ves el color aguamarina que emite?

—Es preciosa —la muchacha recorrió con la yema de los dedos la base de cristal, de arriba a abajo y viceversa, deteniéndose unos segundos sobre los pequeños haces de luz verde—. Nunca pensé que algo así pudiera ser tan bonito.

—Siempre he querido tener una de estas —Paul dejó la manguera sobre la mesa, también de cristal, y tomó un sorbo de su copa.

Aquello la desconcertó.

—¿No la tienes? —Lola lo miró, un tanto sorprendida.

—No tengo el placer, no.

La siguiente bocanada de humo, directa de los labios de Paul, sumió a Lola en un nuevo pensamiento. Dada la admiración del muchacho por aquel exótico objeto y sus evidentes posibilidades económicas, había asumido que ya tendría una de aquellas cachimbas en su poder. ¿Residiría su encanto en no disfrutarla siempre que quisiera? ¿La valoraría especialmente en ocasiones como aquella, en una noche casi perfecta, en buena compañía?

Fuera como fuese, no cabía duda de que a Paul le encantaba aquel objeto. Sus líneas, su mensaje, sus connotaciones. ¿Cómo reaccionaría si de pronto tuviese una en sus manos? ¿Cómo se sentiría si dispusiera de un número único, solo suyo, solo pensado para él?

Una fugaz sensación casi eléctrica sacudió cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Lo sintió apenas unos segundos, pero le bastó para reconocer el anhelo ante la perspectiva de concederle aquel deseo. Era plenamente consciente de la incoherencia de aquel pensamiento, pues apenas se conocían, pero quizás algún día tuviera la ocasión de regalarle algo tan especial. Y fue así, de la manera más inesperada, frente a un aguamar de cristal, cuando reconoció aquella sensación que llevaba meses dormida, latente en las profundidades de su inconsciente. Reconoció su sabor. La ilusión tenía un toque refrescante y esperanzador.

Ilusión.

Paladeó cada sílaba y sonrió. Imaginar la expresión del muchacho le hizo feliz, la sorpresa en sus ojos enigmáticos y una sonrisa en aquellos labios que sellaban de—masiadas palabras que morían injustamente, coartadas de libertad.

Quizás algún día pudiera llegar a hacer algo así por él.

—¿Piensas volver a España? —la voz de Paul sonó demasiado cerca, demasiado real.

—Volveré en unos días —sonrió—. Mi hermana se casa y quiero ayudarle con los preparativos. Sentará bien estar de vuelta, especialmente en Navidad.

—Buenas noticias, entonces —Paul levantó la copa a modo de brindis e invitó a Lola a hacer lo mismo—. Por tu vuelta a casa.

Justo cuando el vino rozó los labios de Lola, Paul hizo una de las preguntas más inesperadas de la noche:

—¿Y tú? ¿Eres de las que quieren casarse?

Esta vez Lola no intentó ocultar su sorpresa. Aunque consiguió controlar un ataque de tos, no pudo hacer nada por frenar aquel maldito rubor que atacaba constantemente sus mejillas. ¿Cómo podía enfrentarse *ella* a una pregunta como *esa*? Sopesó rápidamente las ventajas de contestar como si se tratara de un tema de lo más trivial, pero decidió que no había nada de malo en mostrarse como la mujer real que era. Le parecía inmerecido que en pleno siglo XXI las mujeres se sintieran temerosas de expresar sus sentimientos frente a un desconocido por el que se sentían atraídas.

—Por supuesto. Casarme es una de mis grandes ilusiones —su voz sonó firme y natural.

—Yo no creo en el matrimonio. No creo que llegue a casarme nunca.

Lola contuvo la respiración un instante. En una realidad paralela cerró los ojos y maldijo la desconfianza en el amor en voz alta. Muy alta. Sin embargo, tomó su copa y, al acercársela a los labios, respondió con un ademán de indiferencia.

—¿En serio? —el frescor del vino le acarició la garganta. Estaba exquisito—. Pues yo lo tengo claro. No creo que vaya a formar una familia, pero sí sé que me casaré y mi pareja será mi familia.

—Puedo vivir perfectamente en pareja sin necesidad de formalizar la relación mediante un trámite legal. Me parece innecesario.

—Muy romántico.

Ambos sonrieron y dieron por finalizada aquella conversación.

Paul a duras penas dejaba la manguera de la cachimba sobre la mesa. Fumaba relajado y abstraído, escuchando a Lola y reflexionando sobre los temas de conversación que surgían sobre la marcha, principalmente como consecuencia del nerviosismo de la muchacha y de su miedo irracional al silencio.

Aquella noche Paul le habló de su círculo de amigos, le mostró fotografías de todos ellos y pusieron en común anécdotas curiosas que ambos habían vivido con las personas que mejor les conocían. Hablaron un poco menos sobre trabajo y un poco más sobre sus respectivos círculos sociales y familiares. Así fue como Lola descubrió que el joven procedía de una familia de artistas entre cuyos miembros destacaban profesionales de la danza, el teatro e incluso yoguis consolidados. Presumía de todos aquellos a quienes admiraba y de la filosofía de vida que le habían inculcado.

Como la primera vez que se vieron a solas en el Highline, a Lola no le

pasó inadvertido que volviera a mencionar su “peculiar” manera de ser. Paul creía que era distinto a los hombres de su edad, de hecho, creía que era distinto a cualquiera, a la tónica que imperaba en la sociedad en la que vivían.

—¿Qué hay de distinto en tu forma de pensar? —quiso indagar ella.

—Para empezar, no creo en la suerte. Es un concepto que detesto.

—¿No te consideras una persona con suerte?

—Simplemente acepto que todo lo que soy, y por supuesto todo lo que he logrado en la vida, ha sido fruto de trabajo, esfuerzo e inteligencia. Nada es fortuito. Tengo lo que merezco.

Lola sonrió. Había leído mucho sobre aquella filosofía.

—¿La famosa ley de la atracción?

—Algo así —Paul no profundizó sobre los pilares que sostenían su conducta y Lola no inquirió más.

Sin un gesto previo por parte de ninguno, el mismo camarero que les había servido se acercó a su mesa y rellenó la copa de vino de la muchacha. Lola sonrió, complaciente, al amable joven vestido de blanco.

—Está delicioso —se mojó los labios y disfrutó del perfume afrutado de aquel vino desconocido.

—Me alegro —susurró Paul, atento a los movimientos de la joven.

Lola lo miró a los ojos. Le daba la sensación de que había una tensión extraña entre ellos. El mensaje era similar al de un jeroglífico: aparentemente enrevesado pero descifrible, al fin y al cabo. Quería interpretar interés, curiosidad y, por qué no, quizás un poco de deseo. Se sostuvieron la mirada unos instantes. Poco a poco, la sonrisa de Lola fue haciéndose cada vez más evidente.

—Hay algo en ti que me llama la atención —espetó Paul, todavía sin apartar su mirada de la de la joven.

—¡Sorpréndeme! —Lola sintió de nuevo la maraña de nervios enredándose en la boca del estómago.

—Siempre sonríes.

Ante aquel comentario, Lola no pudo más que echarse a reír.

—¿Ves? —Paul sonrió también, como si aquel gesto resultara contagioso—. Es bonito. Podría ser tu mejor cualidad.

—Nunca lo había pensado —incluso su voz sonrió por sí sola—. Pero sí, supongo que es cierto.

Otro de los camareros se acercó a la mesa para cambiarles el carbón de la cachimba. El pececillo seguía nadando en círculos, inquieto. Lola se

preguntó si sería consciente de la situación que estaba viviendo esa noche. La mera idea le resultó divertida.

—Oye... —vaciló ella cuando el intruso se hubo alejado—. El otro día me preguntaste por qué no tenía pareja, pero yo no pregunté por qué no la tienes tú.

—Ni la tengo, ni quiero tenerla —Paul se encogió de hombros.

Aquellas palabras sonaron como cuando un objeto pesado se estrella contra un muro de hormigón. El tono había sido un tanto duro. Seco. Lola tuvo la sensación de que le había mandado una advertencia. Un mensaje claro.

La expresión de la muchacha debió de reclamar, sin pretenderlo, algún tipo de explicación adicional.

—Ahora me van bien las cosas. El restaurante es un éxito, tengo buenos amigos con los que divertirme y no quiero ataduras ni preocupaciones.

Paul hizo una pausa y agarró la manguera de la *shisha* de cristal. Al espirar, el humo que los envolvió fue mucho más blanco y denso fruto de la nueva pastilla de carbón que alimentaba el tabaco de sandía y menta. Aquel aroma endulzó un poco las palabras del joven.

—Bueno, son etapas —Lola sonrió de nuevo—. ¿Qué prisa hay?

—Ninguna, claro —Paul cedió la manguera a Lola, que la recibió con cuidado, temerosa de rozar la mano de su acompañante.

La muchacha presionó la boquilla con los labios y aspiró, esta vez de manera natural, demasiado consciente de aquella conversación como para prestar atención a sus propios movimientos. Esta vez el sabor fue especialmente intenso, dulce. Incluso el humo en su boca se le antojó agradable. Juraría que había cerrado los ojos ligeramente al exhalar. “Disfrútalo”.

—El caso es que ahora tengo cuanto quiero, pero sé que en el futuro las cosas irán aún mejor. El Rekon se habrá consolidado como uno de los mejores restaurantes de toda la ciudad, seguramente habré lanzado varios proyectos en los que estoy trabajando y seguiré siendo lo suficientemente joven como para disfrutar al máximo de un momento tan dulce.

—Muy prometedor —apuntó Lola, reclinándose sobre la mesa.

—Lo es —el lenguaje corporal de Paul respondió al de la muchacha, solo que en el sentido contrario—. Lo que quiero decir es que entonces necesitaré una pareja mucho menos que ahora. Quiero disfrutar de todo esto.

Lola sonrió. Para su sorpresa, lejos de sentirse frustrada, las palabras de Paul le resultaron inocentes. Aunque debía admitir que aquel era un

mensaje ciertamente infantil, no ponía en duda la veracidad del planteamiento del muchacho. Después de tanto trabajo quería (y merecía) nadar en las mieles del éxito. Por supuesto que eran jóvenes. Por supuesto que tenían todo el tiempo del mundo para divertirse e invertir sus primeras fortunas en sí mismos, en su familia y sus amigos. Lo infantil de todo aquello residía en la ignorancia de la verdadera ley de la atracción. La atracción de la lógica y del curso natural de las cosas. Suspiró.

Quiso pensar que el hombre que tenía frente a ella sería una de esas personas que termina sucumbiendo al amor, a la estabilidad de un hogar, al calor de una familia. Tiempo al tiempo. Estaba convencida de que entonces incluso el matrimonio le parecería una idea menos arcaica. Más vivificante.

—¿De qué te ríes? —preguntó Paul, de pronto.

—¡Perdona! —ni siquiera se había percatado de que en su rostro se hubiera dibujado una mueca divertida—. Tienes toda la razón. Me parece estupendo.

Tuvieron tiempo de tomar una copa más, de disfrutar del animado ambiente de la terraza y de las mejores vistas de la isla. También parecieron deshacerse por completo de cualquier tensión o nerviosismo que flotara en el ambiente.

—La verdad es que estoy un poco mareada —confesó Lola entre risas.

— Es normal, no estás acostumbrada —respondió él, levantándose y acercándose a la muchacha—. ¿Nos vamos?

Lola se puso en pie ayudándose de la mano que Paul le ofrecía con delicadeza. Se aseguró de mantener un perfecto equilibrio sobre sus tacones. Aquella noche había elegido un vestido rojo, largo y vaporoso, de aire informal. Iba abotonado en el centro y lucía una apertura por encima de la rodilla que dejaba entrever sus botas de caña alta. Muy pocas mujeres vestían con colores llamativos en aquella isla, por lo que el carácter mediterráneo de Lola no pasaba precisamente desapercibido.

—¿Qué te apetece hacer? —preguntó el muchacho cuando hubieron salido de aquella mágica terraza.

—¿Qué opciones tenemos?

—Es la una y media de la mañana —apuntó Paul, echando un vistazo a su reloj—. A estas horas, o nos vamos de fiesta o nos tomamos una copa en casa.

A Lola se le escapó una risita inocente. De pronto aquella segunda opción le pareció la más apetecible del mundo.

—¡Lástima! Me he dejado los zapatos de baile —y acto seguido se agarró del brazo del muchacho, al que arrancó una media sonrisa, de aquellas que parecía intentar ocultar.

Caminaron por las calles de Brooklyn sin prisa, charlando sobre los lugares donde solían salir a tomar unas copas y sobre las fiestas privadas que Paul organizaba con sus colegas, entre ellos futbolistas, empresarios y algún que otro amigo de la infancia. Hacía frío y Lola se detuvo un instante para subirse la cremallera del abrigo hasta el cuello. Con toda la naturalidad del mundo, volvió a agarrar al muchacho del brazo, que la estrechó ligeramente contra él sin apenas cambiar su semblante.

—¿Puedo preguntarte algo? —Lola caminaba concentrada en sus pasos, todavía algo mareada.

—Dime.

—¿Siempre eres así de serio? Quiero decir, ¿también con tus amigos?

—Yo no soy serio —Paul la miró de reojo, sin detener el paso.

—Hombre... —Lola emitió una risita incrédula—. Yo diría que un poco sí.

—Me gusta mantener las distancias, pero eso no quiere decir que sea una persona seria. En el Rekon, por ejemplo, no tengo una relación estrecha con los trabajadores, pero me llevo bien con todos ellos.

—¿Eres un jefe gruñón? —de alguna manera, a Lola le divertía la situación.

—Para nada. Pero no puedo estar bromeando con personas que trabajan para mí y a los que posiblemente tenga que reprender en algún momento. Quiero mantener ese tipo de respeto.

Caminaron poco más de diez minutos hasta que llegaron a un edificio de ladrillo de aspecto industrial. Paul vivía en una de zonas más privilegiadas de Brooklyn y podía presumir, sin duda alguna, de disfrutar de las mejores vistas del *skyline* de Manhattan.

—Ponte cómoda —sugirió el muchacho cuando hubieron entrado en el salón.

Sin embargo, Paul no le enseñó el resto de la casa, simplemente le invitó a pasar y le sirvió otra copa. El salón era espacioso, pero Lola no prestó demasiada atención a los detalles. Algo le decía que no tenía el derecho a conocer más de lo que él quisiera que conociera. Ni siquiera le indicó dónde estaba el baño ni cuál era su habitación. El muro invisible e infranqueable que le rodeaba era arrollador.

Arrollador e irresistible. Lola sentía una atracción extrema hacia él y era plenamente consciente del efecto que creaba en ella. Hacía muchísimo tiempo que no sentía el deseo de besar a alguien tan rápido, de pasar horas mandándole mensajes, de desvelarse ilusionada ante la expectativa de conocer más sobre una persona que aunaba todo lo que le parecía importante en la vida.

No pasó mucho tiempo hasta que por fin se besaron. No fueron besos apasionados, como lo habían sido los de Jan, sino que fueron besos lentos y cargados de prudencia. Como si temieran que el roce de sus labios pudiera dar paso a las caricias. Como si las caricias fueran a dar paso al desnudo. Como si el desnudo pudiera comprometerles a un vínculo demasiado íntimo, demasiado real.

Lola sonrió al separarse ligeramente del muchacho. Empezaba a no temer la realidad. Empezaba a abrazar la posibilidad de aceptar las cosas tal y como fueran sucediendo. No se sentía dueña de su destino como tampoco empezaba a sentirse víctima de sus errores. Más bien se sentía como un diente de león que danza por el aire sin rumbo fijo, ligero, sin preocuparse de hacia dónde le lleva el viento, sabedor de que hallará un lugar donde será recibido con la ilusión de un deseo por cumplir.

—Qué suave estás —Paul acarició la piel que asomaba bajo la apertura de su vestido rojo.

—Gracias —acertó a contestar ella antes de besarle de nuevo.

Él le devolvió el beso antes de dirigirse hacia un extremo de la estancia. De repente, el salón se llenó de la voz de Chris Brown y de *Autumn Leaves*.

—Me encanta esta canción —apuntó ella.

Lola supuso que aquel desconocido acertó a leer su expresión y quizás alcanzó a entender también el enorme espacio que gritaba entre las líneas de su silencio.

Lo que no supo jamás fue de dónde había brotado el sabor a óxido y a hiel que le impregnaba la lengua apenas un par de horas después, justo en el momento en que su taxi cruzaba el puente de Brooklyn, camino de Manhattan, con el móvil en la mano, los ojos clavados en la pantalla y un desconcierto total envolviéndolo todo.

Volvía a dar palos de ciego en la historia de su vida sin entender todavía lo útiles que le serían después.

CAPÍTULO 17

Amaneció dándole vueltas a la cita con Paul. ¿Qué demonios había pasado? Apenas le había dirigido la palabra desde que empezaran a besarse. Incluso le había pedido que se marchara antes de que llegara un compañero de trabajo que necesitaba dormir allí aquella noche. Como si fuera inconcebible invitarla a pasar la noche con él. Como si... Lola sintió una punzada extraña en el pecho. Como si de pronto le molestara su presencia.

No quería siquiera pensar en el sexo. Nunca le había pasado aquello antes. Claro que era perfectamente lógico. Paul era el primer chico con el que se acostaba sin conocerlo prácticamente de nada. Ni siquiera con Jan había sido tan forzado. Jan era un amigo con el que atesoraba una relación de amistad. Lo de Paul...

Nunca se habría decidido a dar un paso así de no ser por la extraña atracción que sentía hacia el muchacho. Y por las largas conversaciones de los días anteriores. Le gustaba. Le había hecho sentir algo distinto, algo agradable. Y ahora se sentía mal consigo misma simplemente por haber hecho algo del todo natural. Notaba una sensación extraña en el pecho. Si analizaba los acontecimientos se sentía avergonzada. ¿Había ido demasiado rápido? ¿Le habría hecho pensar que quería algo más serio? ¿Se había arrepentido de invitarla a su casa y no había sabido cómo deshacerse de ella?

Fuera como fuese, el sexo había sido un fraude. En ese momento deseaba con todas sus fuerzas haber esperado, haber tenido la certeza de que él se sentía tan atraído como ella. Pero... ¿Acaso no era así? Desde luego lo había parecido durante la cita. ¿Había dicho algo que le hubiera molestado? Tenía que haber sido eso. Había corrido demasiado. No había sabido ocultar todo aquello que emanaba por sus poros cada vez que tenía delante a una persona que le gustaba, que le hacía sentir un mínimo de ilusión.

Llevaba dando vueltas en la cama un par de horas. La luz no era demasiado intensa, debía de ser pronto. Había apagado el móvil para no caer en la tentación de mirar la pantalla cada dos por tres en busca de un mensaje que en el fondo sabía que no iba a recibir. Aun así, alargó el brazo y recuperó el teléfono. Estaba en su sitio, sobre la mesilla de noche. Cuando se encendió

y tecleó el número pin esperó unos segundos. Nada. Ni mensajes, ni llamadas perdidas. Nada.

Se recostó de nuevo sobre los almohadones y cerró los ojos. Analizó la situación, algo muy propio en ella y muy poco recomendable para la salud mental. habían llegado a casa de Paul, habían tomado una copa, se habían besado en el sofá y habían acabado acostándose allí mismo, sin demasiados besos, sin demasiadas palabras, sin demasiada conexión. De repente, y sin llegar a comprender por qué, Paul había decidido frenar y dar por terminado el encuentro. Sin más. Sin excusas, sin explicaciones, sin nada. Se había acomodado en el sofá y le había dejado caer que su amigo llegaría en un rato. Recordar lo rocambolesco de la situación le produjo un escalofrío que le erizó la piel.

Pero... ¿Qué había pasado?

El día se le hizo tremendamente largo. No logró deshacerse de los pensamientos autodestructivos que rondaban su cabeza ni tampoco pudo evitar dejar de idear posibles teorías para justificar el comportamiento extraño del muchacho. Incluso deseó que el fin de semana terminara cuanto antes y poder zambullirse de lleno en el ajetreo de la semana, que apenas le dejaba tiempo para pensar en otra cosa que no fuera trabajo.

No le apeteció ver a nadie, ni siquiera a Alessia. Comió algo rápido y pasó la tarde sentada en un banco de Central Park, a ratos consciente de lo afortunada que era por tener la posibilidad de disfrutar de una estampa tan idílica, a ratos obcecada en su mala suerte. Para cuando se encendieron las primeras luces y farolas que iluminaban las calles de la ciudad ya había decidido mandar un mensaje a Paul y dejar de darle vueltas a algo que quizá tenía una explicación más lógica y racional de lo que ella podía concebir.

“Ey, ¿todo bien? No sé por qué anoche frenaste las cosas, pero por mi parte todo OK. Un beso”.

Ni se releyó el mensaje ni le dio demasiadas vueltas a la elección de las palabras. Estaba cansada y solo quería volver a los mensajes de antes, a las horas de conversaciones sobre cualquier cosa, al flirteo, a las mariposas en el estómago con cada vibración del móvil.

“¡Hola! Todo bien. No frené nada, no te preocupes. Tenemos que volver a vernos, todavía necesito alguna clase de estilismo”.

Así, sin más. Sencilla y rápidamente. Así se dio cuenta Lola de lo preocupante que era cómo su estado de ánimo dependía siempre de terceras personas, de cómo la trataran, de cuánto cariño y atención le dedicaran. Le costó apenas unos segundos sonreír, suspirar y sentir cómo cada músculo de su cuerpo se relajaba. Incluso sintió la necesidad de echarse a reír, aliviada. Y todo por una simple respuesta que, por otro lado, se merecía.

Inspiró profundamente. Aceptó que todo cuanto viviera a partir de entonces, inclusive todo lo vivido durante las últimas semanas, iba a ser nuevo, extraño y muy probablemente en más de una ocasión iba a hacerle sentirse fuera de su zona de confort. Sin embargo, debía admitir que lejos de asustarle le gustaba la idea. Muchos de sus libros de psicología versaban sobre aquello. Uno debía retarse constantemente a salir de su zona cómoda, de su círculo de seguridad. Era bueno para la salud mental y seguro que también para el alma.

En lugar de encerrarse en casa decidió tomar el aire y disfrutar de la magia de la noche de Manhattan. Aunque ya hacía frío a aquellas alturas del año, la ciudad siempre tenía un encanto especial iluminada por miles de millones de vatios. La luz acompañaba las veinticuatro horas del día y nunca se tenía la sensación de estar completamente solo en aquella jungla de edificios inmensos y calles humeantes. Estaban a finales de noviembre y la decoración navideña adornaba ya los escaparates y emitía esa aura de magia e ilusión propia de las fiestas más familiares y significativas del año. Pronto se celebraría acción de gracias. Pronto volvería a casa para reunirse con los suyos.

Recordó la mañana, tres años atrás, en que despertaron aturdidos por un alboroto animado proveniente de la calle. Ella se despertó primero y, extrañada, se levantó con sumo cuidado de no despertarle a él. Se acercó a la ventana y atisbó una muchedumbre que con aire festivo portaba globos, pancartas y disfraces. No habían sido conscientes de que aquel era uno de los días más importantes del año para los habitantes de aquella isla. Acción de Gracias había dejado de ser una imagen típica de las películas americanas para hacerles partícipes, juntos, de algo increíble. El desfile de Macy's se prolongó toda la mañana por la Sexta Avenida, curiosamente donde ahora vivía Lola. La música, las carrozas y los disfraces amenizaron una estampa, como poco, pintoresca de ver para dos españoles cuya única familia aquel día eran el uno para el otro. Hicieron un millón de fotos que más tarde enviarían a sus padres, hermanos y amigos, e incluso vivieron una auténtica cena de

thanksgiving con la familia de una pareja de amigos que habían conocido en los primeros meses en Manhattan.

Lola sonrió. Dos españoles celebrando Acción de Gracias en Nueva York, nada menos, hospedados por una familia de italianos. “Cuántos capítulos que contar”.

Como de costumbre, Lola aparcó los recuerdos a un lado. Eran las diez de la noche y la Sexta Avenida parecía un hervidero de jóvenes ataviados con sus mejores galas, parejas que paseaban de la mano y turistas todavía cargados de bolsas en ambas manos. Cuando llegó a la altura del Rockefeller Center se detuvo y admiró su grandeza. Uno podía vivir durante meses, incluso años, en aquel lugar y no dejar de maravillarse nunca ante la inmensidad de sus proporciones, la opulencia de sus edificios y los mágicos contrastes de los que presumía prácticamente cada rincón de la ciudad.

Familias enteras patinaban de la mano en la pista de hielo custodiada por ángeles dorados: padres e hijas con gorritos a juego con sus vestidos, enamorados, jóvenes deportistas alardeando de una técnica impecable... El gran iluminado del árbol de Navidad se produciría allí mismo en apenas unos días y millones de personas visitarían aquel mismo lugar antes de terminar el año. El mero pensamiento de dar fin a aquel año le insufló un soplo de esperanza y dio fuerza a la perspectiva de que a partir de entonces todo sería mejor. Más fácil.

Llegó a casa con la sensación de haber despejado la mente y desentumecido los músculos de su cuerpo. El paseo había sido reparador y ahora sentía el hormigueo que le había producido el rechazo de Paul en una capa más superficial de la piel. Acertó al pensar que una ducha caliente conseguiría eliminarlo del todo. Una vez en la cama, al descansar entre los mullidos almohadones, sonrió por haberlo conseguido.

Noviembre llegó a su fin y el día uno de diciembre Lola vivió uno de los capítulos más dulces de su etapa en Nueva York. La producción para NZ Magazine con Candice Swanepoel fue tal y como habían previsto, todo un éxito. Alessia estaba totalmente segura de que ninguna otra cabecera del sector enfocaría el primer número del año como ellos y de que la portada se recordaría como una de las más icónicas en la historia de la revista, que presumía de una carrera brillante y en sus primeros años de vida nada había

tenido que envidiar a las grandes internacionales. La imagen elegida había sido un plano cerrado de Candice, relajada y un punto angelical, estirada boca abajo sobre la cama de la *suite* y acariciada por la luz natural que atravesaba el enorme ventanal de cristal. El kimono blanco de flores y una expresión relajada en su rostro, apenas maquillado, invitaban a soñar bajo el influjo de un único titular: "*Este año, tú*".

Nada más. La portada era limpia, elegante, acertada. Ninguno de los otros temas rivalizaba con el concepto de aquel ejemplar, nada podía restar protagonismo a un mantra que Lola había prometido repetirse una y otra vez a las puertas de un nuevo año.

Levantó la mirada y se topó con su propio reflejo en el espejo del tocador de su habitación. La imagen de la maleta abierta sobre la cama y los montones de ropa esparcidos alrededor le hizo sonreír. Solo quedaba un día para volver a casa, para dormir en la cama de su infancia, para abrazar a su familia, ver a sus amigos y pasear por la playa. No le había contado a nadie su capricho fortuito con Paul. Nadie sabía de la existencia de sus mensajes, de sus citas y su agrídulce encuentro. Algo en sus entrañas le decía que sería un secreto que guardaría para ella misma, que la incertidumbre de su silencio y su actitud escurridiza no harían mella en ella si no verbalizaba que le estaba carcomiendo por dentro. Lola creía en la buena fe, en la naturaleza humana, en lo bonito de las personas. No podía entender por qué alguien cambiaba de parecer sin explicación alguna, sin valorar el revés que suponía en quien lo sufría, en quien no entendía.

"Ya lo irás viendo".

Apartó aquel pensamiento de un manotazo y se centró en terminar la maleta. En unas horas amanecería en once de diciembre, el día en que se alejaría de la gran jungla de asfalto hasta pasadas las fiestas navideñas. Volvería antes de que terminara el año para despedir un capítulo de su vida marcado por altibajos, noches en vela y días muy, muy largos. Allí era donde debía estar. Allí era donde debía enfrentar sus temores, decir adiós a los lastres que la hundían, a la autocompasión, y recibir con brazos abiertos un nuevo comienzo.

Eso haría.

CAPÍTULO 18

El vuelo duró ocho horas y media, de las que apenas cabeceó un par a pesar de la medicación. Le aterraba volar. Probablemente era uno de sus mayores miedos. Le producía taquicardia, se le aceleraba la respiración y un sudor frío se apoderaba de ella durante todo el trayecto. A diferencia de muchas otras personas, que solamente sufrían de cierto nerviosismo durante el despegue y el aterrizaje, Lola sentía auténtico pavor desde que pisaba la terminal y hasta que las ruedas del aparato tocaban tierra en la pista de destino. Las pastillas de poco servían: el nivel de estrés y de tensión al que se veía sometida era muy superior al que cualquier medicamento pudiera combatir.

Aterrizó en Barcelona a las ocho de la tarde sin grandes complicaciones. En el aeropuerto le esperaban sus padres, su hermana, su cuñado y sus dos mejores amigas. La emoción contenida durante mucho tiempo se tradujo en un torrente de lágrimas que Lola no tardó en contagiar a sus seres más queridos, quienes la tenían lejos y sospechaban que no todo era fácil en la distancia. Después de felicitar personalmente a su hermana y a su cuñado por el feliz compromiso, de abrazarse hasta decir basta y de llorar juntos, subió al coche con sus padres y no soltó la mano de sus amigas hasta que llegaron a casa. Cenaron todos juntos en casa de los padres de Lola, que no dejaban de mirarla con cariño, de regalarle caricias y palabras bonitas. “Qué pelo tan largo tienes, cariño”, le decía su madre. “Ay, mi Lola, cuánto te hemos echado de menos”, repetía su padre sin cesar.

Cenaron pan tostado con tomate, embutido y patatas que se hicieron lentamente sobre las brasas que su padre había encendido en la chimenea horas antes para hacer, si cabe, más cálida su llegada. A Lola aquella estampa se le antojó la viva imagen de la felicidad, el verdadero sentido de la palabra “hogar”. Rieron juntos las bromas de su padre y se sometieron a interrogatorios recíprocos sobre la vida en Nueva York y las escasas novedades de su ciudad natal. Volver a casa era una sensación muy difícil de explicar. Solo habiendo vivido lejos de ella y de quienes te quieren incondicionalmente se puede atisbar una pequeña parte de lo mucho que cala

el hogar en uno, incluso en aquellos que presumen de no echar raíces en ningún sitio, como Lola.

Los días de trabajo duro y los nervios del viaje habían hecho mella en la muchacha, que se sentía realmente cansada, por lo que las chicas se despidieron con un abrazo y prometieron llamarla al día siguiente para tomar un café, esta vez las tres solas.

—¿Estás contenta, cariño? —preguntó su madre al besarla en la frente, como si todavía fuera una niña, a modo de buenas noches.

—Mucho, mamá. No podía pasar las navidades sin vosotros —Lola sonrió, consciente de lo feliz que hacía a sus padres disfrutar de aquellos días juntos.

—Eres como el buen turrón, hija —volvió a besarla de nuevo, esta vez en la mejilla—. Que descanses.

Amanecer en la habitación donde había crecido, en la casa donde se había criado, fue como aliviar una herida que llevaba tiempo escociendo. Aunque había temido que los recuerdos de toda una vida en pareja hicieran acto de presencia allí donde habían compartido 10 años juntos, apenas pensó en él. Antes de salir de la cama se recreó durante un buen rato barriendo con la mirada cada rincón del dormitorio, de una punta a la otra y vuelta a empezar. Se sintió feliz por haberse regalado aquellos días en familia e intentó comprometerse con ella misma en el cometido de prestar atención a sus verdaderas necesidades más a menudo. Ni el trabajo ni su vida en Nueva York eran tan importantes como para dejar pasar tanto tiempo sin ver a las personas que más quería en el mundo.

Justo antes de desmerecerse por enésima vez, la sombra de Paul se proyectó a los pies de su cama como si hubiera volado en su busca más de seis mil kilómetros.

“¿Ya en España?”

El mensaje era escueto y directo. Lo recibió mientras desayunaba con sus padres, su hermana y su cuñado, que habían traído melindros y preparado chocolate caliente a la mañana siguiente de su llegada. Sorprendida y aliviada, Lola contestó sin más dilación de la que pudo soportar.

“Sí, por fin en familia. ¿Cómo estás?”

Teléfonos móviles aparte, las conversaciones a la mesa con los suyos versaron, principalmente, sobre la futura boda de la hermana mayor. La ilusión revoloteaba por aquella casa y se hacía evidente en cada gesto, en cada comentario, en cada sonrisa. En apenas dos días tenían una cita programada en

una de las firmas nupciales favoritas de Jessica, que se sabía ya todo el catálogo de vestidos, números de referencia incluidos.

—Sobre todo, no quiero parecer una magdalena —aquella cantinela no tenía fin.

—Ya sabes lo que dicen —puntualizaba Lola—. Es el vestido el que te elige a ti. Si tienes que ser una magdalena, serás una magdalena.

—Amén —sentenciaba su madre, dando por finalizado el tema.

Durante aquel primer día Lola visitó a sus abuelos, que se deshicieron en cariños y no la soltaron de la mano mientras estuvieron charlando en el sofá, y más tarde se citó con las chicas para ahondar en los detalles de todo lo que se habían contado ya en la distancia.

Paula había sido su mejor amiga desde la infancia. Habían crecido juntas y apenas tenían recuerdos la una sin la otra. Aunque no podían ser más distintas, algún tipo de conexión especial las unía irremediabilmente y se complementaban de una manera casi necesaria. Juntas habían vivido experiencias que nadie, jamás, podría arrebatarles, y aunque nunca habían pasado tanto tiempo separadas, habían mantenido el contacto casi a diario gracias a los interminables audios de WhatsApp en los que se ponían al día de las cuestiones más importantes. Paula era responsable de *marketing* en una gran empresa en Barcelona, pero se estaba planteando hacer un cambio radical y, según ella, aquello pasaba por dejar su trabajo y probar suerte en cualquier otra parte del mundo, costara lo que costara. En aquel momento barajaba opciones como Australia o California, “nada menos”, como decía Georgina cuando sacaban el tema de que su otra amiga también fuera a poner un océano de por medio.

Gina y Lola se habían conocido más tarde, pero su amistad se había forjado como el hierro en muy poco tiempo. Cocinera como ninguna, Gina regentaba un pequeño negocio de *delicatessen* en el pueblo donde las tres se habían criado y todo el mundo la adoraba. Era sociable, dicharachera y una relaciones públicas como ninguna. Vivía con Javier, que antes de ser su pareja había sido el típico amigo de toda la vida. Él la trataba como a una princesa y ella sabía hacerle feliz. Eran una pareja envidiable. Lola nunca olvidaría el gran apoyo que supuso la amistad de Georgina cuando todo su mundo empezó a desmoronarse, tan sola y tan lejos de casa. Gina había cogido el toro por los cuernos, había hablado con él y le había pedido solamente que hiciera las cosas de la manera menos dolorosa para ella.

Todos lo querían y respetaban su decisión, al fin y al cabo, eran también

sus amigos, pero tanto Paula como Gina habrían matado por ella y no habrían dudado un segundo en sacar las uñas y protegerla si hubiera sido necesario. Las adoraba.

—¡Mojito para mí! —Paula se acomodó en los butacones del local donde solían pasar horas charlando, cerca de la playa. Era acogedor y siempre se sentían como en casa.

—Que sean dos —se sumó Gina.

—Entonces kaipiroska, para no perder las viejas costumbres —a Lola los cócteles de aquel lugar de ambiente surfero le parecían los mejores que hubiera probado jamás.

Cuando tuvieron sus bebidas, hicieron la foto de rigor y brindaron por el dulce reencuentro.

—No me puedo creer que ya hayan pasado tres años desde que te mudaste a Nueva York —apuntó Gina.

—Es verdad —contestó Paula—, día a día pasa lento, pero echando la vista atrás, es como si los últimos tres años hubieran pasado volando.

—Pensadlo, hace dos días estábamos tomando el sol en la playa y... — Gina no pudo terminar la frase sin que el coro de sus amigas repitiera con ella — ¡Ya es Navidad!

Rieron porque había cosas que no cambiaban nunca, como la visión catastrófica de Georgina sobre el paso del tiempo y su manía de adelantar los acontecimientos.

—Al menos nos hemos podido ir viendo de tanto en tanto —señaló Lola—. Ya sabéis que vuelvo siempre que puedo, aunque este último año haya sido algo complicado...

El silencio se instaló entre las tres. Paula la miró con aquella expresión suya que preguntaba sin preguntar y que lo ofrecía todo sin necesidad de hablar. Fue Gina la que verbalizó lo que ambas querían saber.

—¿Cómo lo llevas?

Lola suspiró.

—Supongo que mejor —admitió—. Me ha costado mucho.

Como en un acto reflejo, las dos amigas se acercaron un poco más a ella, intentando proporcionarle el calor de un abrazo sin llegar a tocarse.

—Sé que ya hace más de un año desde que no estamos juntos —continuó — y, la verdad, también sé que lo peor ya ha pasado. Me siento un poco más fuerte, pero en el fondo no puedo evitar pensar que, aunque no estaría mal conocer a otras personas, me cuesta imaginar una vida sin él. No creo que

vaya a resultar fácil volver a enamorarme.

—Date más tiempo —sugirió Gina—. Todo el que necesites.

—Lo sé —sonrió Lola—, pero ya me conocéis. La idea del amor, de vivir en pareja, de tener a alguien para siempre... Yo he nacido con eso metido en la sangre, no estoy preparada para enfrentarme a todas esas cosas que hay ahí fuera. No tengo ni idea de cómo empezar.

Pensó en Paul. Aunque sus amigas estaban al corriente de su capítulo esporádico con Jan y estaban completamente de acuerdo en que era un amigo con el que podría contar en las buenas y en las malas, a pesar de haber caído en lo carnal en un momento dado, Lola no les había contado nada sobre el muchacho que le había trastocado los planes durante las últimas semanas. Y no lo mencionó tampoco entonces. Algo en su fuero interno le decía que Paul debía existir solo en su cabeza, sin darle siquiera el trato preferente de exteriorizar todo lo que le hacía sentir.

Atracción, ilusión y desconcierto.

—Algún día te apetecerá permitirte el lujo de quedar con personas con las que tomar una copa, ir al cine, reír, charlar y quién sabe qué más —Paula se pronunció al fin—. Te lo digo yo, que soy la soltera oficial del grupo.

Rieron y se explayaron en los detalles más morbosos de las citas de Paula, que estaba en una de esas etapas en las que conocía a chicos que, aunque finalmente no llegaban a nada serio, le hacían crecer en experiencia y le regalaban anécdotas de lo más rocambolescas.

—Bueno, chicas, yo también tengo algo que contaros —Gina tomó un trago de su mojito y dio unas palmaditas, visiblemente feliz—. Javier y yo hemos decidido intentarlo. Voy a dejar las pastillas. Lola, espero que la próxima vez que vuelvas, ya me puedas ver con barriguita.

Paula y Lola se levantaron de un brinco y montaron una escena de gritos, aplausos, risas y abrazos. Las tres amigas brindaron por una de las decisiones más maduras del grupo y, sin más, decidieron que oficialmente algo había cambiado. De repente no solo Georgina, sino las tres, eran conscientes del paso del tiempo y del peso de las experiencias.

Había mirado el móvil una infinidad de veces y no entendía por qué no había obtenido respuesta. Calculó de nuevo la diferencia horaria en Nueva York y se convenció de que ninguna explicación razonable podía justificar que

Paul no hubiera contestado a un simple “¿cómo estás tú?”. En su obsesión por comprender el enigma, Lola había controlado la conversación con el muchacho y lo había visto en línea la mayor parte del día, sin que su mensaje llegara nunca a mostrar el fatídico doble tic azul. Ni siquiera lo había leído.

A las once de la noche se sintió tan estúpida por seguir esperando que decidió apagar el teléfono móvil y salir a dar un paseo por la playa. La brisa del mar siempre le hacía bien. Se abrigó, cogió el coche y condujo hasta el paseo marítimo, donde aparcó y esperó un largo rato hasta que sintió la necesidad de salir a tomar el aire. Se sentó cerca del mar y respiró hondo. Sentía de nuevo esa quemazón en la garganta tan familiar que amenazaba con llenarle los ojos de lágrimas mientras la rabia le borboteaba en el pecho.

¿Por qué se comportaba así? ¿Por qué le había escrito, si no pensaba volver a contestarle? ¿Por qué ni siquiera había leído su mensaje?

Lola era una persona tremendamente sensible y sentimental, pero su parte más racional no soportaba no entender, no encajar las piezas. Paul había mostrado todo el interés del mundo durante las dos primeras semanas en que habían estado hablando, día y noche, e incluso en las dos ocasiones que se habían visto las cosas parecían haber fluido de una manera fácil y natural.

Hasta aquella cita.

Recordar la noche en que volvió a casa sintiéndose avergonzada y ninguneada le arrancó las lágrimas que llevaba rato intentando contener. Y no dejó de llorar con una pena infinita hasta que decidió que, por mucho que lo analizara, nunca encontraría respuesta a algo que su naturaleza jamás podría entender.

Tendría que esperar.

CAPÍTULO 19

Paul no llegó a leer su mensaje. Dos semanas después, el 24 de diciembre, un escueto “*Ey, ¿qué tal?*” volvió a zarandear los esquemas de Lola, encendiendo un poco más la necesidad de entender aquel juego irrespetuoso en el que se sentía el hazmerreír de una historia tremendamente estúpida.

Habían sido dos semanas maravillosas a pesar de la constante sensación de decepción y de su enfermiza obsesión por mirar la pantalla del móvil cada cinco minutos. Lo más notable de aquellos días era, sin lugar a dudas, que su hermana ya tenía vestido. En una pequeña sala perfectamente iluminada y rodeada de espejos, su madre, las amigas de Jessica y Lola habían presenciado cómo un precioso Rosa Clará de corte entre magdalena y Cenicienta la había elegido como la novia perfecta.

Recordaría aquel momento durante el resto de su vida. La imagen de su hermana vestida con el primero de aquellos maravillosos vestidos había sido muy especial, y sin embargo la pequeña y dulce Lola se preguntaba internamente por qué no se emocionaba al imaginársela caminando hacia el altar. La historia se volvió a repetir con el segundo; todas las presentes alabaron lo preciosa que estaba la novia y ninguna pudo negar que derrochara todo el porte, la elegancia y la finura del mundo.

Y entonces llegó el tercero.

Al descorrer la cortina, Jessica se mostró ante las mujeres de su vida como la princesa de cuento que era, con el vestido más hermoso que Lola hubiera imaginado nunca y con un halo de luz que la envolvía y que ella misma emitía. Entonces sí, la pequeña de las hermanas rompió a llorar y supo que aquel no solo sería el vestido que Jessica luciría el día de su boda, sino el que ella misma acabaría imaginando cada vez que fantaseara con el final feliz de su propio cuento de hadas.

Además de disfrutar de aquel momento tan dulce, Lola había tenido tiempo de reunirse con su otra familia, amigos que la llenaban de cariño sin pedirle nada a cambio y sin los que a menudo se preguntaba cómo podía sobrevivir teniéndolos tan lejos. Aquella suma de enormes personas era lo

suficientemente grande como para ser casi un milagro que las relaciones entre ellos fueran cada día un poco más sólidas y que el ajetreo de sus respectivas rutinas no los separase de manera inevitable. Prácticamente cada semana sacaban tiempo para verse, para celebrar pequeños logros y, sobre todo, arrimar el hombro ante grandes derrotas. Aquellos días, la mayoría había pedido días libres y habían organizado una barbacoa en casa de una de las parejas del grupo para festejar su regreso. Rieron, bailaron y jugaron a juegos de mesa por los que una risueña Lola fingía interés mientras observaba sus enormes sonrisas y aspavientos. Aquel reencuentro fue como si le hubiesen regalado un trocito de cielo.

Los adoraba.

Una de sus grandes amigas, que residía en Italia con su pareja, había conseguido reunirse con ella también en las fiestas navideñas, mientras que aquellos días le habían servido para despedirse de otra de sus personas favoritas, que pronto emprendería su propia aventura en los Emiratos Árabes al frente de un nuevo negocio al que Lola auguraba un gran éxito. La primera la había visto crecer, la había protegido desde niña y la seguía queriendo tanto como lo hacía Lola, y la segunda había aparecido en su vida apenas un par de años antes de marcharse a Nueva York y la echaba de menos tanto como si hubieran crecido juntas.

Sus amigas de la universidad se habían presentado por sorpresa en casa de sus padres una mañana. Aunque hacía ya muchos años de aquel primer día en que se habían conocido en la carrera, la amistad había ido *in crescendo* año tras año, y vivir repartidas por localidades distintas no suponía un inconveniente para organizar reencuentros y reuniones siempre que les era posible. Quién se lo iba a decir a ellas, doce años antes, cuando eran seis jóvenes abrazadas a sus carpetas, mirando con recelo el enorme edificio donde estudiaban...

Al igual que su mejor amiga de la infancia, junto con la que Lola había crecido desde los tres años y a la que había tenido ocasión de ver nada más llegar de Nueva York esos días. Pasara el tiempo que pasara, siempre serían como hermanas. Aquello ni se lo podría quitar nadie, ni la distancia conseguiría hacer el olvido.

Aquel 24 de diciembre, Lola reparó en que todas las personas de su círculo más íntimo eran admirables, gente de gran corazón, el más fiel reflejo del valor de la amistad. Se preguntó si merecía gente tan buena a su alrededor y quizá por el efecto de la Nochebuena ya sobre sus cabezas decidió que sí,

que los merecía tanto como ellos la merecían a ella.

La cena de Nochebuena fue, como cada año, una oportunidad preciosa de regalarse un tiempo en familia, algo de lo que apenas disfrutaba durante el año y que intuía le llenaría de energía para afrontar su vuelta a la Gran Manzana. Comieron, bebieron y cantaron junto a sus abuelos, tíos y primos, y aquella vez Lola llenó más aún si cabe de magia la noche con regalos que había traído para todos desde Nueva York.

Al acostarse aquella noche, llena del cariño de sus seres más queridos, reunió las fuerzas necesarias para responder al mensaje de Paul. Debían de ser las ocho de la tarde en la isla, hora más que razonable para entablar una conversación. Para su sorpresa, el muchacho le había enviado un WhatsApp hacía un par de horas que, lejos de aplacar sus ánimos, le enfureció un poco más.

“Se te da bien ser yo”.

Lola lo entendió perfectamente. Paul estaba interpretando su silencio como una revancha, lo que claramente significaba que era consciente de su comportamiento infantil no contestando a sus mensajes. Pero ella no era como él. Ella no conocía el orgullo ni mucho menos presumiría jamás de reírse abiertamente de una persona como creía que estaba haciendo él.

“¿A qué jugamos, Paul?”

Le llamó la atención que no tardara más de unos segundos en contestar.

“¿A qué te refieres?”

Lola suspiró, cansada. Ya no estaba acostumbrada a discutir, ya no se enfadaba ni se tomaba las cosas como un ataque personal. Ya había aprendido de sus errores y le dolía que un desconocido, por muy atraída que se sintiera hacia él, estuviera despertando en ella sentimientos tan contradictorios.

“No entiendo por qué haces esto. No entiendo por qué me escribes si nunca más vas a contestar. ¿Qué pretendes?”

A Lola no le pasó inadvertido el hecho de que la conversación fluyera mucho más fácilmente de lo habitual debido al tono cortante de sus mensajes.

“No es personal, Lola. Lo hago con todos mis amigos. Normalmente se me olvida contestar a los mensajes. Sin más. ¿Cuándo nos vemos?”

Cada mensaje de Paul era un giro inesperado en aquella trama cada vez más enrevesada. De nuevo le aturdió la facilidad con la que el muchacho parecía no dar importancia a dos semanas de silencio ni, aún peor, a un gesto que le había hecho mucho daño la última vez que se vieron.

“Paul, no puedo fiarme de ti. Apareces y desapareces a tu antojo”.

“¿Qué día vuelves?”, contestó él, ignorando su comentario.

Lola cerró los ojos e inspiró profundamente. Sabía que estaba mal, que el comportamiento del muchacho era, como poco, difícil de entender y fácil de reprochar. Sin embargo, no podía evitar sentir aquella ilusión enredándose en sus entrañas, como si de una hiedra se tratase, luchando por abrirse camino e inundarlo todo. Quería verle.

“El 27”.

Esperó. Y algo en ella le dijo que no debía hacerlo. Aun así, esperó.

“Te llamaré”.

No le costó más de diez minutos sumirse en un sueño profundo.

La comida de Navidad la disfrutaron los cinco: sus padres, su hermana, su cuñado y una Lola más sensible de lo normal, con la mente puesta en el exquisito marisco que presidía la mesa y en el vuelo que tendría que coger en apenas veinticuatro horas. Disfrutaron de la compañía y evitaron pensar en su inminente separación. Sabía que a sus padres les hubiera gustado despedir el año con ella, pero la fecha de una boda casi inminente alegraba el ambiente con un reencuentro mucho más cercano de lo que habían esperado en ocasiones anteriores.

—¿Saldrás con Alessia? —preguntó su madre, refiriéndose a la última noche del año.

—Por mí me quedaría en casa viendo la tele, ya lo sabes —contestó Lola con un mohín de fastidio—. Pero conociendo a Ale, se enfadará como una mona si le digo que no me uno a la fiesta.

—Mira que eres rara —intervino Jessica—. ¿A quién no le gusta fin de año?

—A mucha gente —su cuñado se encogió de hombros.

—Me da pereza —resumió Lola—. La gente bebe demasiado, los locales se llenan hasta los topes, todo es caro... Una cena en casa, con música y risas, vale. ¿Salir? No, gracias.

—Claro que no, cariño —su padre estaba encantado—. Tú cenas con tu amiga y te quedas en casa, tranquilita. Que hay mucho loco suelto.

Lola adoraba a su padre. Fingía llevarle la contraria y él lo sabía, aunque su excesivo afán de protección conseguía sacarle de quicio en

ocasiones. Sin embargo, desde que estaban tan lejos, Lola debía admitir que había aprendido a valorar, incluso, aquellas pequeñas manías suyas.

Quedaron en que se felicitarían el año dos veces, como en ocasiones anteriores; primero en horario español y seis horas más tarde en horario neoyorquino. Lola seguía las tradiciones familiares a rajatabla aun desde el otro lado del charco. Más allá de comerse las uvas y estrenar un bonito conjunto de lencería roja en la salida y entrada de año, su madre y ella habían consensuado preparar una maleta durante la cena de Nochevieja en la que metían todo aquello que les iba a hacer falta para los propósitos del año siguiente. Su madre se limitaba a meter un par de bikinis y poco más, alegando que así atraería la buena fortuna de acabar en una isla paradisíaca y tendría la excusa de comprar en su idílico destino lo poco que pudiera necesitar. Tres años atrás, justo antes de partir hacia Estados Unidos por primera vez, incluso habían bajado a la calle, muertas de la risa, para pasear sus maletas de arriba a abajo.

A escasos seis días de terminar el año, Lola se planteó reflexionar sobre el contenido de aquella maleta. Quizá los doce meses que tocaba despedir merecían, más que nunca, una introspección especialmente sincera y un esfuerzo de más para poner en orden sus propósitos y prioridades.

“Este año, tú”. El titular de NZ Magazine brotó en su mente cual señal divina.

Sonrió.

Era hora de volver a Nueva York.

CAPÍTULO 20

Durmió del tirón, acomodada plácidamente entre los esponjosos cojines blancos de su cama. La tensión y el estrés que le provocaba volar la dejaban exhausta, sin mencionar el hecho de que había pasado parte del rato de espera en el aeropuerto hecha un mar de lágrimas tras despedirse de sus padres. Aunque sabían que en apenas cinco meses volverían a verse con motivo de la boda de su hermana, la expresión de pesadumbre mal disimulada en el rostro de las dos personas que más la querían siempre conseguía desolarla. Lola pensó que, con suerte, quizá podría permitirse una escapada fugaz antes del enlace. Los preparativos de la boda iban a robarle mucho tiempo desde la distancia, y aunque estaba encantada, no quería perderse otra de las pruebas del maravilloso vestido, el aroma de las flores que finalmente elegirían ni el matiz de la mantelería que vestiría las mesas de los invitados. Quería estar presente. Quería estar físicamente cerca.

Se permitió mucho más tiempo del necesario acurrucada en la cama, ajena al frío que amenazaba con entrar por las ventanas una vez descubriese que ya hacía mucho que era de día en la descomunal Manhattan. Diciembre estaba a punto de llegar a su fin y las heladas propias de los meses venideros se podían palpar en el ambiente. Sin embargo, el calor de aquellas paredes que la acunaban y la resguardaban del exterior se le antojó especialmente agradable aquella mañana.

Se tapó con el edredón hasta la cabeza, todavía somnolienta. Bajo las capas que la cubrían, se hizo un ovillo y abrazó la almohada que yacía todas las noches a su lado sin más uso que el de vestir aquella inmensa cama pensada para dos. Inspiró el aroma a suavizante y sonrió. Se sentía protegida, a salvo. Jamás se había referido a aquellas paredes como “su hogar”, aunque encerraban sus pertenencias y compartían cada uno de los capítulos de aquella etapa que recordaría toda su vida, fuese cual fuese el rumbo que tomara en el futuro. Aun así, se sentía bien en aquel piso e incluso sospechaba que algún día, cuando estuviese lejos, lo echaría de menos.

No necesitó comprobar la hora para saber que muy probablemente tendría que saltarse el desayuno aquella mañana. La imagen de una

hamburguesa completa de Five Guys le vino a la mente y se le hizo la boca agua. En aquella isla había hecho las paces con la comida basura, que nunca había sido santo de su devoción. Sin embargo, el concepto de hamburguesa grasienta propio de las cadenas de comida rápida de su país natal distaba mucho de la realidad neoyorquina. En Nueva York las *burgers* le daban mil patadas a cualquiera que pudiera comer en España. Siempre y cuando uno no acabara en un McDonald's, claro.

Sus tripas decidieron que no era mala idea, así que hizo un esfuerzo por desperezarse y levantarse de la cama, dispuesta a ponerse cualquier cosa y salir a por comida para llevar. Para su deleite comprobó que llovía. Era el día perfecto para quedarse en casa, recostarse en el sofá, echarse una manta por encima y leer cómodamente. Al salir, con unas mallas de yoga, un jersey de lana, sus deportivas favoritas y un plumón que la resguardase de la lluvia (Lola no creía en los paraguas) decidió que primero haría una parada rápida en Barnes&Noble y volvería a toda prisa después de recoger su insalubre menú.

La lluvia no era especialmente intensa pero calaba lo suficiente como para que el frío se te metiera en los huesos. Lola aceleró el paso en cuanto dobló la esquina de la calle 57 y llegó a la librería en un tiempo récord. Aunque adoraba el sol y necesitaba una temperatura media sumamente cálida para ser feliz, apreciaba aquellos días por sus connotaciones románticas y melancólicas. Además era domingo, por lo que poder quedarse en casa sin necesidad de salir a trabajar hacía que su plan hogareño cobrase todavía más sentido.

Se refugió por fin entre los pasillos del edificio que albergaba su librería favorita y fue directa a la sección de *thriller* y novela negra. Además de ser uno de sus géneros favoritos, llevaba tiempo tras la *Trilogía del Baztán*, de Dolores Redondo. Le fascinaba encontrar novelas en español entre tanto título internacional. Supuso que algo tendría que ver con estar lejos de casa y poder leer a sus conterráneos sin grandes dificultades.

Ilusionada como una niña en una juguetería, abrazó los tres ejemplares y se dirigió hacia el mostrador. Ya le había pasado aquello otras veces. Leer era una de sus grandes pasiones y sabía de sobras que si solo se hacía con el primer volumen, sentiría el antojo desesperado cual mujer encinta en mitad de la noche, sabedora de que hasta el día siguiente no podría ir en busca de la continuación de la historia. Al salir, feliz con su tesoro entre los brazos y resguardándolo de la lluvia, que comenzaba a arreciar, puso rumbo a la calle

55 con la Sexta Avenida, apenas a dos calles de su casa.

El olor a patatas fritas lo envolvía todo. Lola siempre había pensado que aquel local de comida rápida tenía cierto encanto, quizá por el hecho de que sirvieran cacahuetses a tutiplén de manera gratuita o porque allí había aprendido a saborear los matices de la extraña combinación de patatas fritas y vinagre de manzana. De lo que no cabía duda era de que aquel pequeño oasis en la rutina saludable de su vida le había hecho bien en más de una ocasión, y aquel día el cuerpo le pedía una tregua, un último capricho antes de tomarse en serio los propósitos de un año nuevo más responsable para con su salud y su estilo de vida.

Salió al frío de la calle sin más pensamiento que el de llegar a casa y ponerse cómoda de nuevo: descalzarse, volver a ponerse el pijama, acomodarse en el sofá y apreciar el suave tacto de la manta que arrastraba a todas partes cuando se movía por casa. La idea de pasar la tarde midiendo la placidez del repiqueteo de las gotas de lluvia en la cristalera del salón y abandonarse a la lectura le hacía la boca agua. Casi tanto como el menú de hamburguesa y patatas medianas que acaba de comprar.

Ni siquiera había reparado en que aquel domingo lluvioso era 27 de diciembre. Ni siquiera le había dado tiempo de echar en falta el cumplimiento de aquella promesa. No hasta que dobló la esquina, a una sola calle de su casa. La estampa fue tan inesperada y sorprendente como reveladora. Paul acababa de entrar en una de las tiendas cercanas a su edificio de la mano de una mujer. Su aspecto era inconfundible, a excepción de que aquella vez la elección de colores había sido mucho menos neoyorquina; el blanco resultaba poco habitual en él.

Como extasiada por un extraño embrujo, Lola se acercó al aparador, sin saber exactamente con qué finalidad. Cuando estuvo delante, recorrió el espacio con la mirada hasta que lo encontró. Lejos de impactarle, la actitud relajada y absolutamente normal de la pareja arrojó de repente toda la luz que se habían cobrado semanas de incógnitas y actitudes incongruentes. El misterio le resultó tan fácil de resolver entonces que no pudo más que sentir alivio. Alivio porque todas las preguntas sin respuesta, las descabelladas hipótesis y situaciones sin fundamento que había imaginado durante tanto tiempo tenían, por fin, una explicación.

Cuando llegó a casa comió en modo autómatas, sin prestar atención a los pensamientos destructivos que intentaban apoderarse de ella. Sin analizar, sin compadecerse, sin disfrutar tampoco de su ratito de placer. Se puso cómoda,

se arrulló a sí misma con aquella manta que su madre le había regalado en su visita tras la gran debacle y cerró los ojos. Suspiró.

Habría sido tan fácil...

Habría bastado tan poco para comprenderlo, para perdonarlo, para agradecerle hacer las cosas bien. Tan solo con un atisbo de sinceridad por su parte, Lola habría apreciado el valor de alguien que comete un error y sabe rectificar a tiempo. La atracción por otras personas más allá de la pareja podía ser perfectamente comprensible, y aun habiendo cometido un error, aun no habiendo hecho las cosas bien desde un principio, ella lo habría entendido. Habría agradecido el coraje de hacer frente a su error.

Paul había tenido suerte de dar con ella. Lola era una mujer empática, inteligente, capaz de entender y de no juzgar. Había desaprovechado la oportunidad de conservar el respeto y la admiración inicial que había despertado en ella de la manera más estúpida e inmadura.

Y se dio cuenta de que ni siquiera podía llorar. Al igual que en el momento en que lo había visto de la mano de su pareja, la sorpresa ganó a todo sentimiento, a cualquier emoción que en otra ocasión la hubiera derrumbado. Era plenamente consciente de que tarde o temprano se desmoronaría y percibiría al fin la injusticia bajo su propia dermis. Pero en aquel momento, con los ojos cerrados, solo pudo inspirar, aliviada, por haber logrado comprenderlo. Por entender que ella no había sido el problema, que no había hecho nada malo, que no había dicho nada fuera de lugar.

La firmeza con la que solía culparse a sí misma por el comportamiento erróneo y abusivo de los demás le abofeteó con fuerza. ¿Cómo podía una mujer como ella, tan aparentemente fuerte, positiva y segura, confiar tan poco en su persona? ¿Cómo podía seguir aceptando sujetarse al yugo de su peor enemigo, que era ella misma?

Paul había sido la única persona que le había hecho reflexionar sobre lo que había aprendido tras la ruptura con su primer amor, con su único compañero de vida. Aquel día había verbalizado un poderoso mantra: había aprendido a resurgir de sus cenizas. Ahora, Paul volvía a ser quien le hacía reflexionar sobre lo doloroso que resultaba vivir en una era en la que todo el mundo presumía de dominar la comunicación mientras ella sentía en sus carnes una completa y desoladora involución que la carcomía por dentro.

No abrió los ojos. Siguió respirando acompasadamente, ralentizando el ritmo de los latidos de su corazón. Y aunque era un corazón herido, quizás incluso débil para entonces, sintió otra bofetada de realidad que esta vez le

devolvió un pensamiento mucho más alentador.

Haber conocido a Paul había sido fruto de un azar totalmente afortunado. Haber vivido aquel capítulo, haber sentido de nuevo una pizca de ilusión, haber llorado y haber reído por otra persona que no fuera su primer amor. Tenía suerte. Tenía suerte de haber encontrado, sin saber cómo, el valor de estar dispuesta a aprender y a sacar una lección de todo aquello. Sintió en lo más profundo de su ser que no solo Paul, sino todas y cada una de las personas que se había encontrado en el camino, desde el principio, habían sido un regalo.

Él, su compañero, le había enseñado a amar. Decirle adiós había sido muy doloroso, pero precisamente la determinación de aquella persona que tanto la había querido y que tanto la respetaba le había regalado la oportunidad de llegar hasta donde se encontraba. Ahora se conocía. Ahora comprendía cómo debía amar, aunque todavía quedara mucho camino por recorrer y mucho por aprender. Ahora sabía qué errores no quería volver a cometer, qué tipo de amor merecían las personas que estuviesen a su lado y qué tipo de amor debía proferirse a sí misma si quería amar de una manera sana.

Jan le había enseñado a discernir, a disfrutar, a concebir como natural una realidad que le era totalmente desconocida. Ahora sabía apreciar, aunque no fuera aquella su naturaleza intrínseca, lo bonito de la pasión más carnal, la importancia de no importar, la necesidad de dejarse llevar.

Estaba totalmente segura de que, al final, de Paul acabaría entendiendo qué le movía, qué se escondía tras aquellos ojos aparentemente impertérritos y una expresión contenida. Supuso sin temor a equivocarse que las vivencias personales que ocultaba, quizá no muy alentadoras, y el misticismo del que presumía, seguramente como coraza para algo que dolía demasiado, habían creado un cóctel apetitoso pero dañino para alguien como Lola.

Abrió los ojos. La débil luz natural que permitía aquel día gris y lluvioso se le antojó el tándem perfecto para el estado de letargo soporífero que empezaba a apoderarse de ella. Alcanzó una de sus libretas favoritas, perfectamente colocada sobre la mesa del salón, y un bolígrafo. La abrió por una de las páginas del final, nivea y limpia, y garabateó.

Apenas una hora después, despertó sintiéndose descansada y con un claro propósito en mente. Echó un vistazo a la libreta, abierta a su lado, sobre el sofá, y releyó lo que había escrito antes de quedarse dormida:

“Querido 2018...”

CAPÍTULO 21

Cala'n Forcat. Menorca. 20 de septiembre de 2018

La emoción le había embriagado de pronto, sin avisar. Quizá porque la estampa que tenía ante sus ojos significaba mucho más que un paraje de ensueño. Quizá porque aquel pequeño punto en una isla que conocía bien rezumaba magia. De lo que no cabía duda es de que aquella pequeña isla, y en concreto aquella pequeña cala, la estaban viendo abrirse en canal.

Hacía ya nueve meses de aquel fin de año en Nueva York. Todavía seguía viviendo y trabajando en la Gran Manzana, su vida seguía siendo similar y su rutina, rutina. Aun así, algo en ella había cambiado. Algo que no sabía explicar. Quizá por eso había decidido darse unos días y escapar a donde sabía que hallaría lo que andaba buscando, aunque ni ella misma lo entendiera del todo.

No se lo dijo ni a Alessia, ni a Jan, ni mucho menos a su familia y amigos. De haberse enterado que había volado desde Estados Unidos al pequeño aeropuerto de Mahón, haciendo escala en Barcelona, no se lo habrían perdonado. Pero Lola no quería ver o hablar con nadie; Lola quería encontrar algo que había perdido y que únicamente hallaría estando sola en el rincón más mágico que conocía.

Llevaba tres días en Menorca y en apenas veinticuatro horas volaría de nuevo a Estados Unidos. En esos tres días no había recorrido la isla, pues ya la conocía y no era el objetivo de su viaje. En tres días no había salido de aquella cala, se había sentado en las rocas, se había zambullido en sus aguas cristalinas, había tomado el sol y hablado consigo misma. Le sorprendió el hecho de que incluso el hambre la rehuía. Apenas había comido galletas y bebido zumo de naranja hasta la noche anterior, cuando se había escapado a Ciutadella a cenar.

Había elegido la terraza de un pequeño restaurante en la Plaça dels Pins, había degustado el vino blanco de Menorca, deambulado por el centro, prácticamente desértico en aquel mes privilegiado del año, y se había sentado a tomar una copa en un pequeño bar escondido entre las callejuelas del casco antiguo. Sonrió al recordar al chico que le había atendido, alto y moreno. Vestía unos tejanos estrechos y una camiseta larga de color negro. Lola pudo entrever una cantidad ingente de tatuajes dibujados en sus brazos y sus manos le llamaron especialmente la atención.

Recordó haberse fijado en ellas al servirle el coctel que él mismo había sugerido, una bebida exótica y exquisita coronada por un trozo de maracuyá. Se esforzó por recrear la imagen de su mano derecha, prácticamente ocupada por una enorme flor, un hibisco. En los dedos, Lola captó el mensaje *hope* y también creyó leer *My way* tachado por un trazo firme en el dorso de la mano. Lo había observado con todo el disimulo del que había sido capaz cada una de las veces que había salido a atender a otras mesas de la terraza. Incluso se había sorprendido a sí misma preguntándose hasta dónde alcanzaría la tinta en su piel...

Tinta.

Debía de haber sido entonces, sentada sobre las rocas y al evocar los trazos hipodérmicos de aquella piel desconocida, cuando el torrente irrefrenable de lágrimas le había sorprendido.

A las ocho y media de la tarde, frente a las puertas del mar, Cala'n Forcat arrancó de lo más profundo de su ser todo aquello que creía sanado, una marea de sentimientos que casi no supo reconocer como propios.

Se sintió sola.

Aunque había sido su decisión, aunque había querido alejarse de todo y de todos por voluntad propia y sin más compañía que la de aquella voz interior que le pedía que lo hiciera, se sintió sola. Era plenamente consciente de que el ser humano no está preparado para afrontar la soledad, de que gestionar la presencia de uno mismo y entender el estruendo que puede provocar el silencio es una asignatura pendiente.

Se había puesto el sol y se habían marchado todos los bañistas que unos minutos antes habían compartido con ella aquel momento tan mágico. Todavía no había oscurecido del todo. Frente a Lola, el mar se abría hasta donde alcanzaba la vista. Las primeras lágrimas habían brotado de una manera tan súbita que no pudo más que preguntarse cuál había sido la causa de aquel llanto cada vez más intenso, cada vez más irrefrenable. Y al principio no lo

entendió.

Lloró.

Se permitió el lujo de admitir que aunque sabía que su corazón había sanado, un alma limpia y pura como la suya siempre necesitaría amor, un amor que no sabía si llegaría. Y le lloró a él. Lloró su pérdida, los años juntos, el tiempo separados y el aprendizaje forzado que su ruptura le había regalado. Y lloró a Paul. Lloró sus idas y venidas y su poca empatía con ella. Lloró todas las promesas rotas que le habían hecho desde que tenía uso de razón. Lloró los amores de verano, las aventuras pasajeras, todo lo que pudo haber sido y no fue. Lloró los “he llegado a tu vida para quedarme”, los “ya lo irás viendo”, los “te prometo”, los “siempre” y los “nunca”. Lloró cuando le prometieron hacer el amor en el mar, pasar fin de año en París y todo cuanto al final y para siempre quedó en promesas vacías.

Lloró no encajar, no enfadarse, perdonar y volver a creer ciegamente en ilusiones más propias de cuentos de hadas que de la vida real. Lloró su maldita empatía con quienes no la trataban bien, no saber reprochar nada a nadie y no reconocer las ilusiones infundadas.

Lloró.

Lloró sin intentar reprimir ni una sola de aquellas lágrimas. Quizá en su fuero interno sabía que había viajado hasta Menorca para permitirse aquello, para escucharse, para perdonarse creer de una manera incondicional. Y quiso llorar con una pena que le quebró el pecho, le secó los ojos y vació los recuerdos de todos aquellos que no la habían sabido amar, fuese cual fuese el motivo, fueran cuales fueran las circunstancias. Al fin y al cabo, lo hicieron lo mejor que pudieron.

Un destello llamó su atención.

A lo lejos, frente a ella, al otro lado del mar. En medio de la oscuridad, que entre lágrimas había hecho acto de presencia, una luz la reclamó. Un faro cuyo nombre no lograba ubicar en su memoria centelleó un par de veces, tímido primero, más intenso después. Lo observó y, al concentrarse en el ritmo de los parpadeos, su respiración empezó a ser más pausada.

En apenas unos segundos había dejado de sollozar.

Y fue entonces, observando aquella luz, como embrujada por un poder muy superior a todo cuanto alcanzara a comprender, cuando recordó sus palabras. Altas, claras y firmes.

“Deja que el río siga su curso”.

Sonaron en su mente tan nítidas como cuando él las pronunció aquella

terrible tarde, mucho tiempo atrás. En aquel preciso momento, en una pequeña cala de Menorca, por fin cobraban todo su sentido.

Y de pronto, sin más, rió.

Rió envuelta por la misma sorpresa que la había dominado apenas un momento antes, cuando había roto a llorar.

Se secó las lágrimas, llenó sus pulmones con el olor a salitre y dejó que aquella revelación lo llenara todo.

Y así fue como lo supo.

El río había llegado, por fin, a la inmensidad del océano.

Agradecimientos

Lola no sería la mujer fuerte y feliz que hoy es sin el amor incondicional de mi familia, en la que incluyo, por supuesto, a mis amigos. A unos y a otros: los adoro.

A quienes han apoyado este proyecto de cualquier forma posible: leyendo borradores y siguiendo los pasos de Lola desde el minuto uno.

A todo aquel que ha hecho suya esta historia y se ha sentido identificado en cualquier medida.

A cada una de las personas que se han cruzado en mi camino y me han cambiado aunque solo sea un poquito. Gracias. Por enseñarme, por fortalecerme, por alimentar mi inspiración.

A ti, que has leído esta historia y te has adentrado, quizá sin saberlo, en lo más profundo de mi corazón.

GRACIAS.

Sigue a Lola

Instagram: @lolaylaspromesas

Twitter: @lolitayelmar

Facebook: Nazaret Yeste Autora (perfil)

LOLA: Todas las promesas que se ahogaron en el mar (página)

Spotify: <https://spoti.fi/2R83u22>